



Guillermo Blanco Martínez nació en Talca el 15 de agosto de 1926, y en esa ciudad vivió una parte decisiva de su infancia. Comenzó a escribir desde muy joven y lo ha hecho en casi todos los géneros literarios.

Así, Blanco es autor de novelas como *Gracia y el forastero*, *Dulces chilenos*, *Camisa limpia*, *Vecina amable*, *El humor brujo*, *El joder y la gloria*.

Ha escrito también ensayos, crónicas y artículos que le ganaron el Premio Nacional de Periodismo 1999. Es profesor universitario, miembro de número de la Academia Chilena de la Lengua y Correspondiente de la Real Academia Española. Se han filmado sus obras *Gracia y el forastero*, *La espera* y *Adiós Ruibarbo*.

En la presente novela Gabriel y Gracia se enamoran con toda la fuerza del amor adolescente, pero el padre de ella no acepta su unión y se desencadena la tragedia. Ambos jóvenes están sumidos en el hechizo, en la poesía y en la magia del mundo de la adolescencia, lo cual les dará fuerzas y les permitirá ir encontrando la manera de salvar todos los escollos para consumir su amor.

CÓDIGO 6209



Colección Viento Joven

Gracia y el forastero

Guillermo Blanco



Zig-Zag

ÍNDICE

AL QUE LEYERE	9
GRACIA Y EL FORASTERO	19
CARTA A UN MILLÓN DE AMIGOS	163

AL QUE LEYERE

Estimado lector: Tienes en tus manos un libro que te invita a llorar y a pensar. Si eres joven, que “el pensar” no se te torne amenaza para su lectura; sé que sabes lo otro, del llorar; si eres adulto, no olvides que hace falta una gran valentía para “llorar”. El *Poema de Mio Cid* se inicia con las lágrimas de un desterrado que, lejos de disminuir, engrandece al héroe.

Este es un libro de adolescentes, pero no sólo para adolescentes. Para los mayores, dice su protagonista y narrador Gabriel:

“Sí, son cosas de adolescente, porque yo soy adolescente. Pero son cosas de la vida, como toda la intensidad de la vida, y es cruel, absurdo, ponerles el rótulo ‘adolescencia’ y suponer que eso las hace menos reales, las aproxima al juego.

¿Cómo puedo decir que Gracia era bella sin decir: ‘Era bella’, ni cómo puedo decir que su voz era tibia sin decir: ‘Su voz era tibia’? No es culpa mía que el uso haya reblandecido los adjetivos, que las palabras se hayan hecho débiles, o que los oídos se hayan puesto duros a ellas.

Pero donde yo digo amor, digo todo el amor.

Donde digo mujer, digo todo lo que es la mujer.

Donde digo que había magia, o milagro, es porque no hay otros términos para describirlo.

¿Y qué importa, entonces, que yo sea adolescente? ¿Siento, sufro, vivo menos por eso? ¿Ha dejado, por eso, de ocurrirme cuanto me ha ocurrido?”.

La adolescencia no es una carpeta de casos psicológicos, es una etapa de la vida humana, cada vez más amenazada por el erotismo incontrolado de la propaganda televisiva, por la seriedad adulta del

niño de diez años sentado ante una computadora, por esa manipulación tonta de los adultos haciendo representar a los niños papeles de mayores, por la necesidad económica del padre que se ve obligado a mandar a su hijo a ejecutar trabajos productivos de adultos, por el suicida criterio economista de una sociedad que mata en los niños toda ensoñación y poesía...

UNA OBRA ACTUAL

Este es un libro actual.

Este es un libro educativo.

Este es un libro poético, porque también hay poesía en una adolescencia como la de Gracia y Gabriel, aunque esta adolescencia fuese alcanzada por el golpe temprano del absurdo.

Gracia y Gabriel. Sus vidas tejen esta novela. Aunque ya en las primeras páginas se nos anuncie el fatal fracaso, una tensión de acercamiento dificultoso sostiene el interesante hilo narrativo. Se trata de una literatura viva. Por eso encontramos en esta obra muy pocas descripciones. Los diálogos, con su palabra dramática, llenan casi todas las páginas de tensa emoción. Esta es una novela autópica, como diría Ortega: exploratoria del alma humana en una etapa importante de su evolución. Su narrador se encarga de decírnoslo: "Desconocer el mañana, explorar cada minuto llegando hasta él cual si fuera una nueva comarca".

Se trata de una literatura desnuda, como debe ser una literatura psicológica. Algo hay aquí de la "nívola" de Unamuno, que rehuía los espacios, porque para ello le bastaban todos los relieves del alma humana. Sencilla sí; pero la sencillez no es sinónimo de superficialidad. Una sonata para piano de Mozart es limpia y clara como un vidrio, y profunda como un piélago. También esta novela en su aparente superficialidad guarda profundidades en su fondo y en su forma. Hay dos juegos de perspectivas narrativas: la del adolescente, que, lenta, ingenuamente, va destejendo los caminos que llevan al amor, y la del joven (adulto diríamos ya) que en la soledad de un

retiro espiritual evoca el duro camino hacia un final cerrado, en que terminó su exploración natural del amor. Este juego narrativo no es nuevo; con temática distinta, lo encontramos ya en *El Lazarillo*. También allí, como aquí, hay un "caso" que motiva la narración; en ambas novelas un mismo narrador en primera persona que se desdobra hora para hacer una vida, hora para evocarla; en las dos obras el estilo confidencial de la carta; dos sacerdotes que requieren se les cuente *in extenso* el caso, llámense Arcipreste de San Salvador o Padre Matías y, en fin, una estructura episódica. Los contenidos, por cierto, distintos. A ellos nos vamos a referir.

DOLOR Y AMOR ADOLESCENTES

El adolescente, si su desarrollo es normal, ha de idealizar necesariamente el amor. Su mundo no es el de los adultos. Si éstos, como sucedió en el caso de don Morán, se aferran a su realismo formalista y seco, no atraerán jamás a los jóvenes a su órbita, antes harán saltar en mil pedazos la vida de ellos. Gracia termina su vida desangrada, después de rodar escalera abajo. Gabriel, "forastero", pero forastero del mundo, en el que ya no hay mayor sentido para él. Es un pariente del "extranjero" de Albert Camus.

El joven hará bien mirarse en esta obra. "Espejo de costumbres" era en otro tiempo la literatura y sigue siéndolo. El adolescente sabrá cuál será su camino dificultoso al encuentro con el otro sexo, y deberá estar alertado. Gracia tiene tras de sí una familia trágica: Melibea, Julieta, María, Marianella... pero ¿cuántas adolescentes y adolescentes varones han terminado la ruta de sus encuentros mejorados espiritualmente y enriquecidos para la vida? Desgraciadamente la literatura registra más los hechos desdichados que aquellos otros con término feliz. Hay más tragedias que comedias, cualitativamente al menos. Sin embargo, existe una positiva visión del dolor y a ella nos llama también este libro. En el retiro espiritual, casi alcanzando a redactar el capítulo cuarto de su vida, Gabriel recuerda y hace suyas estas palabras de su padre:

“No debemos rehuir lo que es duro sólo porque es duro. Casi siempre vale la pena pagar el precio de una hora amarga, o de días o meses amargos, a trueque de un poco de grandeza. Es curioso: se diría que una de las raras, de las únicas formas que tenemos de participar del espíritu, o de la divinidad, es a través del dolor. Los griegos calificaban de héroes a los hombres que se acercaban a dioses por sus virtudes. Yo, sin embargo, creo que Edipo y Electra y Oreste estaban más cerca de esa sobrehumanidad (y más cerca por el dolor) que el mayor de los héroes por sus méritos”.

“No recordaba esto al bajar hacia San Millán, por la pendiente oriental del camino. Lo recuerdo ahora, y recuerdo también otras frases de mi padre: ‘Alguien, me parece, ha hablado de la vocación del dolor. Es cierto: esa vocación existe, y es lógica. Lo absurdo es creer que uno puede escapar al dolor, considerarlo un accidente. Lo más que se hará será tomarlo de soslayo, o huir del dolor, serio, hermoso, para caer en una sucesión de otros, diminutos, que no dejan siquiera el consuelo de la grandeza. O aferrarse a una hilera de goces también diminutos, enanos. De goces que reducen la escala del hombre’.”

Se puede decir que Gabriel, muerta Gracia, crea para sí la religión del dolor: “Es verdad, lo único que temo es que el dolor pase, y en su lugar venga... ¿Qué? ¿La vida diaria? ¿La nada? ¿El paisaje sin relieve?”. El dolor hace presente, con su herida, a la persona amada, y al estar ella, está el fundamento de él.

Gabriel no es un hombre sin esperanza; es tan intensamente adolescente que incluso el duro golpe que recibe en su vida pierde toda la fuerza de realismo dramático para subsumirse en una “pálida bruma”, donde Gracia, aunque muerta, sigue viviendo junto a él. Tal fusión sólo es dable en almas que no han perdido la gracia de la adolescencia.

Hay otro momento que nos demuestra la intensidad de la adolescencia que viven Gracia y Gabriel; es el acto en que se consuma el amor. Gracia y Gabriel han regresado, como tantos días, de las orillas de la playa. Gabriel se ha mojado al intentar rescatar el anillo de Gracia. Acuerdan entrar en una casa abandonada, la del señor Gutiérrez,

para hacer fuego y secarse. Se han sentado alrededor del fuego: “Y el beso que ahora me dio era deliberado también, y serio. Su mano se enredó de nuevo en mi pelo, y sentí su cuerpo esta vez, y ya no eran sólo las dos bocas unidas, como en la playa, sino nosotros, íntegros, de pies a cabeza, y percibí la suave presión de un brazo en mi espalda. En silencio, en silencio, callados, en una eternidad serena, transportados, ebrios de un hechizo indecible, yo no encontraba qué hacer con mis dedos, y la tocaba —sus mejillas, sus orejas, su cuello— para cerciorarme de que era verdad”...

Sólo el Padre Matías pudo decir: “Aquí hubo pecado”, y don Morán: “Esta es una grave falta al honor”, y don Romero: “Debió haberse legalizado previamente esto”. El mundo de los dos adolescentes no escuchó, porque en el mundo del “hechizo”, de la “poesía” o de la “magia” los códigos son distintos.

LA MUJER, CLAVE O CONTEXTURA DEL MUNDO

Este mundo lo desencadenó Gracia. Gracia tiene un nombre simbólico, es “la agraciada”. Nada hubiese sucedido si ella no hubiera ingresado en la órbita de Gabriel. Apareció y el mundo de él fue trastocado, “positivamente” cambiado. Un “sonrojo”, al conocerse por primera vez, y ya Gabriel sintió haberse producido un “milagro”, “todo en mí gritaba su nombre”, “era el retrato vivo de Madame Herriot”..., “vestía de blanco”..., “descalza caminaba como un hada o una ninfa”...; la temporalidad agiliza el ritmo narrativo y en menos de ocho capítulos (¿ocho días?) se habían hecho total donación. Todo lo demás, el novio militar, el hijo esperado, el matrimonio negado, eran pequeños problemas que no alcanzarían su ensoñación sentimental.

Hay mucho de Gustavo Adolfo Bécquer en esta novela. El sentido de la tradición neoplatónica sobre la mujer, consciente o inconscientemente para el autor, alienta bajo estas páginas de literatura chilena. La mujer, una vez más, se hace clave o contextura del mundo del hombre. Ni el sexo ni lo económico ni la tradición ni el honor o los intereses paternos tocan existencialmente al hombre; la complementariedad con

la mujer, sin la cual los fundamentos del existir tienden a su quiebra, sí. Guillermo Blanco se suma así a aquella larga tradición en que la mujer, ausente o muerta, es sentida como fundante: Garcilaso, Quevedo, Bécquer, Salinas, Neruda. Lo que en ellos fue poesía, aquí, en esta obra, se hace novela.

BÚSQUEDA DE LO SORPRELENTE, DE LO MÁGICO

Los teóricos de la literatura hablan de Guillermo Blanco como un novelista de la “Generación de 1957”. Comparte esta novela, con otras de la misma época –las de José Donoso, Jorge Edwards, Manuel Puig, Benedetti, García Márquez, Carlos Fuentes–, una compleja realidad, como tema literario. Lejos de esta narrativa el volver con este postulado al pasado naturalismo: la penetración de la compleja realidad arroja para esta generación un irrealismo de cuño poético donde “el mundo como laberinto, el laberinto espacio interior de la conciencia o la experiencia del mundo interior como laberinto, constituye la forma fundamental de la representación de la realidad”. Hemos señalado que existen dos narradores en esta novela *Gracia y el forastero*, el que vive una experiencia inédita y el que la revive; éste, el Gabriel del retiro espiritual y el dolor, nos da cuenta, de trecho en trecho, de esta su conciencia laberíntica. Rechaza esta generación todo modo ordinario de representación de la realidad. Buscan estos autores lo “sorprendente, milagroso o mágico”. Lo empírico: la vida de Romero, el oficinista contable, o de Morán, el militar enchapado, juegan de contrapunto para hacer más viva la ruta “mágica” de los dos adolescentes. Dice Gabriel:

“Por primera vez sentía de modo palpable la enorme distancia que me separaba de la vida práctica; el abismo que se abría entre mi personalidad de muchacho y la realidad de hombre que me aguardaba en alguna parte del futuro, y ahora parecía venirse encima”.

La perspectiva de interpretación del acontecer rompe con el racionalismo. Una línea tenue pero muy persistente recorre la novela

de Guillermo Blanco atentando contra la razón. La razón son las fórmulas, las costumbres, lo convenido, las instituciones que disminuyen o matan la espontaneidad y la vida. “Sin embargo, ya no deseo razón ni razones”. Otras novelas de la misma generación exploran, sin duda con gran éxito, las realidades psicológicas, mediante formas de psicoanálisis existencial.

Contribuye a desobjetivizar este mundo, un narrador que es a la vez personaje y testigo, narración múltiple y fragmentarismo del relato, características que son tan fáciles de detectar en esta obra. Tal vez obedezca todo esto a una explícita conciencia sobre la incapacidad del adolescente para situarse en el mundo. Las primeras páginas de la novela son elocuentes al respecto. La desintegración de la personalidad del narrador desintegra la imagen del mundo narrado.

Trabaja en esta misma línea conformadora de una obra generacional, su tratamiento de los modos narrativos. Por una parte adopta el modo panorámico, tan apto para la evolución de un pasado y, por otro, hay un modo directo que se acusa en los diálogos casi permanentes. Aquellos contrapuntos sobre “mundo real-mundo soñado”, “mundo de fe y mundo de incredulidad”, “mundo de los códigos de honor y ritos y mundo de la espontaneidad”, “mundo del ayer y mundo del hoy”, “mundo que se hace y mundo que se contempla”, adquieren, desde estos dos modos narrativos panorámico o lejano y directo o cercano, una compulsión más que agita sin querer al lector.

OTRAS NOVELAS CHILENAS CON PROTAGONISTAS ADOLESCENTES

Gracia y el forastero no es la única novela chilena de tema adolescente; hay entre nosotros toda una familia narrativa con temática similar. Oscar Castro escribe *La vida simplemente*: el joven Lagos despierta a la adolescencia desde una tortuosa infancia desarrollada en bajos fondos sociales. Juan Espinoza dio a la imprenta *Cecilia*; aquí el adolescente es Benito, un muchacho que sufre un complejo de inferioridad agudizado por la edad, el amor y el sexo. María Carolina Geel ha escrito dos obras de temática juvenil: *El mundo dormido* de

Yenia y Soñaba y amaba el adolescente Perces. En la primera, Yenía es una muchacha que oscila indecisa entre dos jóvenes con quienes divide su amor apasionado y ansias de entrega; en la segunda, Perces se desencanta de su tía Violeta, quien satisface sus inquietudes sexuales, y no alcanza a vencer el temor de acercarse a Malva, en quien declina después su amor. María Elena Gertner se preocupó de la adolescencia en *Islas en la ciudad*; Blanca se enamora de un hombre casado, se entrega a él, llega al convencimiento de la imposibilidad de casamiento e intenta el suicidio, que fracasa. Fernando Santiván escribió *Crisol*; Bernabé Robles se abre en forma positiva a la adolescencia y al amor que le dignifica. Carlos Sepúlveda Leyton nos presenta en *La fábrica* al adolescente rebelde, crítico de una sociedad que con normas inflexibles y severas cercena el desarrollo de la personalidad; los resultados de tal protesta, sin resultados, derivan en la “evasión” y ésta en el sexo. Jaime Valdivieso nos da en *El Muchacho* a Ernesto Mackenna, un adolescente que no logra en Blanca superar sus trastornos homosexuales y heterosexuales. José Manuel Vergara describe *Cuatro estaciones*; aquí el adolescente es Lorenzo; no abre su adolescencia al amor, que rehúye, pero sí a ganarse la admiración por sus cualidades deportivas que, al sobrevalorar, le harán caer, dando para la sociedad a un apóstol de la rebeldía. Hay otras muchas obras que, para ilustración de maestros y guía de estudiantes, sólo vamos a consignar: *La hechizada*, de Fernando Santiván; *Flor Silvestre*, de Elvira Santa-Cruz; *Sonata*, de Daniel Belmar; *El primer amor* y *El Loco Estero*, de Alberto Blest Gana; *Valparaíso, la ciudad del viento*, de Joaquín Edwards Bello; *Hijuna*, de Carlos Sepúlveda Leyton; *Hijo de Ladrón*, de Manuel Rojas; *Cuando era muchacho*, de José Santos Vera, y otros. La obra de Guillermo Blanco, que presentamos, es, entre ellas, una de las más completas y maduras.

César García Álvarez
 Universidad Metropolitana
 de Ciencias de la Educación.

*Ser en la vida romero,
 romero solo que cruza siempre por caminos nuevos.*

*Ser en la vida romero,
 sin más oficio, sin otro nombre y sin pueblo.*

Ser en la vida romero, romero... sólo romero.

*Que no hagan callo las cosas ni en el alma ni en el cuerpo;
 pasar por todo una vez, una vez sólo y ligero,
 ligero, siempre ligero.*

*Que no se acostumbre el pie a pisar el mismo suelo,
 ni el tablado de la farsa ni la losa de los templos,
 para que nunca recemos
 como el sacristán los rezos,
 ni como el cómico viejo
 digamos los versos.*

León Felipe

1

¿Cómo empezaré? ¿Qué puedo decir, o explicar, si cuanto anote en estas páginas estará dirigido a mí mismo? Sin embargo, por eso estoy acá. Para explicarme y entenderme. Pero no sé cómo empezar. Cómo iniciar una lucha con la certeza de la derrota.

Según mi padre —él me impulsó a venir—, lo hermoso en la vida es la incertidumbre del futuro. Desconocer el mañana, explorar cada minuto llegando hasta el cual si fuera una nueva comarca. Es triste, agregaba, la batalla perdida de antemano. O ganada. Porque la duda lleva implícito el acicate de la aventura. Y si moverse a tientas puede producir angustia, siempre es más vital eso que dar cada paso en una huella prefijada.

Tal vez en el fondo, esta mañana, mientras mi padre me acompañaba a la estación, veía ya el inevitable fracaso de este intento. Peor: el fracaso era un hecho. No hacía falta el golpe, lo dramático, para subrayarlo. El fracaso era. Es.

Cuando nos despedimos —mi padre, turbado, no supo si abrazarme o estrecharme la mano, y optó por darme unas palmadas en la espalda—, sentí, con el mío, el nudo que le oprimía la garganta. Tartamudeaba al hablar, y mientras sus palabras me prevenían contra el frío de las noches y me aconsejaban poner el sobretodo a los pies de la cama para abrigarme, su mente se hallaba ocupada en otro problema. El problema. Y en su incapacidad para prestarme ayuda.

Débil, inerte, anciano casi: ésa es la última imagen suya en mi retina. Una figura gris que se encogía, se encogía, en tanto mi tren iba avanzando hacia el poniente. Dejándolo atrás.

Escribir mi vida. Suena un poco ridículo. Suena presuntuoso, también, a los dieciocho años. Y es, en cierto modo, como si quisiera matar, sepultar, a una parte de mí mismo, aplastándola contra el papel.

¿No es ése, sin embargo, el caso? ¿No he venido aquí con el único propósito de llenar esta libreta en la paz, la mansedumbre, el silencio quieto del caserón que nos aloja? No de luchar. No de esclarecer lo sucedido, sino de consignarlo.

Sí, hay paz en torno. Diríase que hasta el viento penetra en puntillas por entre los árboles del parque. Paz. No escucho otro ruido que el rasguñar de la pluma sobre el papel. O mi respiración; o alguna hoja, afuera.

...Escribir, pensar, recorrer de nuevo esos días que giran en mi memoria igual que un molino de angustia, felicidad, angustia, y luego angustia sola. Revivir, no pensar. Reandar los pasos. Remirar las imágenes.

Una voz fría, que apenas llega a mí —y que está hecha de varias voces concretas: la de mi padre entre ellas—, me susurra que revivir es descabellado. Vivir, o más bien sobrevivir, es lo lógico. Intentarlo, siquiera. Sin embargo, yo no deseo lógica. No deseo razón ni razones. Lo único que deseo es, precisamente, un absurdo.

—Escribe. Trata de poner en orden tus ideas.

Ese fue el consejo de mi padre cuando partí. Cuando partí, mi padre me rogó que pensara en Dios. Eran dos cosas que solía hacer. Rezar y dejar que mi pluma corriera, libre, sin intención de cuento ni de ensayo ni de poema: porque sí, para llegar a cualquier parte, o a ninguna. Ver, fascinado, cómo iban brotando —en parte de mi pluma y en parte de mi mente— frases, palabras, ideas. Un mundo, mío. O yo era de él, quizá.

Anoche, siguiendo la inercia de la niñez, traté de refugiarme en Dios, de creer en El, y pedirle que en el curso de este retiro me ayudase a encontrar la serenidad que he perdido. No pude. Me sentía mintiendo. Mintiéndome. De hablarle, le habría gritado con rabia: “¡Esta es la última oportunidad que te doy! Demuéstrame que tu mundo no es todo un cruel disparate. O no: Demuéstrame que en tu mundo cabe el disparate, y no es sólo una masa inexorable e inerte de cordura”.

Dios. no sé si en realidad hay en mí una honda ira hacia El, o si incluso eso, la ira, es un postrer intento de creer; un juego de palabras para aferrarme a algún resto del naufragio. Porque si Dios no existe, ¿qué significa esperar? Y, por otro lado, si existe...

No. La ira es auténtica. No será, tal vez, contra esa divinidad que ha muerto para mí. Será contra el mundo, contra la suerte... Una especie de disco de fuego se agita en mi interior, con la presión de algo que pugna por reventar.

Hoy, mi padre me aconsejó “pensar en Dios”. Me aconsejó tener calma. Ordenar mis ideas. ¡Qué lejos está mi padre!

Apenas llegamos a la Casa de Ejercicios, nos distribuyeron estas libretas, y en la primera reunión, el padre Matías nos aconsejó escribir en ellas nuestras vidas.

—Por cierto que sólo las usarán si lo desean. Hay entera libertad. A nadie le preguntaré qué hizo con la suya, y mucho menos pediré que me las muestren. Si alguien prefiere guardarla para otra cosa, o escribir para sí mismo, es dueño.

Yo había traído un cuaderno, pero la libreta —limpia, fragante— me atrajo. Anotaría aquí. No un examen de conciencia, desde luego. Ni una revaloración del pasado, al estilo habitual en los retiros. Ya veo a Gutiérrez poniendo: “Nací en Concepción el tantos de tal mes...”, y así sucesivamente, todas sus tonterías, sus pecados inocuos, sus experiencias: “A los catorce años leí *Manon Lescaut*”. O: “He tenido malos pensamientos”. O: “Una noche...”

Lo envidio.

No. Quizás me gustaría poder envidiarlo. Renunciar a ser lo que soy, y envidiarlo. A una parte de mí le gustaría: a la parte cobarde. Pero en verdad no espero eximirme. En verdad, lo único que temo es que el dolor pase, y en su lugar venga... ¿Qué? ¿La vida diaria? ¿La nada? ¿El paisaje sin relieve?

2

Gracia. Nos conocimos en la estación, una tarde. Su padre y ella habían venido en tren, y buscaban un taxi para seguir a Castuera. No había ninguno. Papá, que acababa de retirar la correspondencia, se detuvo de pronto frente a ambos.

—¿No es Morán? —dijo.

El general lo observó a su vez.

—¡Romero! —exclamó.

Se abrazaron, cambiaron esas frases habituales de los viejos amigos que ya no son amigos, pero se alegran de verse. Un alegrón que dura para el comienzo del diálogo: en seguida se imponen la distancia, el frío que se ha ido forjando entre ellos, y los amigos se van encontrando distintos, van dándose cuenta de que son sólo dos desconocidos que se saben los nombres y han cometido el error de entablar conversación.

Gracia me miró, y me sentí sonrojar, torpe.

En ese instante, el padre de ella preguntaba al mío por sus ocupaciones.

—Yo —replicó papá, como cada vez que le planteaban la cuestión— trabajo en frutos del país.

Era una respuesta amplia, después de la cual siempre hablaba mucho, para que no le pidieran detalles. Para no tener que decir que era apenas ayudante de contador en una bodega, que ganaba un sueldo miserable, que en las tardes solía hacer clases particulares para redondear nuestro sustento. Hablaba, hablaba, tapando con palabras estos hechos, igual que si tapase agujeros. O los lamparones de su ropa, que brillaban implacablemente ahora, al sol.

Gracia me tendió la mano.

—Buenas tardes —sonrió.

Yo le sonreí también, aunque debo de haber tenido un aire estúpido.

Ruboroso, bobo, trémulo, sin saber qué hacer ni saber qué contestar, avergonzado por mí y por mi padre, y quizá si incluso, un poco, por mi pueblo, por San Millán, que no tenía muchos taxis ni edificios ni buenas hosterías ni grandes comercios.

—¿Iremos a tener buen tiempo? —inquirió Gracia.

—Sí —contesté—, yo creo que sí.

Hubo un silencio. Mi padre hablaba, por hablar algo, de la última cosecha.

—No se ha sentido el invierno —agregué.

Gracia dio unos pasos por el andén. La seguí.

—Nosotros venimos a pasar una temporada en Castuera —explicó—.

Mi padre sufre de presión alta, y le recomendaron el clima.

—Es famoso.

—¿Yo? —tronaba en ese instante el general—. ¡Hombre! ¿No me has visto en los diarios? Soy comandante de división, jefe de plaza. Yo liquidé, hace un par de meses, la huelga de Asfotar.

—Ah, claro: Morán. No sé cómo no relacioné.

Comenzaron a andar.

Sentí una inexplicable vergüenza de que papá no pudiera ofrecer: “Los llevaré en mi auto”. El no poseía automóvil, ni llegaría a poseerlo. Luego tuve vergüenza de mi propia vergüenza, y desee mortificarme, humillarme.

—Este es un villorrio sin nada de interés —espeté a Gracia, con los dientes apretados, bruscamente, absurdamente—: cuatro casas viejas, que se caen solas, unas viñas en los alrededores, el río. Una lata. Y la gente es pobre y opaca. Somos.

Ella mantenía la vista fija en el suelo.

—A mí me gustan las casas antiguas —murmuró.

Y volvió a mí los ojos, y ahora comprendí: Madame Henriot.

Del muro de mi cuarto pendía un bello grabado en colores del cuadro de Renoir, y en Gracia había algo de la esencia de Madame Henriot. La hondura, la paz, la vitalidad, la ternura de la mirada; la finura de la boca, pálida, con un toque de estilización. Yo estaba enamorado de Madame Henriot, hasta donde es posible estarlo a través de los años y de la muerte.

Y ahora Gracia, a mi lado, viva, real... Se diría un milagro.

Seguía mirando al suelo, de nuevo. Y era Madame Henriot, varios años antes del retrato. (¿Cómo se llamaría Madame Henriot? ¿Francoise? ¿Claire? ¿Odette? ¿Suzanne?).

—Hasta hace poco, nosotros vivíamos en un departamento.

Sí, ella vivía hoy, en un mundo que, si no era bien el mío, estaba más cerca de serlo que el de la hermosa modelo de Renoir. Pensarlo me produjo una especie de gozosa turbación.

—Este es mi chiquillo —dijo entonces mi padre, acordándose recién de nosotros.

—Y ésta, mi chancleta —anunció el general.

Rió con breves carcajadas, cual si quisiera excusarse por no tener un hijo varón.

—Hola, muchacho —me saludó.

Le estreché la mano.

—Gracia —indicó él, señalándole a mi padre—: aquí tienes a Romero, el de la historia de las manzanas en el colegio. ¿Recuerdas que te la he contado?

—Sí, papá.

Hubo un silencio algo tenso. Habíamos llegado a la salida de la estación, y yo sabía que mi padre pensaba en su obligación de invitarlos a tomar el té y en la vergüenza que le produciría llevarlos a nuestra casa.

—¡Ahí viene un taxi! —exclamé.

Lo había salvado.

Se estrecharon las manos, se palmotearon —viejos amigos de nuevo—, y Gracia y su padre partieron en el auto, envueltos en una nube de polvo.

—¡Ya nos veremos! —gritó el general, asomándose por la ventanilla.

—Claro, claro —contestó papá.

Yo habría jurado que el “ya nos veremos” le sonaba igual que una amenaza.

Sí, a veces mi padre se encogía, como esta mañana en la estación, y era yo el maduro. Una especie de hermano mayor.

Esa tarde caminamos un buen rato en silencio, sumidos en reflexiones que me imaginaba muy semejantes. Íbamos despacio: ninguno de los dos tenía ganas de llegar a la bodega de don Roberto, donde él desaparecería, como si lo devorara una cueva, por la boca sombría del portón. Atravesaría en medio de las hileras de sacos y toneles para hundirse tras la portezuela pringosa de la oficina. Hasta las siete, las siete y media, las ocho. Dependía de don Roberto.

—¿Hay mucho trabajo? —le pregunté.

—Mucho —respondió papá—, y muy aburrido.

Esperaba algo así.

—Cualquier trabajo ha de ser aburrido, después de cierto tiempo —comenté, en un tono que traté de hacer ligero.

—Sí, sin duda. Sólo que el mío ya lo era al empezar.

Habría dado no sé qué por poder animarlo.

—¿Y qué trabajo es ameno? —insistí—. Yo creo que ninguno. Y si a uno le gusta, debe de ser peor, porque siempre, a la larga, estará la rutina para hacerlo pesado y despojarlo de encanto. Hasta que al fin se llegue a odiarlo. Y eso es odiar algo que a uno le gustó. Es un agrado deshecho. Una pérdida.

Sonrió.

—Te estás poniendo muy racionador..., que no es igual que ser razonable.

—No. No es igual. Pero yo nunca he querido ser demasiado razonable.

—¿Ah, no?

—Evidente que no. El racionador es un deportista, y el razonable suele ser un esclavo.

Pensó un momento, burlón:

—Bonita frase —dijo.

Pero lo dijo sin crueldad. Luego, entre en broma y en serio:

—Tal vez sea un buen comienzo de independencia el que pienses así. Tal vez tú te libres de llevar una vida rigurosamente normal. Yo no lo conseguí.

—No seas tan duro contigo mismo, papá. Parece que quisieras... ¿No te enorgullece prolongarte en mí; darme educación, principios,

ideales; haber podido entregarme tantos libros, y haberme enseñado a leerlos; haberme hecho tan exigente en lo espiritual, y haberte ganado mi admiración en eso precisamente? ¿Que vendes tus horas? Sí, la cáscara. Pero por dentro sigues siendo un hombre libre y un hombre culto y un hombre que vale. Y eso, papá, no es “normal”.

Me palmoteó con suavidad la espalda.

—No deja de reconfortarme que veas las cosas así —murmuró.

—También es obra tuya. Y no es que las vea. Son así.

Habíamos llegado a la bodega.

Mi padre me apretó el brazo, pareció que iba a decir algo, mas luego se arrepintió y se fue, lento, por entre las oscuras hileras de sacos. Sentí crujir la puerta donde colgaba el cartel “OFICINA”. Una luz amarilla asomó, envolviéndolo. Una luz anémica, malsana. Vi que papá me sonreía. Me hizo una seña y desapareció tras la portezuela, la lápida pringosa.

Pero sonreía.

3

Debe de ser imposible precisar cuándo empieza el amor. Trazar una línea. Imposible. Al principio es una cosa vaga, un cosquilleo sin motivo, un deseo efervescente de ser bueno y hacer a todos felices en torno. También una extraña tristeza, a ratos; una tristeza también sin motivo. Un deseo alternado de llorar y reír, y de hablar en voz baja; de cantar —yo, con mi oído de tarro— o de echar a correr hasta caer agotado.

Acababan de iniciarse mis vacaciones de invierno en esos días, y sólo debía regresar a Santiago dentro de unas tres semanas. Mi padre estaba llegando tarde a casa. Don Roberto y el trabajo lo retenían hasta la noche. Durante horas, me hallaba sin nada que hacer, fuera de leer, caminar, mirar. Era dueño de mi tiempo.

A la mañana siguiente de conocer a Gracia, resolví ir a Castuera, a pie. Un curioso pudor me impulsó a mentir a papá. Iría al Trapiche, le dije. Almorzaría allí. Cogí dos panes, un trozo de queso de cabra, una manzana.

—Vas a pasar hambre.

—No, no importa. Compró algo.

—¿En el Trapiche?

Me ruboricé.

—A..., a la ida, por el camino... Ya veré.

—Allá tú —sonrió.

Y se dio vuelta. Me detuvo un instante, queriendo explicarle que no, que iba a Castuera, mas me limité a articular:

—Hasta luego.

Y partimos, cada cual por su lado.

El aire, afuera, y el sol me animaron muy pronto. Recuerdo que, a pesar de la prisa que tenía por llegar a Castuera, me eché a andar a tranco lento por el trozo de camino que va junto al río. Las garzas,

solemnes y blancas, volaban sobre la corriente, se posaban en los remansos, alzaban desde las piedras la frágil arquitectura de sus cuerpos.

Empecé a subir, y el camino iba retorciéndose, metiéndose en el pinar, penetrando el silencio verdinegro y húmedo del bosque. Arriba, al fin, terminaban los árboles. El cielo quedaba encerrado en dos brazos vegetales que se abrían a medida de mi avance, para entregarme más y más cielo a cada paso, y luego –cuando llegué a la cumbre– todo el cielo, y a mis pies el espectáculo radiante del mar: la caleta, las casas del balneario, la hostería.

Allá debía de estar Gracia. Me pregunté cuál sería su ventana, si se hallaría dentro o habría salido a caminar. Se divisaba una figura solitaria –un punto– moviéndose apenas junto a las olas. ¿Sería ella?

Bajé, casi corriendo.

Aunque no puedo decir que ya la amara, todo en mí gritaba su nombre. No. No la amaba aún. ¡He encontrado tanto que amar, después, en ella! Tantos recodos que entonces no podía siquiera imaginar... ¿O sí? ¿O en la mirada blanda y profunda de Madame Henriot había yo entrevisto, adivinado, soñado, cada estrato de lo que el tiempo me iba a mostrar en Gracia, con una suerte de mágica arqueología? ¿De lo que Gracia iba a significar para mí?

Sin embargo, no la amaba. Amar es una integridad. Se está entero –él entero, ella entera– en el amor. Me entusiasmaba, claro, la idea de amarla. Me atraía con la doble atracción de una aventura y un misterio. Casi de un peligro. Además, amar habría sido una salida para el encierro a que me condenaba mi timidez. Una especie de puente entre mi mundo privado y el mundo.

Pasé aquella mañana solo, en las rocas. Me entretuve en mirar una poza de camarones, luego un banco de erizos, luego en saltar de piedra en piedra esquivando el golpe de la ola. Después emprendí el regreso hacia Castuera, por la playa de las algas. Tenía sed. Serían las doce, o más, y ya había consumido mis provisiones.

Entré en el almacén.

–Buenos días, don Ernesto –saludé.

–Buenos, Gabriel. ¿De veraneo?

–Sí –repliqué, sonriendo–. Este invierno es un verdadero verano. He sentido calor en La Punta.

Pedí un refresco. Un agua mineral. Mientras me atendía, don Ernesto miró por encima de mi hombro.

–¿Señorita?

Me volví: era Gracia.

–Cómo está –me dijo, tendiéndome la mano–. ¿Anda de paseo?

–Sí...

–Pidió lo que iba a comprar.

–Piensa almorzar en Castuera?

–Almorcé.

–¿Y ya se va?

–No –contesté, después de vacilar un instante–. Voy a quedarme en la tarde. Está tan agradable el sol.

–En realidad. Yo había invitado a mi papá a caminar por la playa, pero él, como buen militar, no perdona su siesta.

Habría querido invitarla a que fuéramos juntos, mas no me atreví. Se produjo un silencio mientras luchaba en vano con mi cortedad de genio.

–Son ciento veinte pesos.

Gracia pagó, recibió su paquete.

–Hasta luego –me dijo.

Y ya al trasponer la puerta agregé:

–Quizá nos veamos. Creo que voy a salir, aunque sea sola.

–Ojalá –comenté.

Y me quedé pensando que había resultado mucho más audaz –y más tonto– este “ojalá” que la obvia invitación que antes no me arriesgara a pronunciar.

Gracia vestía de blanco. La vi desde el momento en que bajó las gradas de la hostería hasta que, rectamente, se encaminó hacia donde yo estaba.

–¿Qué agradable la brisa! –exclamó, sin saludarme.

La miré. La miré por primera vez como miraba a Madame Henriot:

como si la mirada no encontrara algo vivo, como si ella no fuera a sentirla ni yo tuviera por qué dejar de mirarla. Como si ya nos amásemos, y no hicieran falta palabras que nos mantuvieran a prudente distancia.

Gracia echó a andar por la arena. La seguí. Se detuvo, se quitó los zapatos. Encontré que esto le confería una lozanía y una belleza nuevas. La estilizaba también, no sé por qué. Las hadas, las ninfas, los seres ideales, parece que marcharan descalzos.

Nos fuimos por la orilla del mar. Ella alzaba un poco la voz para hablarme por sobre el ruido de las olas. Su pelo me rozaba las mejillas cuando nuestras cabezas se acercaban con el vaivén de la marcha.

Quisiera haber atesorado cada una de las frases que cambiamos. Pero las frases, en sí, no son nada. Son frases. Son letras, aquí, en la libreta. ¿Y cómo traer el viento y el golpe del agua y la humedad salina del aire, y ella, y yo; el hecho tan simple y tan complejo de estar juntos, y la despreocupación, y el amor que iba naciendo o se adensaba o se hacía profundo?

En un momento habló de su novio. Había ido con él a tal parte, había hecho tal cosa con él... No sé.

Callamos. Los dos supimos que se había producido un hielo. Y la conversación varió. Sería imposible precisar qué, ni cómo: varió. No las palabras, tal vez. Tal vez las palabras, puestas en el papel, no revelarían gran cosa. Era algo sutil. Un brillo más tenue en los ojos de Gracia, una opacidad vaguísima en mi voz.

Observé, de reojo, que un anillo le ceñía el dedo. Ella sorprendió mi mirada, y el silencio adquirió mayor hondura.

Regresé por el camino de los cerros, con una incierta impresión de derrota. El anillo de Gracia se me aparecía idéntico en su significado al lienzo sobre el cual estaba el rostro de esa bella francesa de años atrás: al lienzo, a los años, a la muerte que de seguro era dueña ya de la real Madame Henriot, o a la vejez, que habría destruido la tonalidad feérica de sus rasgos.

No volvería a Castuera: eso era asunto resuelto. ¿Para qué? ¿Para alentar un sentimiento que terminaría por convertirse en una espina? ¿Para hablar del novio? Enrabiado, golpeé el suelo con el pie, en un gesto de grotesco despecho. Un novio. La palabra me zumbaba en los oídos; daba vueltas, inmaterial, en mi mente. Era un remolino negativo. Novio, anillo, cuadro, tiempo: lo imposible.

No volver, no alimentar un apego que me haría sufrir. Quizá si... Pero mi padre, antes, mucho antes, me había dado una noble respuesta para esto: "No debemos rehuir lo que es duro sólo porque es duro. Casi siempre vale la pena pagar el precio de una hora amarga, o de días o meses amargos, a trueque de un poco de grandeza. Es curioso: se diría que una de las raras, de las únicas formas que tenemos de participar del espíritu, o de la divinidad, es a través del dolor. Los griegos calificaban de héroes a los hombres que se acercaban a dioses por sus virtudes. Yo, sin embargo, creo que Edipo y Electra y Orestes estaban más cerca de esa sobrehumanidad (y más cerca por el dolor) que el mayor de los héroes por sus méritos".

No recordaba esto al bajar hacia San Millán, por la pendiente oriental del camino. Lo recuerdo ahora, y recuerdo también otras frases de mi padre: "Alguien, me parece, ha hablado de la vocación del dolor. Es cierto: esa vocación existe, y es lógica. Lo absurdo es creer que uno puede escapar al dolor, considerarlo un accidente. Lo más que se hará será tomarlo de soslayo, o huir del dolor serio, hermoso, para caer en una sucesión de otros, diminutos, que no dejan siquiera el consuelo de la grandeza. O aferrarse a una hilera de goces también diminutos, enanos. De goces que reducen la escala del hombre".

4

Eso ocurrió un martes. Al día siguiente no fui a Castuera.

¿Qué piensas hacer hoy? –me preguntó mi padre en la mañana.

–No sé –me encogí de hombros–. Leer. ¿Quieres que me entretenga un poco ayudándote en la oficina?

–Por ningún motivo: estás de vacaciones.

Siempre se oponía a estos ofrecimientos, y yo no insistía ya, porque él se avergonzaba de su oficina, y yo era su hijo, y era comprensible que él deseara conservar ante mí aunque fuese un resto de dignidad. No creo que hubiera logrado jamás convencerlo de que no me importaban el escritorio comido de polilla y sin barniz; la silla crujiendo, descuadernada; la estrechez dickensiana del local; el desorden de papeles y libros contables, de facturas, de lápices tacañamente afilados hasta el último centímetro. Muchas veces lo imaginé penetrando allí con la dignidad espiritual de un rey en el destierro. Pero ni me atrevería a decírselo ni él se convencería, si se lo dijera, de que era cierto.

Salió. Cogí un libro y lo acompañé hasta la puerta de la bodega. Eran las ocho de la mañana, y el aire, frío, se metía en los pulmones con grata fuerza vivificante.

–¿Piensas almorzar en la casa? –me preguntó.

–Sí, por supuesto –contesté, ruborizándome sin saber por qué–. Pasaré a buscarte a las doce.

Nos separamos y yo me encaminé al río. Mi libro era tedioso, o me lo pareció en ese momento, y pronto lo dejé de mano.

Tendido en una piedra, me dediqué a contemplar el agua, los árboles, el grácil ondear de los batros. A cierta distancia, dos muchachas se pusieron a lavar ropa, riendo y haciendo comentarios. No me veían. Yo no sabía nada de ellas, ni de lo que hacían. Era un extraño.

De pronto pensé que yo siempre era, un poco, un extraño: en el

colegio, donde no practicaba deportes; entre las chicas, con las que me portaba indefectiblemente desabrido; incluso con mis escasos amigos, de quienes nunca faltaba algo que en algún instante me apartara.

“Un foso –me dije–. Un lienzo. Un anillo”.

Traté de reprocharme a mí mismo: Lo hacía por ser original, por ser distinto. Y no. Yo sabía que era cosa de adentro. Ese reproche podrían hacérmelo otros, desde afuera. Otros que no me conocieran ni comprendieran que ser distinto no equivale precisamente a ser superior, ni es siempre un halago para la vanidad.

Una de las muchachas rió, cuchichearon, lanzaron unas claras carcajadas. Me habían descubierto y, por algún motivo, se burlaban de mí. No me importó: incluso me resultaban simpáticas. Me levanté, no obstante, y me fui, porque no era capaz de contestarles cualquier cosa, o de ponerme a tono con ellas.

Mi padre me esperaba, paseándose, frente a la fachada de la bodega.

–Acabo de encontrarme con Morán –anunció–, y lo invité a almorzar para mañana, con su hija. Le pediré permiso a don Roberto para llegar algo más tarde. Tú los acompañas, después, hasta Castuera en el taxi. Deja a Carlitos hablado desde hoy.

Sonreí.

–No se te ha ido un detalle. Parece que lo has pensado todo.

Se encogió de hombros.

–No he hecho otra cosa que devanarme los sesos desde que nos separamos Morán y yo. No sabes...

–...lo que te desagradan estos compromisos –completé.

Me miró, con un gesto divertido.

–Bueno –dijo–, parece que sí sabes.

5

A las seis de la mañana nos econtrábamos todos en pie, arreglando la casa. Mientras Clara pulía las bandejas de plaqué y los candelabros, mi padre y yo cambiábamos de lugar los muebles, disimulando rincones desdorosos, alguna tabla hundida, un rasgón del empapelado. Parecía que el pobre miraba por primera vez nuestros cuartos escuálidos y sombríos. Y era que por primera vez los veía con ojos ajenos, de afuera. Con los ojos del general.

–Tuve que invitarlos –repetía, entre excusándose y tratando de conformarse–. Había que cumplir. Pero sin hacer los arreglos...

“Los arreglos” era un tema mitológico al que volvía de tiempo en tiempo. Él no lo sabía tal vez, mas esos arreglos no se harían jamás. Jamás se resolvería a hacerlos. Era que, aparte de los inconvenientes de orden práctico –falta de dinero, de calma, de orden mental–, había en la casa algo que cuadraba con él, conmigo, con el recuerdo de mamá. Un algo vago, aunque misteriosamente bello y profundo.

–¡Por Dios esta alfombra! ¡Y ese cojín!

–Vaya, papá, no te preocupes. Son cosas antiguas. Tienen mucho más valor que unas bagatelas modernas sin gusto a nada. Tienen personalidad.

Mi padre reía en medio de su azoro.

–Sí, personalidad y polilla. Sobre todo polilla.

Me invadió un sentimiento cálido, de ternura, hacia él. Eramos, pensé, un par de náufragos ordenando nuestra isla para recibir una inesperada visita.

No quise abrir yo la puerta. Dejé ir a Clara. Lo primero que oí fue la rotunda voz del general:

–Buenos días. ¿Aquí vive Emilio Romero?

–Sí, señor...; sí, señor general –contestó Clara, turbada.

Ella no había visto nunca a un general.

–Pasen, por favor –agregó–. El caballero no ha llegado, pero el niño está en el salón.

“Niño” y “salón” eran términos tan inversamente desproporcionados, que me produjeron una mezcla de vergüenza, de rabia, casi de angustia. Además, me irritaban unas eses y unas dees nuevas que aparecieron en el habla de Clara.

–Ah, cómo estás, muchacho.

–Buenas tardes –saludé.

Gracia no me dijo nada. Me tendió la mano en silencio, de una manera especial, pensé; lenta, pero con una lentitud de apenas fracciones de segundo.

–Siéntense –les invité–. Mi padre aparecerá de un momento a otro.

Nos sentamos. Se produjo una pausa algo tirante, que rompió el general:

–Harto muertos estos pueblecitos.

Yo me sentía un poco agresivo. Quería demostrarles a Gracia y a él –a Gracia sobre todo–, que no era un niño y que no me importaba que esta pieza no fuera un salón.

–¿Por qué muertos? –objeté–. Sin duda que son tranquilos...

–Con la tranquilidad de la tumba. No se ve a nadie... La gente pasa encerrada, por lo que parece... Si hay gente. Y se divisan pocos autos, comercio flojo. Nada que hacer. Ninguna diversión. Nada.

–Eso depende de cada uno. A mí jamás me falta qué hacer: tenemos bonitos paisajes, la playa es agradable, están las ruinas españolas. Y, por último, con un buen libro...

En ese momento llegaba mi padre.

–Tu chiquillo es un pequeño filósofo –comentó el general. Decía “un pequeño filósofo” como quien dice “un pequeño haragán”.

–Sí, es todo un filósofo.

Mi padre pronunció la frase con cierto orgullo risueño que me halagó, aunque luego me produjo bochorno, pues recordé que Gracia estaba presente.

–Haría falta un regimiento aquí.

–Hombre, Dios nos libre –protestó papá.

Pero su amigo no recogió el guante, creyendo que se trataba de una broma.

Pasamos al comedor. Mi padre se veía corrido, poco dueño de sí. Una mirada del general en redondo agravó las cosas. ¡Cómo habría deseado yo poder prestar alguna ayuda a papá en aquellos momentos! Salvarlo, rescatarlo de su absurda tribulación. Nos sentamos. A mi silla le flaqueaba una pata, por lo que debí pasar la mayor parte del tiempo en una sola, tiesa postura, evitando cualquier movimiento.

Sin embargo, no estaba a disgusto. Me agradaba ignorar a Gracia y, no sé por qué, sabía que ella lo notaba. “Toma, para tu novio”, gruñía en mi interior, con cierto gozo de chico taimado. Ofrecía el pan o el vino primero al general, en seguida a papá, luego a ella. “Usted no es la dama en esta mesa: es la niña”.

¡Y Gracia entendía, entendía, lo habría jurado! Cada matiz.

La conversación, después, fue un poco tensa. Mi padre seguía inquieto, demasiado consciente de sus actos y sus gestos. Pensaba, de seguro, en que debía marcharse ya al trabajo, que llegaría tarde, que don Roberto...

—¿Estudia tu hijo? —inquirió el general.

—Sí, humanidades. Este año termina.

—Ajá: un hombre hecho y derecho.

Pausa.

Miré a Gracia de reojo. Observaba un retrato de mi madre que había sobre una repisa. Me habría gustado —no sé por qué— decirle que mi madre era hermosa, mucho más de lo que ahí podía apreciarse, y que era inteligente y era buena. Pero eso habría resultado fuera de lugar. Además, yo apenas había conocido a mamá, en realidad.

Mi falta de costumbre de beber vino a la hora de almuerzo hizo que me vinieran una modorra invencible y una especie de mareo; un como estar en el aire, y sueño, sueño, sueño. Habría pagado por dormir un rato.

—¿Qué se cuenta en Santiago?

La pregunta, tan frívola, no parecía salida de labios de mi padre.

—Ahí están las cosas: igual. Suben los precios, hay desorden, mala administración. Ya no existe autoridad para nada.

—Hum —asintió papá, distraído.

Yo creo que en ese momento le era indiferente que hubiese o no autoridad en el país. O que subieran o no los precios. Cualquier cosa que no fuese su propia inquietud por regresar a la oficina, y por hacerlo sin aparecer desmedrado ante su amigo el general.

La charla se arrastró unos minutos más, penosamente, y al cabo mi padre se excusó por verse obligado a dejarnos. Alegó que tenía “un asunto urgente” esperándole.

—El esclavo del deber —se mofó su huésped, poniendo, sin querer, el dedo en la llaga.

—Sí, sí —comentó él, en tono que se me antojó de abyecta sonrisa.

Luego les ofreció mi compañía hasta Castuera. Aunque era innecesario —más bien un gesto de excesiva cortesía—, Gracia y el general aceptaron.

—Claro —convino éste—, que venga y tome un poco de aire de mar. Le hará bien, porque está pálido.

Transformaba la gentileza de mi padre en una especie de favor hacia nosotros, pensé. Como si el aire del mar le perteneciera.

El automóvil de Carlitos despojó de cualquier encanto a nuestro viaje: saltaba a causa de los baches y de sus propias, intrincadísimas fallas mecánicas, y era preciso sostener una verdadera lucha para defenderse de los resortes que emergían, amenazadores, de los asientos.

Por fin llegamos. El general se alegró desproporcionadamente, porque él —decía— era hombre muerto sin su siestecita. Yo me disponía a estrecharle la mano y despedirme, para regresar a San Millán en el auto. Gracia, no obstante, me susurró de paso, al bajar:

—Quédese.

Nada más: “Quédese”.

Vacilé. En los ojos de ella campeaba la misma quieta, intemporal invitación que había en los de Madame Henriot.

—Parta, no más, Carlitos —resolví—. Yo me iré después.

El general remontaba ya las gradas de acceso a la hostería.

—¿Van a dar un paseo por la playa, Gracia?

—Sí, papá.

—No te atrases a la hora del té. Y acompáñanos tú, si quieres, muchacho.

Respondí vagamente. Me molestaba su tono protector, y no sabía qué hacer respecto a Gracia.

Ahora no estábamos sino Gracia y yo, solos. Y era una soledad especial, honda, porque ella me había dicho “quédese” en la forma en que se dice un secreto. Eramos cómplices de este estar juntos.

Igual que la vez anterior, ella se echó a andar, simplemente.

Caminamos una, dos, tres cuerdas, sin despegar los labios. Me hablaba a un tiempo desconcertado y pleno del gozo algo pérfido de que disfrutara durante el almuerzo, pues no se me ocurría de qué hablar, e imaginaba que ella interpretaría mi silencio como una actitud deliberada —comparable a una frase dura—, o, mejor aún, como simple tedio.

—Lléveme a las rocas —me pidió de pronto.

Sin razón, me enorgulleció que lo expresara así. “Lléveme”. Me sentí más fuerte. Hombre.

Y cuando comenzamos a preparar y yo le ayudé, fue cual si antes no hubiera tomado su mano. Nunca. Ni al saludarla ni al despedirme el primer día, ni al saludarla hoy. Nunca. Habría prolongado por una eternidad cada segundo. En un momento nos quedamos de pie sobre un rellano, muy cerca uno del otro, nuestros costados tocándose apenas, el pelo de Gracia cosquilleándose, su respiración y la mía fundiéndose.

Cerró los ojos. Inmóvil. Inmóviles.

Cinco o diez minutos debieron de pasar. El corazón me latía desmandado, con angustia. Lo percibiría incluso ella, pensé.

Y pensé: “No me importa: la quiero”.

Cinco, diez minutos. Quizá más.

Gracia abrió los ojos, se volvió a mí. Tenía una expresión muy seria. Sentí que me sumía en sus pupilas, y que eso me producía vértigo.

Un ave marina graznó en lo alto.

Gracia alzó la vista, cual si el ave tuviera una enorme importancia.

La bajó, luego. Pausadamente. Seguí su mirada, que se detuvo en el anillo. Pausadamente lo cogió con la mano izquierda, lo retiró de su dedo y lo arrojó al mar, que bullía a nuestros pies. En seguida se volvió otra vez a mí.

Reinó un silencio nuevo, breve, que ella rompió para decir:

—Vamos.

Y como yo permaneciera inmóvil:

—Ayúdeme —agregó.

¿Sabría lo importantes que eran para mí esas tres palabras: qué-dese, lléveme, ayúdeme?

Me tomó de la mano y comenzamos a bajar. Eso fue todo aquel día.

No. No fue eso todo. Son esenciales las pequeñeces. Parece que pudiera prescindirse de ellas, y transcurre el tiempo y hasta la más íntima minucia cobra significación. Y uno siente la avaricia de las que se pierden, de esas que se han ido sin piedad de la memoria, y de las que se van yendo, cayendo, en el camino.

Pero nunca se puede volver. No es lógico volver.

Nos fuimos andando en silencio por la playa. Al llegar a la hostería, nos despedimos en la forma en que nos habríamos despedido el día antes, u hoy, si no hubiese sucedido nada. Si no hubiese un anillo metido en un resquicio entre las rocas.

Sólo hubo un detalle:

—¿Nos veremos mañana? —me preguntó.

—Sí —repuse.

No fijamos hora ni lugar de encuentro. Daba igual: nos parecía inevitable encontrarnos.

Y ni ella ni yo recordamos la invitación que me hiciera su padre a tomar el té. Fue una suerte. Habría resultado absurdo charlar trivialidades después de aquello increíble, casi mágico, que ocurriera en La Punta.

Pero ya en ese breve trecho se había acumulado un verdadero tesoro de hechos pequeños. De esos que ahora busco con acuciosidad de anticuario, y para los que está abierta esta libreta.

Mientras duró el descenso de las rocas, por ejemplo, no nos soltamos las manos. Ya abajo, por espacio de unos segundos, seguimos así. Luego yo no pude. No me daban los nervios. Tenía miedo de la situación, de Gracia, de mí mismo...

Aflojé los dedos y su mano se fue, lentamente.

Íbamos callados, y eso, de nuevo, nos hacía cómplices. Cómplices en lo que no decíamos. En lo que no podía expresarse. Y en el no decir, tampoco, lo que no valía la pena.

Era grato no hablar. Lo contrario habría sido destruir un poco el momento. O, por lo menos, adelantarse a lo que debíamos hablar más tarde, abriéndonos paso hacia ello –de seguro– a través de una maraña de trivialidades. Los dos sabíamos que la tarde era bella, que el mar poseía en esos instantes cierta especial majestad, que había una plácida armonía en el aletear calmo de las gaviotas que pasaban –como todos los atardeceres– rumbo al norte.

Lo sabíamos. ¿Para qué ponerlo en palabras, entonces?

Y el que fuera innecesario hacerlo también nos unía. Porque, por tácito acuerdo, nos encaminábamos hacia los diálogos que habrían de venir, los necesarios, dando un rodeo más hondo que el de las frases. Decirnos ahora que nos amábamos habría sido un absurdo, superficial. Había que esperar, y era mejor hacerlo en silencio.

Cuando ella volvió a quitarse los zapatos, se apoyó en mi brazo. No tenía para qué. Era una especie de ratificación, algo que habría costado mucho formular en palabras, y las palabras nunca habrían sido bastante sutiles. Se apoyó no para no caer, sino porque el gesto expresaba esa nueva intimidad nuestra.

Dos o tres veces rió, y sus carcajadas eran claras. Y eran más –apenas un poco más– de lo que correspondía. Un ápice. Una minucia. Un detalle. Pero el viento era un detalle. Pero el mar era un detalle. Pero las aves eran un detalle, volando con toda la grandeza y la solemnidad de la creación hacia sus refugios de la tarde.

6

Desperté de alba esa mañana. Estaba oscuro aún. Desperté con cierto cosquilleo de gozosa premonición, como cuando se tiene una grata noticia, o se espera algo excepcional que habrá de ocurrir en el día. Primero no supe la causa –a veces, de niño, solía abrir los ojos con idéntica sensación, aunque sin recordar todavía que era mi cumpleaños, o la Navidad–, hasta que, buscando en la memoria con el mismo afán regocijado de la infancia, de pronto me acordé:

Íría a Castuera, por cierto. Gracia me aguardaría en cualquier parte... Quizá nos encontráramos a mitad del camino. ¿No había arrojado el anillo al agua? ¿No había abandonado su mano en mi mano? ¿No me había mirado de un modo especial, en los ojos? Sí, iría a esperarme a medio camino. Y ahora hablaríamos. Ya no importaría que habláramos. Y el novio se habría acabado. Lo tarjaríamos, igual que se tarja una cifra mal hecha en un cálculo.

Pero hubo –¿por qué siempre los hay?– un pero: mi padre me anunció que debería tomar inventario en las casas del fundo de don Roberto.

–Pedí dos caballos –me explicó–, para que me acompañes.

–Gracias –murmuré, y me sentí sonrojar.

Una rabia inmensa hizo presa en mí. Pude haberle dicho que tenía otros proyectos, a sabiendas de que habría comprendido, mas callé, y le guardé rencor, como si me hubiera estropeado el día intencionalmente.

Salimos. Había amanecido gris. Cielo desabrido. La cabalgata hasta el fundo fue silenciosa, y mi ira no hacía sino acrecentarse ante el hecho de que mi padre la notaba y la achacaba a otras causas. O buscaba las causas.

Yo sabía que estaría pensando: “Nos distanciamos. No somos los buenos camaradas de antes”.

Era tan absurdo. Tuve ganas de hablarle con cariño, y no, y cada vez que le dirigía la palabra era con la aspereza de mi murria. Si no, permanecía mudo, con todo el aspecto de ser presa de un tedio invencible. Recuerdo que mi padre trató, por ejemplo, de interesarme en una conversación sobre los versos de Jorge Manrique. ¡Sobre los versos de Jorge Manrique!

—El río de San Millán —comentó— se ve en realidad más viejo a medida que se acerca al mar. Pierde forma, se ensancha, va más lento. Decae. También se verifica a la inversa la metáfora: los ríos son, o tienen, vida...

Yo callaba.

—¿Te parece a ti así? —inquirió.

—Sí —contesté, sin entusiasmos.

Y enmudecimos de nuevo.

—He vuelto a pensar —dijo más adelante— en la idea de viajar al sur para el verano. Creo que podríamos hacerlo, apenas des tu bacherato.

—Es absurdo, papá.

—¿Por qué?

Se veía poco inteligente con ese entusiasmo tan repentino y tan evidentemente ficticio.

—Porque no puedes botar la plata.

—No es botarla... —objetó, débil.

—Sí es.

—La aprovecharemos tan bien. Será maravilloso. Yo recuerdo, por ejemplo, que el año...

—Antes de pensar en ir al sur, mira tu ropa. Mira la casa, que te da vergüenza cada vez que tienes que recibir a alguien.

No replicó nada. Lo había herido en lo más sensible, y me dolía hacerlo, y esto, de nuevo, agravó el nudo de rabia y angustia que me apretaba la garganta. Deseé con desesperación que se mostrara molesto o enojado. Que me golpeará, incluso. Pero sólo estaba herido.

Llegamos en silencio a las casas del fundo. Violentándose, mi padre sonrió a don Roberto.

—Vine con mi retoño —explicó, en tono que se me antojó de excusa—. Le había prometido traerlo este año.

—Bien, muy bien —masculló, apresurado, don Roberto.

No le interesaba el asunto. Había quehaceres más urgentes:

—¿Veamos los barriles?

—Cómo no, don Roberto.

—Y el retoño, ¿ayuda?

Mi padre me dio una mirada casi suplicante.

—Si puedo servir... —dije.

Y él:

—Claro, claro que ayuda. Le servirá de entretención. Ven, muchacho.

Me irritó este “muchacho”, que resultaba artificial.

Trabajamos todo el día. Almorzamos con don Roberto y doña Matilde, que se sentían muy democráticos al recibirnos en su mesa. Papá se mostró torpe, poco menos que abyecto. Diríase que, en su nerviosidad por estar ahí, se olvidaba de sus modales, se le oscurecía la mente, perdía toda conciencia de sí.

—¿Estudia el joven? —preguntó doña Matilde.

—Sí, va en sexto de humanidades —se apresuró a contestar mi padre—. Perdió un año, el pobre, cuando tuvo pleuresía.

—¿Tuvo pleuresía? Qué terrible.

—Sí, pero se ha repuesto bien. Ahora está robusto y firme. El médico...

Doña Matilde, sin embargo, había perdido interés. Daba la impresión de haber lanzado la pregunta como quien arroja una moneda a un pobre. Como ella arrojaría una moneda a un pobre: con una sensación ventosa de la propia bondad. Y libre de la menor emoción.

Sin oír casi las explicaciones de mi padre, la señora se volvió a su marido, y ambos hablaron sus cosas sin preocuparse mucho de nosotros, que permanecíamos escuchando, en un silencio oprobioso. Yo no. Yo no escuchaba: sentía hervir dentro de mí un furor que pugnaba por estallar, y de no ser porque el puesto de papá le era indispensable —nos era—, creo que habría dicho alguna grosería, o habría hecho algo violento.

Se me ocurrieron varias cosas: coger la jarra del vino y vaciársela

por el escote a doña Matilde. Lanzar un estrepitoso eructo, y luego pedir perdón cínicamente... para que se notara. Hacer gárgaras con el agua. Pedir repetición... Uno tras otro, los disparates pasaban por mi imaginación en una endiablada cadena, y el pensarlos me produjo tentación de risa, una risa nerviosa, que sólo me fue posible reprimir haciendo heroicos esfuerzos.

Eso, por supuesto, no significó alivio para mi estado de ánimo. Terminado el almuerzo, sentía que aún me llenaba una mezcla de angustia, de rabia, de derrota.

En la tarde conservaba todavía esperanzas de llegar a Castuera. Si estábamos en San Millán a eso de las seis —me decía—, papá iba a pasar a la bodega, y yo partiría corriendo. O tal vez consiguiera tomar el autobús, y en un rato estaría allá.

No pude, claro.

A las seis, don Roberto —siempre democrático— nos invitaba a tomar té. Un té interminable, con muchos cálculos de cosechas, de precios, ganancias, impuestos a la renta y otras necedades irritantes. El reloj, mientras, parecía que a propósito movía sus punteros frente a mí: cinco, diez, quince minutos; una campanada. Veinte, veinticinco, la media; dos campanadas.

Daban las siete cuando nos levantamos.

—Entonces, Romero, llévese usted estos papeles, y a ver si alcanza a pasar algo en el libro ahora.

—Sí, don Roberto.

De regreso, no cambiamos palabra. O mi padre estaba por fin enojado, o había renunciado a sacarme de mi mutismo. Tal vez lo que pasaba era que comprendía, pensé. El siempre comprendía.

—Voy a quedarme hasta tarde en la oficina —me anunció cuando entregábamos los caballos—. Puede que no alcance a llegar a comer. Tú come y te acuestas, no más.

—Bueno —murmuré.

En seguida, rompiendo el nudo que me oprimía la garganta, a falta de algo mejor agregué:

—No trabajos demasiado.

—No —sonrió.

Tonta como era, mi frase había deshecho el hielo. Es decir, él lo había deshecho.

—Yo saldré a dar una vuelta por ahí —anuncié—. ¿Te importa si me demoro?

Anda, anda no más.

Y tuve la certeza de que comprendía.

Un camión me recogió por el camino, y me dejó a unos pasos de la hostería, en Castuera. Serían las ocho, o poco más. Apenas se veían luces en el pueblo. Las de la hostería, la fonda, los carabineros, otras dos o tres.

Miré hacia la playa: había una neblina que lo emborronaba todo. No, Gracia no debía de haber salido en una tarde así. Me asomé a la hostería. Allí, sentados a la única mesa ocupada, se encontraban ella y el general. Traté de discurrir un pretexto para acercármeles, mas no se me ocurrió ninguno medianamente cuerdo.

“Quizá después salgan a tomar el fresco”, intenté creer.

No fue así. Terminada la cena, ambos se levantaron y subieron. A los pocos momentos se encendió una luz en el segundo piso.

“Allí duerme”, pensé.

Se encendió otra.

“¿O dormirá allá?”.

Esperé un rato. Al cabo de unos cuantos minutos, la primera luz se apagó. ¿Sería la del general, que se dormía en el acto? No me lo imaginaba leyendo.

—Gracia, Gracia... —musité, en una especie de absurdo llamado.

Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas. Recordé que ella tenía un asomo de tristeza en el rostro, abajo.

La segunda luz se apagó.

Sentí frío. Me marché. No sabía si estar triste, porque Gracia no me había visto y porque ella estaba triste, o si estar menos triste por esto, porque ella parecía lamentar no haberse encontrado conmigo aquel día.

Partí temprano a Castuera. Esta vez no encontré un camión que me llevara. En el Alto del Pinar me topé con el autobús, que venía hacia San Millán, a esperar el tren de la mañana. Había bajado una neblina espesísima, que apenas permitía distinguir los contornos de las cosas más inmediatas. Y los pinos eran fantasmas de pinos, los arbustos fantasmas de arbustos, la tierra entera una comarca espectral, de purgatorio. El camino, más allá de una decena de pasos, parecía perderse en un abismo.

Abajo, hacia la playa, el mar –invisible– daba la impresión de un mar también fantasma, penando detrás de una cortina gris.

Anduve hacia el sur, igual que siempre. A medida que el día avanzaba, la niebla se tornaba ligeramente menos densa. Apenas. Mi alma era presa de sentimientos encontrados: la niebla siempre me anima un poco, me refresca, me infunde deseos de reír.

Pero Gracia no estaba conmigo.

Pero yo no me atrevía a ir a buscarla.

Sentía como si, al no vernos el día antes, se hubiera perdido todo ese maravilloso, sutil contacto que estableciéramos. Sentía que éramos de nuevo dos desconocidos –¿qué hacer frente a ella?–, y que ahora el anillo resultaba absurdo, casi ridículo, en medio de las rocas. Tal vez Gracia lo hubiera recobrado ayer, luego de esperarme en vano.

Una masa de sombra comenzó a dibujarse en la niebla. Se hacía densa, avanzaba en dirección contraria a la mía. no quería creer que fuera Gracia, por no desilusionarme después. Sin embargo era ella.

–¡Gracia! –exclamé cuando pude distinguirla.

Vestía un traje sencillo, de color celeste, que caía con algo de majestad desde su cintura. Llevaba un pañuelo rojo atado al cuello, y esta combinación de colores, poco usual, confería a su figura un curioso atractivo.

–¿Usted por acá? –dijo.

La voz era fría, claro. Me corté. Las mil frases que soñara o soñara despierto la noche anterior se hicieron añicos en mi mente, igual que si fueran otros tantos trozos de vidrio delgado. Un nudo me oprimió la garganta. Pensé que no era yo más que un niño; sólo un niño metido en amores: en cosas de grande.

–Sí –murmuré.

Y observé que no llevaba el anillo, y deseé besarle la mano en señal de gratitud. Besársela y llorar –sí: era un niño–, y recoger a pedazos mis frases y decírselas, aunque fuese entrecortadamente, aunque no tuvieran mucho sentido.

–Vengo de las rocas –me explicó Gracia–. ¿Recuerda el anillo que perdí allá el otro día? No me resigno a perderlo. Estuve buscándolo.

No supe qué responder.

–Lo siento –agregó ella entonces–, porque mi novio llega esta tarde, y... Bueno. Sería una lástima.

Estábamos ambos parados, un poco artificiales, frente a frente. Y de pronto dejé de sentirme un niño y de sentirme indefenso y de sentirme sin recursos, y atacé con ira de animal herido, sin pensar en el sufrimiento propio, sino sólo intentando hacer daño.

–Volvamos –ofrecí–. Yo puedo ayudarle.

–Es muy amable. No me atrevo a...

–No se preocupe.

Marchamos callados hacia La Punta, y yo iba pensando que la amaba, que era absurdo este juego infantil de vanidades. Gracia, Gracia, Gracia: su nombre palpitaba igual que un latido en mi interior. Y su cabello, de nuevo flameando; y la falda de su traje flameando, siguiendo armoniosamente el ritmo de su paso.

–¿Su novio es también militar? –le pregunté, casi sin saber lo que decía.

–Sí –replicó.

–Claro.

Este “claro” la hirió. Ya la pregunta la había herido –se recogió imperceptiblemente al oírmela–, y ahora noté que apretaba las mandíbulas y que un fuego especial le brillaba en los ojos, que eran bellos, pero ahora de otra manera. Quise agregar: “Me lo imaginaba”, mas

me contuve. Quedaba mejor así. Más sobrio. Y ella comprendía, de todas maneras.

Se desentendió de la mano que le ofrecí al subir por las rocas. Era ágil. Venía muy cerca detrás de mí, por más que me apresurara.

—¿Dónde fue, más o menos?

Yo sabía, sabía tan bien. El lugar era inolvidable, lo mismo que la escena. Estaba seguro de poder recuperar el anillo, y de que Gracia también hubiera podido, si de veras hubiese hecho el intento.

—No sé. Por ahí, creo —indicó.

Bajé.

—¿Lo encuentra?

Sí, lo había encontrado, ahí, entre las piedras de una poza.

—Lo veo —repliqué—, pero la marea está muy alta, y no alcanzo a sacarlo.

Era cierto. Tal vez con un palo, o con un alambre, habría logrado cogerlo.

—Tendría que ir a buscar algo... —dije.

Gracia llegaba en ese momento a mi lado.

—¿No es capaz de llegar hasta ahí? —preguntó, con una sombra de desafío.

—Capaz, sí. Lo que hay es que tendría que mojarme, y no me dan muchas ganas. Después de todo, yo no soy el novio.

—No, claro. Aunque me parece que se ofreció.

Iba a responder, mas me contuve. Y ella:

—No es capaz —insistió—. No importa. Esta tarde...

—No voy a hacerlo, Gracia. No trate de picarme el amor propio, porque no soy un mocoso.

Me miró, burlona.

—¿En qué curso va?

—¿Y usted? —retriqué.

Pero sin esperar a que hablara, me metí en la poza y cogí el anillo. Gracia tenía, ahora, una expresión asustada.

—¡Por Dios, cómo se mojó!

—Tome. Aquí tiene.

Jadeaba, no por el esfuerzo, sino de desesperación y de rabia. No

sentía el frío. No sentía el agua que me empapaba hasta más arriba de la cintura, y todo el brazo derecho.

—¡Cómo se ha mojado! —repetió ella.

Y ahora no había sorpresa, sino un toque nuevo, de suavidad, en su voz.

—Sí —contesté, mirándola—. No se preocupe.

Comencé a subir, sin esperarla, y bajé de nuevo hasta la playa. Gracia me seguía en silencio, pensando quizá lo mismo que yo: que si hacíamos estas cosas era porque nos amábamos, y eso precisamente —el hecho de amarnos— las tornaba absurdas.

Al llegar abajo me volví para observarla. No se había colocado el anillo. Eso podía significar un deseo de tregua, la confirmación no dicha de su promesa no dicha de la vez anterior. Quise darle las gracias, o pronunciar cualquier frase que rompiera el hielo. No encontré ninguna.

—Póngaselo —ordené, en cambio.

Ella fijó en mí sus ojos, que eran mansos de nuevo, y profundos. Y su boca era la boca suave de Madame Henriot. Dulce. Tersa.

—Póngaselo —repetí, no obstante.

Pero Gracia era mujer, y una mujer sabe desentenderse de las ataduras de lo razonable, y revestir una situación de belleza. De magia. Sabe ser libre; de amor propio, de lógica, de tonterías.

Bellamente, Gracia arrojó el anillo a las olas, con una maravillosa naturalidad, como si yo le hubiera dicho eso. como si se lo hubiera dicho sin necesidad, incluso.

—Animal —murmuró.

Y yo comprendí que esto significaba: “Te quiero”.

Me arrodillé en la arena para coger su mano, y se la besé, y no me importó que se me llenaran los ojos de lágrimas; al contrario: era tibio, era bueno llorar.

—No, no, no —rehusaba ella con risueña ternura.

Luego se puso a acariciarme el pelo con la otra mano; se inclinó hasta quedar también arrodillada, hasta que nuestros labios se encontraron.

Fue un beso largo, en la playa, en la arena, junto al mar.

Era mi primer beso, y temblé un poco, con mezcla de miedo y

emoción. Me sentía ahogar. El corazón –grande, duro, pesado– me golpeaba en el pecho.

Después la besé en las mejillas, en el cuello, de nuevo en las manos. No podía articular palabra, y Gracia, en tanto, murmuraba:

–Te quiero, te quiero, te quiero –en un susurro, interminablemente.

Sus dedos seguían enredados en mi pelo, acariciándome.

Ignoro cuánto rato transcurrió hasta que, como si despertara, ella recordó:

–¡Pero si estás hecho una sopa!

–No importa.

–Tienes que secarte y cambiarte.

–No. No importa. Después.

–Te vas a enfermar.

–No. No.

–Es que...

–No.

Me defendía con obstinación de niño encaprichado. Quería explicarle que hay tanto tiempo para secarse y cuidarse y para cambiarse de ropa, para ser juicioso, y que en cambio un milagro como éste –esta intimidad que yo jamás conociera y que había venido tan de pronto: este amarse, estar amándose; este sentir, casi físicamente, el paso del amor a través de nuestras pieles– era único, y había que tratar de que se prolongase cuanto fuera posible.

Gracia insistía, sin embargo.

–Vamos, vamos.

Se levantó, por fin, para obligarme a seguirla.

La imité, y nos fuimos andando, abrazados, playa abajo. Yo no estaba dispuesto a ir a la hostería, porque me habría dado vergüenza que el general me viera en esa facha.

–Sí –asintió ella, rápida–. Es mejor que no te vea.

Lo decía en un tono especial. Le pregunté por qué, y me explicó:

–Se puso furioso ayer, cuando se enteró de lo del anillo. “¿Cómo pudiste perderlo?”, gritaba. Tú sabes el vozarrón que tiene. Y si él pregunta cómo, no es una simple exclamación. Es porque espera respuesta. Y la exige.

–¿Y qué le contaste?

Aún me resultaba duro tratarla de tú.

–Que se me había caído. Que fue al meter la mano en el agua. Se enfureció. “Pues lo vas a buscar”. Le insistí en que no había caso, que el asunto no tenía remedio.

Sonrió.

–Tal vez él creyó que lo único sin remedio era el anillo. A pesar de eso, cargó contra ti. “¡Es ese mocoso Romero!”, me decía. “¿Para qué sales con él? ¿No tienes tu novio?”.

Callamos unos instantes.

–Sí –rompí al fin–. ¿Qué va a pasar con tu novio?

–Esta tarde se lo diré.

–¿Qué?

–Que te quiero, y a él no.

Había comenzado a sentir frío. Me castañeteaban los dientes, lo cual me humilló un poco. No debía de hacer una figura muy romántica, pensé. Cuando pasábamos frente a las primeras casas de veraneo se me ocurrió una solución.

–¿Sabes? –expliqué a Gracia–. Voy a tratar de entrar ahí. Esa casa está sola, como la mayoría en esta época, y tiene una chimenea magnífica. El dueño es un señor Gutiérrez, un español de mucha plata, que ahora viaja por Europa.

–Bueno –convino–, algo tienes que hacer. No puedes seguir así.

Nos desviamos, pues, y empezamos a marchar hacia el interior.

–¿Y yo –inquirió Gracia–, qué hago mientras estás ahí?

Vacilé.

–Me... Me puedes esperar un rato.

–Mejor me voy a la hostería. De aquí a que se te seque la ropa...

–No –dije con un impulso repentino–. Acompáñame. Miras para otro lado, y, mientras, conversamos.

Al principio se resistió, más por lo inusitado de la idea que porque ésta le desagradara en sí. No tardó en convencerse, y a poco andar hasta se mostró entusiasmada, cual si se tratara de un juego nuevo.

Me colé por la ventana del repostero, que no ofreció mayor problema, y le abrí la puerta principal con una venia, riendo. Ella entró,

también riendo. Reíamos por cualquier motivo. A un desconocido que nos observara le habríamos parecido muy tontos. Pero yo sabía que no lo éramos. Yo sabía que no lo éramos, y lo sé ahora, firmemente.

Junté unos troncos y encendí fuego.

El salón de la casa de Gutiérrez está en el segundo piso, para aprovechar mejor la vista. Tiene dos ventanales, uno en cada extremo. Por el del oeste se ven la playa, infinita, y el roquerío de Castuera. Por el del oriente, los cerros, los pinares, el camino de San Millán, serpenteando bellamente, o perdiéndose bellamente entre los pinos.

Gracia observaba todo esto por entre las hendijas de las persianas, mientras yo me desnudaba y colgaba mi ropa frente a la chimenea. Me arrojé con un chal.

—Ya puedes darte vuelta —anuncié.

Un estornudo puntuó mi frase.

—Por Dios, no te enfermes.

—No.

—Es que no.

—No —le aseguré, sonriendo.

Se me acercó.

Se me acercó, seria, deliberada.

En sus ojos brillaba una chispa extraña, de magia o de misterio o de dicha, no sé.

Y el beso que ahora me dio era deliberado también, y serio. Su mano se enredó de nuevo en mi pelo, y sentí su cuerpo esta vez, y ya no eran sólo las dos bocas unidas, como en la playa, sino nosotros, íntegros, de pies a cabeza, y percibí la suave presión de su brazo en mi espalda. En silencio, en silencio, callados, en una eternidad serena, transportados, ebrios de un hechizo indecible, yo no encontraba qué hacer con mis dedos, y la tocaba —sus mejillas, sus orejas, su cuello— para cerciorarme de que era verdad.

Al cabo de un rato, nos sentamos sobre una gruesa alfombra que había frente a la chimenea, apoyando las espaldas contra el sofá, y nos besamos de nuevo. Nos abrazamos, sin hablar. Habíamos cambiado tan pocas palabras y nos entendíamos tan bien. Nos adivinábamos, en cierto modo.

Permanecemos, creo, más de una hora así.

Tuve frío. No me importó: nada —el frío, la niebla, el general, el novio—, nada importaba ahora, sino este descubrimiento mutuo. Este hullazgo que trascendía lo normal. Deseé hablar, decirle que nunca había besado a una mujer. Que su boca... Que su cabello...

Había tiempo. Siempre me ha costado expresarme, y, por otra parte, temía estropear el momento con mi falta de mundo.

Había tiempo.

—Tu ropa debe de estar seca —murmuró Gracia, por fin.

Estiré el brazo; palpé mi pantalón, mi camisa.

—Sí, ya están secos.

Gracia se dio vuelta.

—Vístete —me dijo—. No vaya a hacerte mal quedarte así.

Comencé a ponerme las prendas con cierta renuencia. El bello momento se rompía: era preciso marcharse, ir a almorzar. Llegaría el teniente. Vendría la noche, el domingo quizá, sin vernos.

—¿Qué hora es?

—Las doce veinte.

Ambos nos sorprendimos. Nos cogimos de las manos, nos estrechamos de nuevo, largamente. Como si nos despidiéramos para una gran ausencia.

Afuera, la niebla había vuelto a caer, pesada, sobre la playa. Gracia se lamentó.

—No —objeté—. La niebla nos protege. Si estuviera despejado, no iríamos solos. Más de alguien, observándonos, vendría junto a nosotros, desde Castuera o desde los cerros. Incluso tu padre.

Caminábamos a paso lento, a pesar de la prisa; ella apoyada en mí, y yo con una mano cogida de su cintura. En mi interior luchaba entre un deseo invencible de hablar y un deseo invencible de callar y disfrutar así de cada instante.

Fue Gracia quien rompió, al cabo, el silencio, aunque para decir algo muy diverso de lo que yo pensaba:

—¿Dónde vas a almorzar?

No se me había ocurrido preguntármelo.

—En cualquier parte.
 —Pero ¿encontrarás qué?
 —Sí, no te preocupes. En el almacén hay pan, y charqui..., chorizos. Ya veré.
 —¡Si pudieras ir a la hostería!
 —Pero no puedo.
 —No, no puedes.
 —Ya verás —le aseguré— que no me muero de hambre.
 Ella sonrió vagamente.
 Seguimos un rato callados. Su pelo me cosquilleaba, suave, las mejillas, y a menudo nuestros ojos se cruzaban en una mirada amplia, honda. Conociéndose.
 —Nunca había besado a nadie —confesé, casi sin saber lo que decía.

Gracia no respondió.

Bajó la vista hacia la arena, y de pronto comprendí que esa frase mía —que era un tributo, pues equivalía a abrirle el mundo de mi dicha interior, a mostrarle la ingenuidad de mi adolescencia retraída— equivalía, también, un poco, a un reproche: ella no podía afirmar lo mismo.

Quise explicarle esto, darle a entender que no importaba, que tenía derecho. Era yo el raro.

—Sonaría a redundancia decirte que me arrepiento de que en mi caso no sea igual —murmuró. Hablaba con gran lentitud—. Pero en parte es así..., y en parte no. Porque tú sabes ahora que es maravilloso besar, mientras yo acabo de descubrir que es maravilloso besarnos. Tú y yo... Y eso...

No la dejé terminar: allí, envueltos en la niebla, solos, nos besamos. Y el beso, la niebla, el roce suave de sus manos en las mías, conferían a todo, en efecto, la tonalidad de un hallazgo. Y supe que era maravilloso besarnos. Ella y yo.

8

En el almacén de don Ernesto compré unos trozos de charqui y un par de manzanas. No tenía hambre ni sed: sólo esa deliciosa inquietud del espíritu, esa alegría que no puede expresarse en palabras y que a veces produce sensación de ahogo.

Me fui a la playa a comer mis provisiones.

La marea estaba baja. Algunos hombres recorrían las rocas en busca de mariscos. Recuerdo que sentí un impulso de afecto hacia ellos, sin saber por qué. Y sentí ganas de acercármeles, para compartir su frío y el tedio de su faena, para tratar de ennoblecer sus actos rutinarios con alguna frase de aliento. Abrirles los ojos a lo que había de aventura en esto que no representaría para ellos sino un quehacer.

No lo hice, por cierto. Yo nunca hago esas cosas.

Ah, no quería pensar en nada. Aún percibía en los labios —igual que un contacto, que un pulso: viva, presente, actual— la huella de los labios de Gracia.

Al cabo de un largo rato de espera, la vi salir de la hostería y correr hacia mí.

—Mi papá —jadeó— quiere que lo acompañe al Correo. Creo que va a ser imposible que nos veamos en el resto de la tarde.

—¿Y su siesta?

—No va a dormir siesta. Lo tiene muy nervioso algo que pasa en Santiago, en el Ministerio. Y ha citado el taxi para las tres y media. A esa hora iremos a San Millán, para esperar a Max.

—¿Max?

—Sí.

—Pero a la vuelta... Un rato...

Gracia miró hacia la hostería.

—Debo irme, Gabriel. Mi papá asomará de un momento a otro. Tal vez en la noche... Tal vez después de comida...

—¿Me esperarás?

–Voy a quedarme todo el tiempo aquí. Sal cuando puedas.

–Sí –prometió–. Oye, ¿y tu frío?

–Nada.

–¿De veras?

–De veras.

–Adiós.

La retuve.

–¿Cuál es tu ventana?

Sonrió.

–La tercera de la izquierda. Si no puedo venir, cerraré un postigo.

–Trata de poder.

–Claro. Detesto a Max.

–Pobre. Será la última vez.

–Te quiero.

–Y yo a ti. Mucho. Siempre. Tenlo siempre presente.

Se marchó. Su andar era airoso, liviano, y su cabello se balanceaba grácilmente a cada paso.

Mientras ellos iban al Correo y regresaban, yo me puse a caminar en un breve trecho, primero de norte a sur y luego a la inversa. Pensaba. O no pensaba: mi mente era presa de un extrañío remolino, en el que las ideas eran alternadamente alegres, desesperadas, o eran como susurros, y luego como gritos, o como carcajadas, o como disparates, o como plegarias.

Repetía el nombre de Gracia, una y otra vez, y le hablaba en mi interior.

“Ven. Vuelve. Te quiero”.

En seguida me reía de mí mismo. Desdoblándome, percibía el ridículo de mi actitud.

Luego me imaginaba al novio, el teniente, con un bigotito de teniente, con una gorra ladeada de teniente. Max. Era, también, nombre de teniente. Me daba el lujo de ser generoso: tenía lástima de él. No tardaba, no obstante, en comprender que esto también era disparatado.

Traté de orar, aunque mi estado de ánimo pedía volar, sumergirme bajo las olas. Algo que hablara de prodigio.

Experimentaba, de pronto, una inmensa, arrebatadora sensación

de gozo –¡era maravilloso tenerla, saber que me amaba, y tan sencillamente!; ¡era maravilloso que existiera!–, y después sobrevénía una angustia indefinida: en verdad tenía tanto que perder.

Porque esto –amar, salirse de sí– era la vida, y yo siempre le había temido a la vida. Quizá si por lo que la vida le ha hecho a mi padre. Quizá si pensaba en él y mamá, y todo lo que él construyera en torno a ella antes de que ella muriese, y que se derrumbó, con la muerte, igual que un castillo de naipes. O peor: que no se derrumbó, sino sólo dejó de ser, y fue cual si nunca hubiera sido. Ni proyectos, ni ambiciones, ni esperanzas. Nada.

Quizá.

Seguí paseándome. Estaba como afiebrado. Me dolía la garganta. A ratos, un frío duro me calaba los huesos, de alto a bajo, y me castañeteaban los dientes. Una suerte de mano cálida me oprimía las sienes y el cráneo.

Más tenue, persistía la niebla en torno.

Se juntaron muchas aves marinas cuando salieron los mariscadores. Graznaban, destempladas, estas bellas, siniestras aves de rapiña, que esperaban los despojos. En el roquerío cercano a la terraza, una gaviota muy limpia cogió un cangrejo, levantó el vuelo y lo dejó caer sobre las piedras. Mientras descendía a recoger el pequeño cadáver despanzurrado, otra se acercó a disputárselo. Sus graznidos atrajeron a dos, tres, cuatro más.

Sepulcros blanqueados: las palabras saltaron bruscamente en mi memoria. En verdad había algo de farisaico en la alba hermosura externa de estos pájaros.

Su batalla me deprimió. Habría querido dispararles, herirlos de muerte. El cangrejo, destrozado con macabra astucia, me inspiraba dolor. No ya compasión: dolor. Fue en vano que tratara de decirme que eso era natural, que la realidad era así; que el cangrejo, a su vez, habría cometido otros pequeños crímenes de acuerdo a su naturaleza. Estos crímenes diarios que forman el engranaje sobre el cual marcha la vida.

Una tristeza extraña se apoderó de mí. Puede que no fuera sólo por

el cangrejo. Puede, incluso, que no tuviera nada que ver con él. No sé.
 Gracia y el general regresaron del Correo casi en el mismo momento en que aparecía el taxi de Carlitos a buscarlos. Observé que ella oteaba en derredor para encontrarme con la mirada, y pensé hacerle una seña, mas en ese instante su padre la llamó desde el interior del automóvil. Gracia subió y partieron.

Me hallaba aterido cuando el auto reapareció tras una esquina. La niebla lo tornaba borroso, y una pequeña nube de polvo ayudaba a conferirle cierta presencia espectral.

Me aproximé un poco. Quería ver a Gracia, aunque fuera de manera fugaz.

El primero en descender, después de Carlitos, fue el teniente. Era ágil, esbelto, cortés: teniente. Si bien llevaba anteojos ahumados, de un modelo ajeno a su rango, el bigote y la gorra eran los que correspondían. Abrió la portezuela trasera y ofreció el brazo a su novia. Luego ayudó al general, que refunfuñaba protestas contra el taxi. Luego se ocupó de la pequeña maleta que constituía su equipaje. El general había pagado entre tanto.

Gracia y yo cambiamos una larga mirada. Sus ojos brillaban, y en su boca percibí la sombra de una sonrisa, que yo entendía y ella sabía que yo entendía.

—¡En fin —suspiró Max—: llegamos!

El general comentó:

—Es un camino de los mil demonios, éste. Deberían pavimentarlo. Entraron.

Pensé en el camino. Lo recorrería con ella, me dije, apenas pudiera. Y no en un vehículo, sino andando, caminando bajo los árboles, siguiendo las sinuosidades, las curvas, los rincones. Le explicaría que era un resto de nuestro pasado colonial: un camino sin prisa, igual que el pasado; bueno para mirar en torno y para holgar.

De nuevo me castañeteaban los dientes. Un escalofrío invencible me recorría el cuerpo con enojosa persistencia. Fui hasta el boliche de don Ernesto a tomar una cerveza. Detesto la cerveza, pero me hizo bien beberla. Pedí otra.

—¿No será demasiado?

—No —repliqué—. No se preocupe, que no pienso emborracharme. Lo que pasa es que tengo frío. Me di un remojón en las rocas.

—Debería volverse a San Millán, entonces. No está el día muy bueno para esas gracias.

—Es cierto. Ya pronto me voy.

Bebí, casi con heroísmo, hasta la última gota de la segunda cerveza. En seguida compré un par de chocolates y me despedí de don Ernesto.

—Cuidese —me gritó mientras salía.

—Sí, claro —contesté.

Aunque no podía dejar de agradecerle su atención, me molestaba su exceso de oficiosidad. Se me antojaba, en cierta manera, como si se entrometiese en el secreto que guardábamos Gracia y yo. Como si —al darse por enterado del remojón que me diera en las rocas— hubiese atisbado o intuido la escena del anillo.

Miré la hora: eran más de las seis y media.

Si ella lograba salir, no sería antes de las diez. ¿Qué hacer entre ahora y las diez? Pasé frente a la hostería. Ahí, en el comedor, Gracia, su padre y el novio tomaban té. Volvieron a incomodarme mis pocos años y mi poco dinero, y el poco aplomo que ambas cosas me daban.

Porque si yo fuera un hombre hecho y derecho —me decía, casi reprochándome el no serlo—, podría entrar, saludar, pedir algo y entablarles conversación. Podría ofrecer un cigarrillo al teniente... Pero yo ni siquiera fumaba. Me sentí infantil.

Al cabo de un rato me di media vuelta y me marché.

Anduve por la playa, a la deriva, mas no tardó en darme frío. Junté, entonces, un montón de algas y ramas secas, como había visto hacer a los mariscadores, y traté de encenderlas golpeando dos trozos de roca para que produjeran chispas. No conseguí nada. Para ayudarme, busqué unos papeles viejos, y después de largos minutos de esfuerzo logré contar con una fogata bastante agradable. Era una delicia sentir el calor penetrándome poco a poco, célula a célula, por el cuerpo.

El fuego y el continuo movimiento que debía hacer para procurarme con qué mantenerlo me desentumecieron.

Casi no me di cuenta de cuando cayó la noche. Tuve hambre,

mas no quise irme de allí, por si Gracia venía entre tanto. Comencé a mirar hacia el lado de la hostería, a pasarme de un punto a otro. Pasaría así, media hora, o una hora. Por fin, la ventana de ella –la tercera de la izquierda– se iluminó. La niebla sólo me permitía divisar un cuadrado amarillento, borroso, pero en él creí distinguirla. Luego la luz tornó a apagarse.

Junté algas de nuevo para reavivar mi fogata.

Ignoro cuánto tiempo transcurrió, después, hasta que la vi, su vestido blanco acercándose, concretándose, cobrando presencia; su rostro emergiendo de la sombra con cierta solemnidad, tiñéndose de la magia rojiza de las llamas: los ojos oscuros, brillantes; la boca embalsamada por una semi-sonrisa interior, pálida; el cabello suave y quieto y armonioso; el paso elástico; las manos caídas a ambos lados con soltura, con elocuencia, como ofreciéndose o como ofreciéndome algo.

Al principio no pude moverme. Era tan bello el momento. Permanecimos unos segundos estáticos los dos –Gracia se había detenido–, con la fogata en medio, mirándonos.

–Hola –murmuró.

Me le acerqué, toqué su cara, apenas, con la punta de los dedos.

–Hola –respondí.

Nos apartamos hacia la orilla del mar.

Mientras avanzábamos paso a paso por la arena húmeda, Gracia me explicó que Max había subido a bañarse, y el general estaba ya en cama. Al parecer, no se sentía muy bien.

–Sin embargo, tendrás que irte, Gabriel.

–¿Por qué? ¿No podemos pasearnos un rato?

–No. Si mi papá me llama...

–¿Qué importa? Le inventas después cualquier cosa.

–No, amor, me voy.

–No.

–Sí. Sé juicioso.

–No.

–Es tarde.

–No.

–Mañana, cuando...

–No.

(Cómo borrar el recuerdo de sus labios, tan suaves; de sus manos, tan suaves; de su cuello, tan suave; de su pelo, tan suave. Cómo olvidarme de su voz, suave, en la noche; de su manera de decir “amor”, de decírmelo a mí, cual si hubiéramos inventado la palabra. O de su manera de decirme “Gabriel”: un secreto, una consigna entre los dos).

Besándola, la conduje al camino. Yo quería mostrarle el camino. Me fui con ella por el camino nocturno. Arriba, la luna entre los árboles, las copas de los árboles reunidas arriba en fantástico aquelarre.

(–Perdóname –le rogué–, pero no puedo ofrecerte otro decorado más original: la misma luna que han manoseado tantos poetas y tantos enamorados... Hasta los pinos son...

Y ella:

–Me gustan tu luna y tus pinos.

Y con eso, con ese toque –“tu luna”, “tus pinos”–, los hacía únicos, los redimía de todas las vulgaridades que antes soportaran).

Y el viento, quieto: sólo una brisa. El viento cuchicheaba, sutil, entre las ramas.

Gracia:

–Amor...

Yo callaba ahora, hechizado, besándola lenta, lenta, lentamente.

–Amor, es tarde.

–No, no.

–Es que sí, amor. Mi...

–No.

Y no nos separábamos. Parecía que no íbamos a separarnos nunca. O que nos separaríamos inmediatamente. Y parecía, después, que habíamos estado juntos tanto tiempo, y, a la vez, sólo un instante. Al fin huyó:

–Hasta mañana.

La alcancé, la retuve. Luego:

–Anda –le dije, no dándome espacio para arrepentirme.

9

No. Yo no puedo mostrarle esto al padre Matías. Lo veo sonriendo con bondad, y pensando: “Son cosas de adolescente”. Lo veo analizando, echando a andar la maquinaria poderosa y fría de su cerebro.

Sí, son cosas de adolescente, porque yo soy adolescente. Pero son cosas de la vida, con toda la intensidad de la vida, y es cruel, absurdo, ponerles el rótulo “adolescencia” y suponer que eso las hace menos reales, las aproxima al juego.

¿Cómo puedo decir que Gracia era bella sin decir: “Era bella”, ni cómo puedo decir que su voz era tibia sin decir: “Su voz era tibia”? No es culpa mía que el uso haya reblandecido los adjetivos, que las palabras se hayan hecho débiles, o que los oídos se hayan puesto duros a ellas.

Pero donde yo digo amor, digo todo el amor.

Donde digo mujer, digo todo lo que es la mujer.

Donde digo que había magia, o milagro, es porque no hay otros términos para describirlo.

¿Y qué importa, entonces, que yo sea adolescente? ¿Siento, sufro, vivo menos por eso? ¿Ha dejado, por eso, de ocurrirme cuanto me ha ocurrido?

Sí, ya veo al padre Matías sonreír comprensivo, que es la mejor manera de no comprender. Y en él, en su bondad estéril, objetiva, racional –en su comprensión estéril, en su clara inteligencia estéril–, percibo la medida de mi aislamiento. Y en su frase (inevitable): “Muchacho, eres joven”, yo leo: “Muchacho, estás solo”.

Solo aun frente a mi padre, a mis amigos. Condenado a la soledad como si...

Bueno, claro: era un delito. Vivir un cuento, un poema, tiene que ser delito. En verdad, me siento reo: he infringido una ley cuyo texto no conocía. La ley de la prosa, cuyo artículo fundamental ha de decir:

“Recibirá castigo todo aquel que practique lo bello, todo aquel que se atreva a vivir bellamente”.

Esto no es para el padre Matías. ¿Cómo? Lo hallaría romántico, aunque no me lo reconociera. Y se sentiría tan bien encontrando la clasificación adecuada para mi “caso” psicológico.

10

El domingo, cuando fui a buscarla para ir a misa, me dolía mucho la garganta, y me sentía afiebrado. El cuerpo me pesaba a cada paso, a cada movimiento. Transpiraba sin razón, incluso antes de haber andado un trecho más o menos considerable.

Hice la mayor parte del camino orando: “Señor, que no me enferme. Después, Señor: algún día en que no pueda estar con ella. No ahora...”

Pero una lima me raspaba la garganta.

Gracia me esperaba en la terraza de la hostería, con Max. Nos presentó. El teniente me apretó la mano cual si en ello le fuera la vida. O la honra. Muy viril. Hablamos algunas trivialidades, que interrumpió la segunda señal de la misa.

—¿Vamos? —me invitó Gracia.

Max se dirigió a mí con una sonrisa de ironía:

—¿Usted también reza?

—Sí.

—Ah —murmuró.

Tuve la impresión de que había en su tono cierta condescendencia zumbona, cierta mezcla de tolerancia y desprecio por esta debilidad no muy masculina que era la fe.

—¿Usted no va? —inquirí, picado.

—Noooo. Yo creía en los Reyes Magos y el Espíritu Santo y esas historias cuando niño, no más.

—Qué curioso —comenté—. Generalmente sucede a la inversa.

—¿Cómo a la inversa?

—Con los años, la mente suele ir abriéndose a cosas nuevas, en lugar de cerrarse.

Me quedé mirando unos instantes. Luego, con entonación exageradamente irónica:

—Sí: se abre a las cosas de grandes, y se cierra a las niñerías.

—Exacto —corroboré—. Por ejemplo, yo cuando chico jugaba a las guerras y a los desfiles, y ahora no les veo la gracia.

—¿Insinúa...?

No. No podría reproducir lo que siguió.

Sé que, a medida que avanzábamos en el diálogo, repitió muchas veces la palabra patria y, apenas un poco menos, la palabra honor. Pero sus frases no tenían sentido. No para mí. Eran tan prodigiosamente huecas que no he podido conservarlas en mi memoria, yo que me precio de tenerla buena. Sentencias del tipo de: “La patria es el honor del soldado” (o quizá viceversa), “El honor del uniforme”, “La dignidad de la bandera”, iban y venían en la verdadera andanada verbal con que me respondió.

Habría sido absurdo tratar de explicarle lo que yo entendía por patria. Hablarle, por ejemplo, del mar, de la gente humilde, del campo eglógico y tranquilo —que no es, no debe ser, campo de batalla—, del camino de Castuera a San Millán —que para él era incómodo y para mí era bello—, de Santiago... También de la bandera, pero no agresiva, no encerrada en hocas bayonetas ni rodeada de cañones, sino flameando, quieta, noble, indeciblemente alegre, en lo alto de un mástil, frente a la cordillera o al mar, o contra el cielo. Y algún rincón apacible del bosque. Y Gracia. La poza donde ella arrojara el anillo. Mi casa, tan vieja y tan humilde y tan nuestra... Todo lo que constituiría mi nostalgia si estuviese fuera, lejos. Las cosas que formarían mi dolor en un país extraño...

Quise decirle, al menos, que era esa hojarasca suya lo infantil. Los pasos de parada, los preparativos para una guerra que jamás vendría, los botones dorados, las charreteras.

Pero Gracia intervino.

—Vamos a llegar tarde a misa —cortó.

Max se detuvo. Se había exaltado enormemente, mas ahora logró dominarse y, volviendo de los bronceos inmortales a la ironía:

—Perdóneme —se excusó— por haberlos demorado con estas cosas terrenales.

Gracia me cogió del brazo y me presionó a seguirla. El notó el gesto. Nos miró. Por un instante pareció que iba a hablar.

–Vamos –invitó Gracia entonces–. Vamos, amor.

Escribiéndola, recordándola, esta escena de pedante discusión me resulta absurda. O no absurda: debía ser, mas debió ser calmada, deliberada, con toda la serenidad de que ambos fuéramos capaces. Sin mi razonar bachilleresco y sin la altanería ni la fraseología teatrales del teniente. Las dos mentalidades cara a cara.

Y no por Gracia, sino porque era lógico que chocáramos, y hoy volveríamos a chocar, aunque yo no iría ya a misa, y aunque él no desfilase. Habría otro pretexto, simplemente. Él encontraría imbécil a don Quijote, o yo me declararía enemigo del progreso... Cualquiera cosa. Porque Max y yo –“Max” era un acierto casi genial de la persona que eligió su nombre– representábamos dos posiciones cuyo antagonismo no se relacionaba con un tema determinado: venía de más lejos. Iba más a la esencia. Si diferíamos de criterio sobre Dios, o sobre la milicia, ello era la mera exteriorización de un hecho: vivíamos en continentes espirituales distintos.

No diré que el mío fuese mejor o peor, o que yo fuera mejor en el mío que él en el suyo. También eso es secundario. Ambos percibíamos, no obstante, la distancia que nos separaba.

Entre nuestros continentes no existía un istmo.

Esto, claro, explicaba en parte a Gracia. Explicaba mi entrada en la existencia de ella, nuestro amor, la casi desesperación con que ella se aferraba a ese amor, que era nuevo y tal vez un poco independiente de mí como persona –no sé–; que tal vez representaba el aire puro, las palabras que significan algo, cierta superación indefinible de la rutina. No sé.

Aunque entonces no lo percibí, hoy creo ver que en esa discusión latía, clara, la razón que una tarde impulsó a Gracia a arrojar su anillo a las olas...

Tosí mucho en la iglesia. Hacía frío. Afuera brillaba el sol, tibio y joven; mas acá dentro quedaba todavía el hielo de la amanecida (el

“hielo de misa temprana” de que hablaba mi tía Virginia). Gracia me miraba preocupada: no pude evitar que eso me resultara grato.

–Estás enfermo, Gabriel –murmuró cuando salimos.

–No. No es nada.

–Sí es.

Me tocó la frente.

–¿Ves? Tienes fiebre.

–No. No sé... No importa.

–Por favor, cuídate.

–Sí. Después... Esta tarde me iré derecho a la cama.

No quedó muy tranquila, aunque dejó el tema.

Sin ponernos de acuerdo, comenzamos a andar hacia el camino de San Millán. Creo que, en el fondo, ambos pensábamos en alejarnos del teniente.

–¿Le hablaste? –inquirí al cabo de un rato.

Me miró.

–A Max.

–No. No se ha presentado la ocasión. Sin embargo, ya debe de entender.

Max había entendido, en realidad. No llevábamos media hora de paseo cuando apareció ante nosotros, con aspecto de hallarse francamente molesto.

–Gracia...

–Dime.

Max titubeó un poco.

–Eh..., terminó la misa, ¿no?

–Sí. Claro.

–Yo te esperaba en la hostería.

–Lo siento, Max.

Era un “lo siento” mucho más hondo, con mayor alcance, y él lo comprendió. Aunque, tal vez, no se dio cuenta de que también era sincero.

–Es que no es cuestión de “lo siento”. Si vengo desde Santiago a verte, no es para mirarte pasear con mocosos... ¿Qué lava de novios te...?

Gracia lo interrumpió, grave:

–Por favor, Max... Yo habría querido explicarte antes... Perdóname, pero... Bueno: siento que hayas venido...

Max no se encontraba en ánimo de escuchar explicaciones.

–¡Qué disparate! –farfulló–. Tu padre...

–Después hablaremos, Max. Perdóname.

Su tono era suave. Era evidente que lamentaba lo ocurrido, y esto –absurdamente– me dolió un poco.

–Pero ¿estás loca? –estalló él–. ¿Me vas a decir que este imbécil...?

La sangre me hirvió de ira. Deshaciéndome de Gracia, que trató de contenerme, me abalancé sobre él. No sé si logré tocarlo siquiera: con tal facilidad dio cuenta de mí. Antes de que alcanzara a percatarme de lo que pasaba, recibí una verdadera lluvia de golpes, sin que me fuera posible discernir de dónde venían, ni en qué postura me hallaba, ni dónde estaba Max.

Por fin caí al suelo, semiaturdido. El teniente jadeaba.

–¡Ahí tienes a tu galán! –resopló.

Gracia se inclinó sobre mí.

–Por Dios, por Dios –murmuraba, palpando mis magulladuras.

Enjugó con un pañuelo la sangre que manaba de mis labios.

–Por Dios, por Dios.

Le sonreí.

–No es nada serio.

Como recordando, se volvió hacia donde estaba Max. Se había marchado. Alcanzamos a verlo desaparecer por un recodo, con paso extrañamente apacible.

Me temblaban todavía las manos cuando –algunos minutos después– me incliné para lavarme las heridas en un arroyo. Gracia, ya más tranquila, me observaba moviendo la cabeza de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, en un gesto que me pareció de rechazo a la escena infantil que protagonizáramos Max y yo.

–Tal vez te decepcione –comenté–, pero no me avergüenzo de la tunda.

–No –contestó, sonriendo–. No me decepcionas, ni tienes de qué avergonzarte.

–Yo creo que no, en realidad. Sin duda que él es más fuerte...

–Es mayor que tú.

–Claro. Pero a su edad, yo voy a ser igual que ahora.

–Es lo que espero.

La miré.

–Es lo que espero –repetió–. Que no cambies.

Callamos.

–Tú también –articulé al fin–. Tú también debes seguir igual, siempre.

–Sí.

Nos habíamos olvidado del teniente, de mis magulladuras, de mi físico.

–Es tan fácil, se me ocurre. Es cuestión de quererse lo suficiente... De... No sé... Me imagino que mi padre y mi madre han de haber sido así. No recuerdo nada prosaico en ellos. Entre ellos. Y entre ellos se sentía el amor. Se siente ahora, cuando él habla de ella, aunque sea para decir: “El año en que tu madre y yo fuimos a Concepción”. Parece que algo extraordinario revistiera, inmediatamente, a ese año. No es el tono en que habla, ni es ésta o aquella palabra... No sé.

Gracia me escuchaba, atenta, y me gustaba esta atención suya, que, por seguir algo tan hondo y tan mío, nos acercaba en alguna medida.

Quise seguir hablando. Darle detalles. Pero yo no sabía detalles. De mi padre y mi madre sabía poco más que eso: que habían sido felices, y que a la muerte de ella, todo había acabado en el mundo para él. Todo salvo yo, que no bastaba para consolarlo, si bien servía para amarrarlo a la realidad y para obligarlo a vender a diario sus horas –casi diría su angustia– por un plato de lentejas.

Explicué esto a Gracia.

–Él hacía muchas cosas antes –añadí–. Escribía, pintaba un poco. Hizo algunas investigaciones históricas interesantes. Ahí están. Ahí están, criando telarañas y poniéndose amarillentas, desde hace doce años. Están muertas, como su mujer. Como las esperanzas que tuvo alguna vez con ella. Como su razón de ser, quizá. Como su razón de

ser individual, me refiero; la propia, no la que está en función de los demás. De mí, en este caso. Porque él es mi padre, pero antes es él. Era él. Y eso se acabó.

Pausa.

—Debe de ser triste —dije— no encontrar a la persona que nació para uno. Pero encontrarla y perderla...

—Sí —murmuró Gracia.

Callamos.

—Sin embargo, tiene su grandeza. Esta muerte viva de mi padre no es el suicidio de un Romeo (un acto breve y preciso, y, por eso, fácil), sino la valentía más profunda de sobrevivir. De vivir su muerte, día tras día, sin ahorrar un minuto.

Bajamos a la playa.

Yo siempre he sido un poco triste, opaco, por naturaleza. Esa mañana, no obstante, y pese a mi malestar físico, me sentía vibrar entero con algo que sólo podría definirse como una felicidad corporal. Una felicidad que rebasaba del espíritu y caía, pródiga, sobre cada una de mis células.

Siempre he sido callado, también por naturaleza, pero esta mañana deseaba hablar, interminablemente; vaciar ante Gracia mi interior, igual que un chico de cuatro o cinco años vacía ante un amigo su cofre de tesoros: una caja de zapatos, en la que guarda su honda, un carrito viejo, una peineta rota, unos caracoles.

Le hablé de mis ideas.

Yo creía muy valiosas mis ideas entonces. Las amaba. Las anotaba, a menudo, en una pequeña libreta con tapas de hule, para no perderlas. Estaba orgulloso de ellas. Como el chico con sus fruslerías. Y como el chico —ahora lo comprendo: no ha pasado un año y toda mi solemnidad se me aparece cual juego pueril—, había encontrado mis ideas botadas por ahí, en tal o cual libro, en las palabras de tal o cual de mis profesores, y las había recogido y les había conferido la ciudadanía de mi reino interior.

Sí, me gustaba exponérselas a Gracia. Y si no he de ser innecesariamente duro conmigo mismo, no lo hacía sólo por lo que pudieran valer en sí, sino porque contándoselas le hacía entrega de algo muy íntimo y muy mío. Y le hacía, además, el sacrificio de mi timidez, pues hablar, abrirme, ha sido siempre un esfuerzo difícil para mí.

No en esa ocasión, es verdad. No junto al golpe eterno, incansable, de las olas sobre esta playa cuya hermosura me parecía descubrir recién..., aunque ya la había descubierto el día en que Gracia arrojó el anillo. No con su mano en mi mano. No mientras me sentía dueño del mundo; o, mejor, mientras no me importaba quién fuera dueño del mundo.

Le pedí que me hablara de ella.

—Cuéntame algo de ti ahora.

—¿Como en las películas?

Reímos.

—Como en las películas.

Estábamos en las rocas. Hacía sol. Un oleaje más violento que de costumbre se despedazaba, de rato en rato, en infinitas partículas que la brisa traía hasta nosotros, mojándonos gratamente la piel.

—¿Y qué te cuento? —preguntó Gracia.

—No sé. ¿Qué quieres que sepa de ti?

Pensó un instante.

—Todo... Nada... Lo esencial ya lo sabes.

—Pero ¿quién eres? ¿Qué has hecho en estos años? ¿Qué te gusta? Reflexionó durante un rato. Me pareció que ella también deseaba hablar.

—Quizá —empezó al fin— podría contarte de mi madre, que no era feliz. No era feliz por una razón muy distinta de la de tu padre. No era desgraciada tampoco. No tenía ausencia que extrañar, ¿entiendes?

Asentí. Gracia se alisó un pliegue de la falda. Luego:

—Tenía, sí, una presencia que le costaba aceptar, o que aceptaba sin resignarse. Al principio no, seguramente. Se habían querido. Se querían por encima..., no sé... Pero mi papá se asimiló con demasiada facilidad a la rutina. Era eso. Tal vez se quisieron siempre, hasta el final, pero ella, para él, se había convertido en una parienta cuando se casaron.

Hizo una breve pausa. Pensé que le dolía recorrer todo eso.

—Mi madre, creo, hacía un sacrificio diario al... Nunca se quejó. Nunca lo dijo con los labios. Sin embargo, la manera como solía acariciarme era... dramática. Era, un poco, la manera de aferrarse un náufrago a una tabla. Ahora me doy cuenta.

Cerró los ojos.

—Ahora comprendo, también —continuó—, su desesperación al morir. Creía que me dejaba indefensa al borde mismo de lo que ella, de joven...

Recogió los hombros.

—Habría tenido razón, de no ser por este viaje a Castuera. Mi papá no le perdonó nunca que fuera débil y suave y sensible. Que fuera mujer, no hembra a secas. No le perdonaba, tampoco, que no le hubiera dado un hijo. A mí misma no me perdona mucho el haber nacido, o el no haber nacido varón.

Su voz resonaba con una apacibilidad extraña, casi un susurro, al hablar de esto. Sin amargura. Triste. Miró al mar.

—Yo no me daba cuenta de lo que sucedía. No me daba cuenta de que mi mundo y mi realidad eran los de mi padre, y mis conocidos eran los suyos: sus compañeros y sus subalternos. Conocí a Max porque era ayudante suyo en la división. Mi padre mismo nos fue insinuando la idea de que saliéramos juntos, al cine, a bailes, a paseos...

Intenté detenerla:

—Gracia, es...

—No— replicó, comprendiendo—. ¿No ves que ya no importa? ¿No ves que no?

Luego:

—Sí: mi propio padre nos llevaba en el auto del Ministerio a los alrededores de Santiago, y a veces hasta nos hacía bromas. Qué vergüenza me daba. Cuando Max me habló de casarnos, no quise contestarle. Me eché a llorar. Pensaba, humillada, que se había visto empujado prácticamente a esto. Max se desconcertó. Creo que algo le contó a mi padre, y él me reprochó, furioso, eso que calificaba de mocoserías. “Tienes que aprender a portarte como mujer”, me dijo.

—¿Y tú...?

—No. No lo quería. Ni siquiera no lo quería. Me daba lo mismo. Lo soportaba, con la resignación con que se soporta a... No sé. No lo quería. Y, sin decírmelo a mí misma, por miedo, trataba de no pensar y de ir haciéndome a la idea de que terminaría por casarme con él. Enfrentar a mi papá me resultaba imposible. Entonces.

—¿Ya no?

—Ya no —dijo. Su voz era clara y terminante—. Ahora veo la diferencia que hay entre el bienestar y la felicidad. Lo he aprendido aquí, contigo. Te lo debo. Se lo debo a la forma como me quieres y como opinas y como vives.

—Sin embargo...

—¿Qué?

—Yo vivo con desorden. Pienso en desorden. Soy pobre. Siempre voy a ser pobre, igual que mi padre.

No era eso: era tanto más lo que habría deseado explicarle. Las palabras se me atolondraban en la boca. Eran oscuras. Quizá si ella entendía.

—Sí, sí —dijo.

Me agradó que no me desmintiera. Que no creyera que yo no iba a ser pobre.

—Seré pésimo marido, desde ese punto de vista.

Rió.

—No importa. Tendremos lo que necesitamos, porque necesitaremos poco. Yo estoy dispuesta a vivir con todo eso, y hasta creo que voy a tenerle cariño a tu desorden.

Hablaba tan como un hecho de que algún día llegaríamos a casarnos.

—Gracias —murmuré.

Y ella:

—Tonto. No tenemos nada que agradecemos. Tú me has dado lo que yo a ti. No hay deuda.

Me miraba, seria, intensa. Antes de que yo pudiera articular nada:

—No hay deuda —repetió.

A mediodía, mientras regresábamos a Castuera bajo un sol despiadado, comencé a sentir que mi cuerpo no resistiría más. Me ardía

la frente con una fiebre muy alta, que me hacía jadear, y el corazón me latía desbocado. Tenía la garganta seca, adolorida, áspera. Comprendí que debía regresar a casa. Me desesperaba perder estas horas que faltaban, dejar a Gracia con su teniente y su general, sola, y yo solo por mi lado. Pero era inevitable.

Se lo expliqué.

–Claro –convino–. Claro. Tienes que cuidarte.

Yo estaba sombrío.

–Tal vez mañana no pueda venir.

–No te importe.

–¿Cómo quieres...?

–Yo iré a verte. Te cuidaré, por lo menos un rato.

La idea me parecía demasiado maravillosa.

–¿Y tu padre?

–No sé. No sé cómo, pero iré.

Habíamos alcanzado al extremo de la playa, frente a la hostería. En la terraza vimos a Max, que nos observaba, acodado en la barandá. Gracia me besó lentamente.

–Hasta mañana –se despidió–. Mañana llegaré temprano a tu casa.

–Si llegas, me va a parecer un milagro.

–Hay que creer en los milagros –dijo.

11

Mi padre se preocupó desorbitadamente.

–¡Por Dios, por Dios! –repetía–. ¡Cómo te fue a venir esto!

–No es nada serio, papá.

–Vaya que nada serio. Tú has tenido pleuresía. Cualquier cosa de éstas puede afectarte y hacerte retroceder.

–No llegaré a tanto.

–Ojalá.

Por la tarde vino el médico. Me trató en forma jovial.

–¿Qué barbaridad has estado haciendo, chiquillo?

–Ninguna, doctor. Me mojé un poco en las rocas, en Castuera, y...

–Y te quedaste así.

–Sí...

–Durante horas.

–Sí...

–Y esperabas librarte de la pulmonía.

–¿Pulmonía? –intervino mi padre.

–No. No tanto... Salvo que el joven siga haciendo méritos.

Y volviéndose a mí:

–Pero no los harás, ¿no es cierto? Tienes que cuidarte. Cama, reposo y nada de disparates es la orden del día. Ni baños, ni audaces exploraciones en las rocas, ni paseítos desabrigado por la orilla del mar. Calma y antibióticos. ¿Está claro?

–Sí, doctor.

–No te gusta la idea.

–No, doctor.

–Menos te gustaría una enfermedad grave, supongo.

Asentí con la cabeza. Pensaba en Gracia.

–¿Cuánto tiempo tendré que guardar cama? –pregunté.

–Depende. Dos o tres días si no te baja la temperatura. Si te baja y eres razonable, tal vez baste con uno. Una cosa sí: mientras haya

una pinta roja en la garganta, usted se me queda apernado al colchón, jovencito. Sin apelación.

–Sí, sí, doctor –exclamó mi padre–. Pierda cuidado.

Salieron. Me arreció la fiebre. Desde el muro, como una imagen de Gracia, el retrato de Madame Henriot me contemplaba con su sonrisa que no era sonrisa, con su suavidad, con la dulzura intraducible de sus ojos.

Cuando desperté eran las nueve de la noche. Mi padre permanecía sentado a los pies del lecho, observándome. Noté en él no la expresión preocupada que le viera antes, sino una de tibia cordialidad.

–¿Quién es Gracia?

El corazón me dio un vuelco.

–La hija de tu amigo –repliqué después de una pausa–. Del general.

–Supuse que sería ella.

–¿Que sería ella qué?

Sonríó.

–La nombraste mucho mientras dormías.

Debo de haber enrojecido, pues me vino un calor insoportable a la cara.

–Perdona si te he preguntado... No debí escucharte...

–No me importa –repliqué simplemente.

Vaciló unos instantes. Luego:

–Es que no quisiera jamás resultar intruso en tus cosas. Siempre he respetado tu derecho a la vida privada. Te lo reconocí desde que eras muy niño, y no me he arrepentido. Por eso, si alguna vez te hago una pregunta o toco un tema que signifique violar ese derecho tuyo, basta con que me lo digas, y no insistiré. En realidad, tenía un poco de miedo ahora...

–Qué absurdo, papá, y qué manera de tomar a lo solemne algo tan sencillo. No somos extraños.

–No. No es eso. Aun entre los mejores amigos, aun entre marido y mujer, existen hechos, pensamientos, detalles, qué sé yo, que uno prefiere guardarse. No hay ocultación en eso. A veces son minucias, cuyo verdadero valor es simbólico: representan esa prerrogativa

preciosa de todo ser humano, de mantener un resquicio intocado. Sólo eso. Pero eso es de una significación tremenda. Ahí residen la dignidad y la libertad del hombre.

–Sí. Te entiendo.

–Por eso, no te preocupes por lo que oí, ni te esfuerces para contarme. Cuando necesites, bueno. O cuando quieras.

Callamos un momento.

–Papá –articulé al cabo.

–¿Qué?

–Quiero hablarte de Gracia.

–Bien –dijo, serio y a la vez acogedor–. Cuéntame.

Traté de encontrar palabras, mas no era fácil. Me enredaba. Debo de haber resultado harto poco coherente. Y, sin embargo, sé que él me entendía, que tal vez si esta incoherencia ayudaba, mejor de lo que habría podido hacer cualquier lógica, a mostrarle completa la realidad de las cosas.

–Sueno ridículo –terminé–, pero me da la impresión de que lo que ha pasado entre ella y yo ha tenido algo de mágico. Es absurdo, es...

–No –me interrumpió–. No es absurdo. Al contrario.

Comenzó a dar vuelta, despacio, despacio, a los dos anillos de viudo de su mano izquierda. Era un gesto característico suyo cuando quería hablar de algo muy serio.

–No sabes lo que me alegra –continuó– ver que tú mismo has descubierto la magia de la vida. Los cuentos de hadas no son simples mitos. A lo más, exageran. Puede que elevarse por el aire o atravesar paredes sea imposible. No importa. Eso no es lo esencial en los cuentos de hadas, ni es lo más hermoso que hay en la magia. Lo esencial es que existen fuerzas o influjos superiores a la lógica cotidiana. Ajenos a ella.

Hizo una pausa.

–¿Volar? Cualquiera puede volar, en avión. Pero no se ha inventado la máquina capaz de hacer que el espíritu y el cuerpo se tornen ingravidos, y que uno no los sienta y se sienta, de hecho, volando. ¿Y qué es más importante: volar sin sentirlo o sentir que se vuela? La

verdadera experiencia, lo que uno experimenta verdaderamente, es lo segundo. Esa es, en el sentido más hondo, la verdad. Tu verdad, mi verdad; la verdad privada, exclusiva, de cada cual. El prodigio efectivo es el que está dentro de uno. El resto no cuenta. Creo que alguien ha dicho que las hadas no aparecen (nosotros decimos “no existen”) porque no las merecemos. Porque las hemos asesinado con la Ciencia, la Experimentación, la Estadística y toda esa serie de ídolos modernos, cuya dimensión hemos exacerbado en forma grotesca.

A pesar de mi fiebre, lo escuchaba lleno de interés, pues estas cosas eran lo nuestro –nuestra mitología, o nuestra teogonía–, eso que se había transformado en el clima de nuestra existencia. Y nos eran comunes y nos eran amables y nos unían.

–La magia, entonces, existe –prosiguió mi padre–. Y no es absurda. No es lógica tampoco. Está libre de esas trabas. Está por encima.

Calló de nuevo. Pensaba. Después de unos instantes sonrió, como a una idea interior.

–Está bien Gracia. Me gusta para tí. Es fina. Tiene algo de especial. Lo noté desde el primer día.

Le indiqué el retrato de Madame Henriot.

–¿No la hallas parecida?

–Sí... Sí, claro. Claro que se parecen.

Sonrió de nuevo.

–Como que la presentías.

–No sé. Pero eso también es mágico, ¿no?

–Sí –murmuró.

Su voz, sin embargo, se había tornado grave. Me habló muy serio ahora:

–Yo sé que es en vano, que cada uno ha de tener su propia experiencia, y que la vida hay que vivirla, no aprenderla. Que nada se anticipa, que casi nada esencial se prevé. A pesar de eso, quisiera advertirte, hijo: la magia no es estable. Debes estar preparado para perder a Gra...

Quise protestar, y me contuvo con un gesto.

–Espera. Tal vez no pierdas a Gracia. Tal vez sólo pierdan, ella y

tú, la magia. Pero puede que las pierdas a las dos. Es tan difícil que un primer amor... No sé. Ojalá tengas suerte. Ojalá esta advertencia no resulte sino resabio de amargura de un hombre cansado.

Tenía, en realidad, un aspecto de cansancio.

–Me consta –agregó– que es inútil prevenirte. Pero ¿quién no gritaría algo al que se embarca en un cascarón de nuez y se mete en mar violento? Aunque no le oigan, aunque no entiendan su idioma, uno grita. Y tú, por cierto, no entiendes ahora mi idioma. Te hablo muy lejos con esta palabrería inútil.

–Con eso –dije– se habría evitado más de algún naufragio. Pero también se habría podido impedir que Colón se alejara de Palos en 1492.

Me cogió una mano. Lo noté angustiado casi.

–Sólo quisiera evitarte sufrimientos. Y no puedo decirte: “No sufras”. Eso carece de sentido.

–Y, además, te contradices. Tú me has enseñado que el dolor eleva y redime, y que en él hay belleza. Que es grande.

–Sí –reconoció–. Tienes razón. Yo he dicho eso. Lo que pasa es que uno es valiente en esas cosas para sí, y cobarde para los demás.

Lo miré fijamente. En aquel instante estábamos tan cerca uno del otro como jamás lo habíamos estado.

–¿Y tú querías que yo perdiera la magia de todo esto, a cambio de librarme del riesgo de sufrir, o aun de la certeza de sufrir?

–No –replicó, ronco y como a su pesar–. No. Eso no.

12

Gracia apareció en mi cuarto a eso de las diez y media de la mañana. Después de saludarme con extraordinaria jovialidad, me preguntó cómo andaba “esa salud”. Le dije que estaba mejor, bastante mejor; que estas malas pasadas de mi garganta eran habituales, y no solían ir más allá de ocasionarme un mal rato. Ella no parecía escuchar. Me daba la impresión de que oía y hablaba sin hallarse mucho en ello. Distraída, ida; no sé.

Me besó. En su beso sí la sentí auténtica. Debí apartarla suavemente.

–Cuidado. No quiero que te contagies –le advertí.

–Despreocúpate –rió–. Soy firme. Hija de general.

Se produjo un breve silencio, que ella rompió con el animado relato de su viaje desde Castuera. Hizo varios chistes a costa del pobre autobús y del conductor, en quien yo apenas había parado en mientes en los años que llevaba viéndolo. Gracia, sin embargo, sabía de su bigote a lo mexicano, de los tatuajes –una serpiente enroscada en un puñal y una bañista con muchas curvas– que lucía en los antebrazos, de su hábito de mover la cabeza de atrás hacia delante mientras manejaba.

–Cualquiera diría que va inspirado.

Hablaba sin pausa casi, y a ratos puntuaba sus frases con breves carcajadas. Recorrió mi pieza de un extremo al otro. Curioseando.

–¿Me dejas revolverte tus cosas? –pidió.

–Claro.

En realidad, me halagaba la idea de que ella penetrara así en mi mundo particular.

–¡Por Dios! –comentó–. ¡Qué libros tan serios!

Sonré.

–Sí –dije–. Es mi debilidad.

–¿Cuál?

–Ser serio. Pero es sincera.

–No exageres: te hará mal.

–Ya soy así. No creo que tenga remedio. Mi padre me dice que tomo todo demasiado en serio, y que le gustaría verme más alocado. Alocado.

–Sí.

–Dice que soy presa fácil para los grandes sentimientos o los grandes sufrimientos.

–Sí. No hay que ser así –murmuró, apoyando fugazmente una mano en mi hombro–. La vida puede volvérselo terrible a uno, con ese carácter.

–O maravillosa.

–Sí. No sé. ¿Y qué es esto?

Había abierto la gaveta de mi escritorio.

–Nada. Un premio que me dieron en el colegio.

Sentí que me ruborizaba.

–Alumno brillante, ¿ah?

–No –expliqué, con vergüenza–: es sólo de conducta. El premio de los pavos.

No era así: era una medalla que gané en la Academia Literaria el año anterior. Pero...

Algo había en Gracia que me ponía intranquilo. No era la misma de los demás días. La conocía desde tan poco, sabía tan poco de ella, que su actitud de ahora me desorientaba. Mi primer sentimiento –de halago porque miraba mis cosas, porque establecía cierta comunión entre ambos– se transformó en bochorno. En ira, aun. Me sentí desnudo delante suyo, y la sentí extraña. Habría querido detenerla.

Sin alzar la vista, hurgando siempre en la gaveta, aunque con mano trémula, me dijo:

–¿Sabes? Mi papá y yo nos vamos a Santiago.

El corazón se me endureció en el pecho.

–¿Cómo? ¿Cuándo?

–Mañana.

–¿Por qué se van?

–Eh..., no sé –replicó.

Su tono era tan liviano, tan como si no habláramos de nada importante.

–Creo que mandaron llamar a mi papá del Ministerio. O de la Comandancia.

Durante unos instantes no pude reaccionar.

–Pero... –articulé al fin.

–¿Qué?

–Es... Es co... ¿Y tú?

–Yo me voy con él.

–No, claro... ¿Y...?

Gracia seguía sin mirarme. Se había acercado a la ventana ahora, y jugueteaba con la cortina. Observé que le temblaban los dedos.

–Podemos escribirnos –musitó–. Yo te escribiré primero. Y nos veremos.

Se volvió, me tendió la mano.

–Hasta la vista.

–No.

–¿No qué? –dijo, y se echó a llorar–. ¡Amor, amor! –repetía, con la cabeza apoyada en mi cama y estrujándome las manos–. Te quiero, Gabriel. Perdóname. Te quiero.

Yo estaba angustiado. No entendía nada de cuanto pasaba, y el llanto de Gracia era superior a mis fuerzas. Sabía que acabaría también por llorar, sin saber por qué, si esto continuaba. Sin las manos libres, no hallé otra cosa que hacer que apoyar mi cabeza en la suya. La besé en el pelo.

–Tranquilízate, amor.

–Sí...

Esperé. Sus sollozos fueron amainando un poco. Sin alzar el rostro, repetió:

–Perdóname.

–Gracia, por Dios, ¿qué puedo perdonarte? Sólo debo agradecerte que...

–No, no.

–¿Qué?

Se encontraba arrodillada junto a mi lecho. Ladeó un tanto la

cabeza, de modo que ahora veía yo su cara: sus ojos y sus mejillas bañados en lágrimas. Suspiró. Había algo de niña, de la niña que llora, en su actitud.

–Perdóname, Gabriel –volvió a decir.

–Si hay algo que perdonarte, dalo por perdonado –articulé, avergonzándome de pronunciar estas palabras.

–Gracias –susurró opacamente.

Comencé a acariciarle el pelo, igual que a una chica. Calma. Calma.

–Todo es mentira –rompió al fin, con visible esfuerzo–. No nos vamos. Yo pretendía impedir que te acercases a Castuera, para no volver a verte, pero te quiero demasiado.

–Tú... no...

–Ayer hablé con mi papá. Le expliqué. Se puso furioso. Se negó a escuchar razones.

–¿Y Max?

–¿Max? Max se portó muy gente, supongo. No habló mientras pudo, y después aseguró que seguía considerándose novio mío. Que “esto” sería cosa de momento: una “crisis comprensible”, que ya se me pasaría. Estuvo... adulto. Nos trataba como una especie de caso clínico. Me enfurecí, tal vez sin razón, porque él... Le espeté que no se me pasaría, aunque lo tuyo terminara.

Calló un momento.

–¿Qué te contestó?

–Insistió en que pasaría. El tiempo era un gran remedio. Tú (lo dijo casi con tono bondadoso) eras un niño. Había que mirar las cosas con serenidad.

–¿Y tu padre?

–El tampoco veía. Mi papá no puede imaginarse que haya algo que se salga del marco de sus planes, o de lo que considera que debe ser. El pobre es inflexible.

Me quedé pensando. Al cabo de unos minutos, Gracia añadió:

–Me prohibió que te viera de nuevo.

–Entonces...

–Conseguí que me autorizara para venir a despedirme de ti. No sé

cómo. Sería por consideración a tu padre, o para dar un corte definitivo al asunto. Max ayudó un poco.

—¿Max está en Castuera?

—Se fue ayer. Iba tan tranquilo. Tan aplomado. Tan seguro de sí mismo. Y del tiempo. Y de su general. Su general le restituiría a la novia: no le cabía duda. Tal vez soy injusta, no sé. No sé.

Después de un rato planteé la pregunta que los dos teníamos:

—¿Qué vamos a hacer?

—Cualquier cosa, menos lo que pretenden. Rebelarnos... Pensar. Tenemos que pensar, Gabriel. Mucho. Pero yo te juro que no me caso con Max. Antes muerta.

La palabra tuvo un eco terrible. Ella lo desvaneció lanzando una breve risa:

—Suenan un poco a ópera. Sin embargo... No es posible, Gabriel, que...

—Sí, amor. No te inquietes, que ya encontraremos salida.

Yo mismo, no obstante, no divisaba ninguna.

Gracia permanecía aún en idéntica actitud —arrodillada junto a mi cama, con la cabeza sobre el cobertor—, cuando llegó mi padre. No lo sentimos. Habíamos hablado muy poco, contentándonos casi exclusivamente con nuestro contacto físico. Había poco que hablar, por lo demás. Había que reflexionar, sí, pero luego. En ese momento éramos incapaces de cualquier reflexión serena.

Papá abrió la puerta, nos vio o entrevió y volvió a cerrar, sin decir nada. Gracia no se dio cuenta, pues miraba hacia el lado opuesto.

—Llegó mi padre.

—¡Oh! ¿Qué hora es?

—Va a ser la una.

—¡Tan tarde!

Asentí.

—No alcanzas a volver a la hostería para el almuerzo. No encontrarías en qué.

—No. No importa.

—¿Y tú...?

—No importa, amor. No nos preocupemos todavía.

Estuvimos un rato en silencio.

—¿Y? —sonrió ella—. ¿Me invitas o no a almorzar?

—Claro que sí. ¡Claro que sí! —exclamé—. Perdona la pavería.

Me sentía jubiloso.

—¡Papá! —llamé.

Se demoró un poco en venir. Al entrar sonrió afablemente a Gracia.

—Cómo está, Gracia. Qué gusto de verla.

—La he invitado a almorzar.

—Espléndido... —comentó, algo turbado—. Si está dispuesta a correr el riesgo de la olla.

—Por supuesto.

Pedí a mi padre que fuera al teléfono a avisar al general. Me pareció que si lo hacía él, el padre de Gracia estaría más dispuesto a la clemencia.

—Dile que no alcanzó el autobús de las doce y media —le indiqué—.

Es la verdad.

Papá sonrió.

—Sí —repitió—; es la verdad, ya lo veo.

Qué agradable fue ese almuerzo. Mi padre insistió en que nos sirvieran a Gracia y a mí en mi cuarto, y nosotros a nuestra vez insistimos en que él nos acompañara.

Estar los tres juntos, hablándonos con entera naturalidad, mirándonos, estrechando ese sutil contacto de los que sienten afecto mutuo, era algo muy parecido a la felicidad. Papá fue tan fino. A fuerza de verlo siempre solo, o con don Roberto, lo había imaginado un poco torpe en la vida social, un poco incapaz de conducirse. La visita del general había sido una aparente confirmación de esta idea. Y no era así. Supo ser tan atento —más que atento— con Gracia. Cada gesto suyo, cada silencio, le decía: “Si mi hijo la quiere, yo la quiero”. Me dio la impresión de que la miraba en parte como a una hija propia. La que mi madre no alcanzó a darle.

—Bueno —dijo de pronto—, son más de las dos y media: tengo que irme.

—¿No puedes quedarte otro rato?

—Tú sabes el trabajo que hay.

Era cierto. La rutina volvía por sus fueros. Nos despedimos con la misma cordialidad que había imperado hasta ese instante, y papá prometió que trataría de venir a tomar té con nosotros. Insistió en que me cuidara, que no olvidara mis remedios, y salió.

Gracia y yo quedamos observándonos, silenciosos, durante largos minutos. Los dos pensábamos idénticas cosas. Pensábamos, en el fondo, en que teníamos que pensar.

—¿Se te ocurre algo? —inquirió ella al fin.

Ah, a mí sólo se me ocurrían soluciones exageradas, la mayor parte tan absurdas que ya estaba rechazándolas en el momento mismo en que se me venían a la cabeza. Se lo dije.

—Pero ¿qué se te ha ocurrido, por ejemplo?

—No sé... Escaparnos juntos... Irnos a Argentina... Disparates así.

Se quedó meditando.

—Sí —convino al cabo—, son soluciones absurdas. Sin embargo, la situación también es absurda. Y creo que sería bueno ir haciéndonos a la idea de que la salida que elijamos será... desesperada.

—¿Qué entiendes por desesperada?

—Bueno... A mi papá no vamos a convencerlo con razones. Eso dalo por descontado.

—¿Entonces?

—No sé... Si pudiéramos... Si pudiéramos forzar las cosas, presentarle hechos consumados...

—Casarnos.

—No. No es posible eso: nos falta edad... Por otro lado, tampoco es posible esperar. Está Max, y en realidad el tiempo se pondría a su favor, aunque no en la forma que él cree. Mi papá y él quieren que el matrimonio sea en marzo de este otro año. Tenemos apenas unos diez meses. Nada.

Volvimos a callar.

—¿Y si mi padre consiguiera persuadirlo?

Movió la cabeza.

—No —replicó—. Nadie en el mundo sería capaz de persuadirlo.

Está como obsesionado. Además... Mira: un militar no tiene ocasión, sencillamente, de cambiar ideas ni de escuchar razones. No le está permitido objetar las órdenes que recibe de sus superiores, y para sus subalternos no hay otra alternativa que obedecerle. En un régimen así, que es en el que ha vivido papá desde los trece o catorce años, no queda mucho lugar para discutir. Y discutir le parece siempre desagradable a un militar. No creo haber conocido a ninguno que, en una discusión, se interesara por ir más allá de exponer sus propias opiniones.

Sonreímos. No obstante, un sentimiento abrumador comenzaba a hacer presa de mí.

Por primera vez sentía de modo palpable la enorme distancia que me separaba de la vida práctica; el abismo que se abría entre mi personalidad de muchacho y la realidad de hombre que me aguardaba en alguna parte del futuro, y ahora parecía venírseme encima. Débil. Era débil sobre toda medida. Y mi ira o mi amor o mi ambición o mi esperanza eran apenas tempestades en un vaso de agua. “Débil, débil”, me repetía interiormente, como un reproche. Era bello ser quijote, pero un quijote o está loco o se convierte en un contemplativo inoperante.

Como siguiendo el tono de mis divagaciones, Gracia me dijo:

—Gabriel, antes de que sigamos hablando, quiero hacerte presente algo... Quiero que lo medites bien, que te pongas bien en el terreno, que peses cada una de mis palabras.

—Sí...

—Lo harás.

—Trataré.

Marcó una pausa. Luego:

—Esto..., este cariño de nosotros, todo esto que ha sucedido, es maravilloso, tan de cuento de hadas, que a lo mejor nos ha cegado. Quizá si estamos poniéndonos frente a hechos superiores a nosotros y a nuestras fuerzas. Por ejemplo: tu padre piensa darte una carrera, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Espera. Debes ponerte en su lugar. Debes considerar eso también. Él ha vivido para ti. ¿Puedes sentirte con derecho a defraudarlo cometiendo una locura definitiva que...?

—Gracia, no voyas...

–Espera.

Sonrió. Me hablaba con una inflexión maternal. La encontré tan mujer, y yo tan niño a su lado.

–Te he pedido –prosiguió– que lo medites bien. No me dispares contestaciones. Concéntrate. Velo. No tienes por qué resolverte hoy, ni mañana. Vine dispuesta a terminar con todo para no arrastrarte a este dilema... Sin embargo...

–Sin embargo, ¿qué? Sin embargo, nos queremos tanto. Sin embargo, la magia brota de nosotros apenas estamos juntos. Sin embargo, la vida no significaría nada para mí...

–Ni para mí.

–¿Y crees que cabe reflexionar?

Pausa. Le cogí la mano.

–Esto está resuelto, Gracia. Es igual que si estuviera resuelto desde el momento en que nos conocimos. O desde antes.

No recuerdo bien en qué forma ni en qué momento llegamos a resolvernos. Parece como si la decisión hubiese permanecido todo el tiempo allí, esperando pacientemente a que la descubriéramos. Tengo la idea de que Gracia fue la primera en formularla. Lo dijo en forma velada, sin atreverse, y sin atreverse, tampoco, a callar. Lo insinuó apenas, pero fue igual que si me hubiera señalado a alguien, una persona, o un objeto, que hubiera en el cuarto. Y vi la solución.

Nos abrazamos emocionados, con un sentimiento superior a las palabras; un torrente confuso, de inquietud y amor y dulzura y pánico.

–Gracia –articulé, al cabo de un largo silencio.

–Sí.

–Te agradezco tanto...

–No. Recuerda: ni tú ni yo debemos agradecerlos. Ni reprocharnos ni perdernos perdón. Nunca.

–Es que tendrás que hacer un sacrificio tan grande.

–Tú también.

–No se puede comparar.

–No se puede comparar. Y aun así: tú pierdes la posibilidad de seguir una carrera, renuncias a toda ambición superior, para tener que

meterte (porque así será) en cualquier empleo, mejor o peor, sin expectativas, sin... Va a ser así, Gabriel. No puedes hacerte otras ilusiones.

Sonrei.

–¿Y crees que me las hago? He visto a mi padre. Sin embargo, creo que precisamente por eso podré escabullir el cuerpo a algunas de las consecuencias del empleo. Creo que sabré defenderme. En parte, por lo menos.

–No cuentes con eso.

–No. No cuento. Pero aun en la peor de las formas, estoy dispuesto. Tú, en cambio... –la voz se me quebró, de nuevo con temor y ternura. Me costó enorme trabajo enunciar las palabras que vinieron–; tú vas a tener un hijo...

Gracia continuaba abrazada a mí, sin mirarme.

–Piensa –proseguí– que si yo muero entre tanto, por algún accidente... si algo pasa... Además, deberás afrontar a tu padre, a los demás. Siempre es peor para la mujer.

Me oprimió la mano.

–Estoy dispuesta, amor, Gabriel. No sabes lo poco que me cuesta decidirme. No te preocupes por mí. Seré valiente en lo que me toque.

Callamos, sin atrevernos todavía a mirarnos. Habían cambiado las cosas ahora. Habíamos resuelto tener un hijo, un hijo de ella y mío, de la unión de los dos, y eso nos hacía sentir cual si no fuéramos los mismos.

Me sorprendió ver, después de media hora o más, cuando Gracia se alzó y se apartó de mí, que su rostro conservaba la calma de antes. Era, siempre, el rostro sereno, gentil, de Madame Henriot, que a espaldas de ella nos miraba con su misteriosa dulzura, como comprendiendo.

–Quizá haya una solución –dije.

–¿Solución?

–Estaba pensando que tal vez si yo hablara con el padre Rafael, el párroco, podría conseguir que nos casara. Lleva años en San Millán, y me conoce desde que era chiquillo. Explicándole... Es muy buena persona.

–¿Tú crees?

–¿Por qué no? Le contaré que tu padre pretende obligarte, forzarte,

y que el tiempo está contra nosotros y nos impide esperar. Estoy casi seguro de que comprenderá.

—Sería perfecto.

—Claro. Estaríamos casados... antes. En seguida conseguiríamos la aprobación de tu padre para el matrimonio civil. No podrá negarse: será un hecho consumado.

—No podrá negarse —repitió—. Le va el honor, y eso sí que lo cuida.

—¿Él cree?

—¿Quieres decir si es religioso?

—Sí.

—No. El matrimonio por la Iglesia, si es sin pompa, no significará gran cosa para él. Pero en algo atenuará el golpe, me imagino.

—¿Ves? El asunto ya toma mejor cariz. Estaríamos casados. Y en cuanto a la ley, nos prohíbe casarnos por ser menores de edad, pero no nos impide tener hijos.

—Sobre todo que el nuestro nacería dentro del matrimonio civil, con el favor de Dios.

Asentí.

—Te quiero, Gabriel.

Nos parecía que el mundo había abierto para nosotros una puerta muy ancha, muy clara.

A las cuatro y media, Gracia se despidió para alcanzar a coger el autobús, que combinaba con el tren de la tarde. Quedamos en que, si podía levantarme, yo iría al día siguiente a la parroquia para hablar con don Rafael, y luego pasaría por Castuera a contarle a ella los resultados de mi conversación.

Gracia me besó al partir.

—Hasta mañana —murmuró—. Y cuídate.

—Sí —la tranquilicé—. Ya verás cómo mañana voy a estar repuesto.

—Sí —dijo.

Y en el momento en que iba a cerrar la puerta, se volvió y observó, sonriendo:

—¿Te das cuenta de que ahora somos novios?

13

Mi padre no quería oír hablar de que me levantara al día siguiente.

—Sería una locura —protestó—. ¿Has visto cómo está la mañana?

—Abochornada. Hará calor.

—Está nublado. Hace frío. No, Gabriel, es un disparate.

—Es que, papá...

—Mira —ofreció—: si quieres, llamo por teléfono a la hostería de Castuera e invito a Gracia y a Morán a almorzar con nosotros.

—No es posible.

—¿Por qué? Si los invito a los dos...

—El general no querrá.

—¿Por qué no?

—Porque no. Porque le ha prohibido que me vea. Gracia se había comprometido con un teniente, un tal Max Carrasco, y su padre insiste en que siga con él.

Se quedé pensativo.

—Eso es grave, tratándose de Morán.

—Sí.

—Me temo que no lograrán disuadirlo, si se le ha metido entre ceja y ceja.

—Es lo que supone Gracia.

Volvió a callar.

—Escucha —habló al fin—. No pretendo pedirte que me expliques ni me cuentes nada. Ya hemos conversado bastante sobre aquello de tu vida privada y de tu libertad. Ten por seguro, sin embargo, que en todo momento estaré contigo. Con ustedes. Abierto, dispuesto a ayudarles. No te digo que me pidas consejo. No sé, siquiera, si sabría dártelo. Pero si llegas a sentir que lo necesitas, no vaciles. Trataré de comprenderte, y creo que lo conseguiré.

—Eso no lo dudo.

—Nos parecemos en un defecto: los dos vivimos en las nubes, aunque yo tengo la ventaja de la experiencia, que siempre sirve. En fin: ve tú. Si hay que hablar con Morán, también puedes contar conmigo.

—Gracia considera que sería inútil.

—Es muy probable. Tú verás. En cualquier caso, te insisto, dispón de mí. No te pregunto nada. Reflexiona, convérsalo con ella y resuelvan. Sé que no harás una locura.

—Gracias, papá.

Me miró y, como a su pesar:

—Me había hecho a la idea de que ella fuera tu mujer —murmuró—. Parece tan lógico —hizo una pausa. Luego—: No debería decírtelo. No debería darte alas, porque a lo mejor vas a sufrir una...

—¿Crees que hace falta darme alas?

—No, me imagino —sonrió—. Prométeme que serás prudente, que te cuidarás.

—¿De qué?

—Del frío, del viento, qué sé yo... Porque supongo que sería en vano tratar de impedir que te levantes.

—Gracias, papá.

—Me voy a trabajar. ¿Volverás temprano?

—Sí. Antes de las seis estaré en cama.

—No vendrás a almorzar.

—No. Perdóname. Te he dejado tanto tiempo solo ahora último. Estas vacaciones...

—Estas vacaciones son tuyas. Tu vida es tuya. Lo demás son tonterías. Es absurdo vivir hacia atrás, hacia los antepasados, porque eso sería, en el fondo, desvivir.

Traté de agradecerle de nuevo, y no pude. Se dio vuelta, salió. Escuché sus pasos, luego, recorriendo el pasillo hacia la calle, y después yéndose, lentos, hasta desaparecer.

Me levanté a eso de las nueve y volé a la parroquia. El padre Rafael bautizaba en ese momento, por lo que debí esperarlo en la sacristía. Me temblaban las manos, y una cosa como fiebre me oprimía la frente, cálida, pesada.

—Hola, chiquillo.

—Buenos días, don Rafael.

—¿Qué te trae?

—Necesito hablar con usted.

Me miró.

—¿Es urgente?

—Sí, don Rafael.

—Acompáñame, entonces, a tomar desayuno. Después tengo que salir al Bajo y no regreso hasta la tarde.

Pasé con él a su cuarto, que hacía de comedor, de escritorio y de dormitorio a la vez. Había un Cristo muy grande y muy sombrío colgado en uno de los muros. El sacristán entró con una cafetera, una taza, un platillo con dos trozos de pan.

—¿Te sirves?

—No, gracias.

Salió el sacristán.

—Pancho —llamó el sacerdote—, si alguien viene, di que estoy ocupado. Que me esperen un rato, o dejen recado contigo.

El hombre asintió y cerró la puerta. Quedamos solos. Mientras vertía el café, sin alzar la vista, don Rafael me preguntó:

—¿Y? ¿Qué hay?

Aunque su voz era cordial, tuve miedo. Me arrepentía, ahora, de haber venido, de haber hecho abrigar esperanzas a Gracia. Sin embargo, se las había infundido, y era preciso afrontar la situación. Expuse nuestro caso tartamudeando, confusamente, yendo y viniendo en las ideas y en los acontecimientos.

De pronto me detuve, con la brusquedad con que se detiene un caballo desbocado. Comprendí que lo había dicho todo, que en realidad, para bien o para mal, no quedaba más.

—Don Rafael, queremos que nos case.

Don Rafael había olvidado su desayuno. Se puso en pie, se acercó a la ventana, volvió, volvió a ir hacia ella.

—¿Lo han pensado ustedes bien?

—Sí —repliqué, esperanzado.

—¿Han tenido tiempo para pensar?

Vacilé.
 –Ayer pasamos toda la tarde...
 – Toda la tarde.
 En verdad, sonaba absurdo para una decisión tan importante.
 –Nos queremos... –proferí con esfuerzo.
 Sonrió, paternal.
 –Yo también estuve una vez muy enamorado, loco de ganas de casarme, y aquí me tienes.
 –Sí, pero...
 –Pero tu caso es distinto, ¿verdad? Todos los casos son distintos, y por eso todos tienen algo de común.
 Comencé a desesperar de poder darme a entender.
 –¿Es el tiempo lo que a usted le preocupa?
 –En parte. Hace apenas una semana que ustedes se conocen.
 –¿Y si hiciera un año?
 –Si San Martín no hubiera muerto...
 –No, es que ¿cambiaría eso las cosas?
 –Desde luego, tú me habrías dado otras razones, otros argumentos.
 –Ah. Usted cree que es cuestión de argumentos. No, don Rafael, esto es la vida, no un debate escolástico.
 –Los argumentos, Gabriel, si son justos, reflejan la vida.
 –Yo le doy uno bien claro.
 –Que se quieren.
 Lo dijo en un tono bondadoso, mas a mí me sonó casi a burla.
 –Sí –repliqué–. ¿Usted ha oído otro mejor?
 Se acercó a mí, y su tono no era ya antipáticamente paternal, sino sólo paternal. De padre.
 –No he oído ninguno mejor, hijo. Muchas veces, no obstante, he oído, después del matrimonio, y de matrimonios pensados, no hechos a la carrera, éstos: “Me equivoqué, don Rafael”. “Estaba ilusionado, don Rafael, y no veía”. “Yo creí quererla, don Rafael”.
 –Es que...
 –Es que tú estás seguro de que ves, de que no te engañas. Estás seguro, incluso, de algo más difícil: de que ella no se engaña; de que ella

no se arrepentirá; de que no se considerará, más tarde, arrastrada por ti a una situación sin remedio. Apenas la conoces, y estás seguro.

–Sí.

–Sí. Y yo puedo decirte que todos esos cuyas frases te he repetido, y que se casaron sin oposición de nadie, sin ocultarse ni precipitarse (te insisto porque es esencial), también habían estado seguros. Y no me negarás que, objetivamente, tenían más base para sentirse seguros.

Hubo unos instantes de silencio. No podía dejar de experimentar una reacción de antipatía hacia él, con sus brillantes silogismos retóricos. Me imaginé que le agradaba escucharse exponiéndolos, que pensaría: “¡Qué bien me explico!”

–Padre –dije de pronto, quemando mi último cartucho, rompiendo la última barrera de mi timidez–, ¿y si yo le asegurara que he sentido la mano de Dios empujándonos?

–¿Cómo es eso?

Le conté. Le hablé de la magia, de las coincidencias.

–Eso –concluí– tiene que ser obra de Dios.

–Supongamos que lo es. Entonces, lo que a ustedes corresponde es esperar que la Providencia siga actuando. Tener fe y aguardar. A Dios no es posible forzarle la mano, Gabriel.

Yo lo escuchaba: hablaba en otro planeta. Perdía tristemente el tiempo con sus pobres, agudas razones. Me decía cosas que yo no entendía, que no podía entender, y ésa era su debilidad. Cosas que habrían sonado bien, quizá, en una clase de lógica o de derecho canónico, mas que no eran la vida. Frases. Palabras muertas, de muerte.

Palabras –pensé– que pretendían clavarnos a la muerte como a un leño podrido.

No le dije que no. Le dije que esperaba la mano de Dios. Se lo dije con toda ironía, y él sonrió, satisfecho. Paternal. Yo le sonreí también –filial– y me vine.

14

Llegué a Castuera en uno de los camiones que se dedican al transporte de conchuela. De inmediato me encaminé a la hostería. Al pasar frente al Correo divisé al general, que entraba solo. Apuré el paso, pensando que tendría algo de tiempo y de calma para buscar a Gracia.

No estaba a la orilla del mar. Miré a las rocas: tampoco. Pregunté, entonces, al conserje si habría salido.

—No, señor. ¿Le aviso a su pieza?

—Por favor.

—¿Su nombre?

—Gabriel Romero.

Hizo chasquear los dedos.

—Chico.

Se acercó un muchacho que limpiaba unos vidrios.

—Avisa a la señorita del 205 que don Gabriel Romero la espera aquí abajo.

Aguardé. Empezó a parecerme que transcurría demasiado rato sin que Gracia bajara. Eran mis nervios, sin duda. Busqué algún lugar apartado de la puerta, para que el general no me viera si llegaba entre tanto, mas fue innecesario: ella aparecía en ese instante al pie de la escalera.

—Gabriel.

—Hola.

—Hola, amor. Vamos.

Salimos rápidamente.

—¿Cómo te atreviste a venir hasta...?

—Vi a tu padre en el Correo.

—¡Me has dado un susto!

Llevaba anteojos ahumados. Le pregunté por qué, con un día sin sol.

—Por nada —replicó.

Me extrañó su respuesta. La noté intranquila.

—Es —agregó al cabo de unos instantes— que me di un golpe anoche, al cerrar la ventana de mi pieza. Me rasguñé un párpado: eso es todo.

—¿Te curaste?

—No, amor. No valía la pena.

—Déjame ver.

—Después. ¿Cómo te fue con el padre..., eh...?

—Rafael. Me fue mal.

—¿No quiso?

—No quiso.

—¿Qué razones te dio?

—Muchas. Y muy buenas. ¡Si hubieras visto qué buenas razones! El, por lo menos, parecía encontrarlas estupendas. Me dijo que también había estado enamorado, una vez, y que ya no. Y que conocía a otra gente que había estado enamorada y que no veía, y que tal vez yo tampoco veía porque hacía una semana y no un año que nos conocíamos. Excelentes razones.

—Por favor, Gabriel, todo esto no tiene sentido.

—Lo que él dijo no tenía sentido.

—Pero lo diría en forma más coherente.

—Un poco más.

Lo expliqué, con la mayor imparcialidad posible.

—¿No te ofreció ninguna esperanza?

—Sí, una: me sugirió que tú y yo dejáramos actuar a la mano de Dios.

—¿Y eso...?

—Eso es, ni más ni menos, lo que vamos a hacer. Vamos a dejar actuar a la mano de Dios. Vamos a tener un hijo. Se lo vamos a pedir a Dios, que es quien los envía. Y vamos a casarnos, antes, delante de Dios. Ya lo he pensado —continué, entusiasmándome—. Se me ocurrió mientras venía hacia acá, al pasar por la capilla del Alto, esa que está en ruinas. Ahí, los dos delante de Dios, vamos a tomarnos mutuamente como marido y mujer. Si eso vale en una isla desierta, ¿por qué no ha de valernos a nosotros?

A Gracia se le había ido iluminando el rostro.

–Sí –asintió–. Nosotros, en el fondo, estamos en una isla. Estamos solos en una isla.

–No. Solos, no. Tenemos a Dios. Tenemos a la mano de Dios con nosotros.

Una especie de júbilo, de ebriedad inconsciente, se había apoderado de nuestros ánimos. Era como si no viéramos... Sí, como si, confirmando lo que me dijera el padre Rafael, no viéramos. Pero lo que veíamos era otra cosa que lo que él suponía. No estábamos cegados en cuanto al amor, sino –por vulgar que fuera la expresión– por él. Para nosotros no existían Max ni el general ni las convenciones sociales; nada. Parecía que hubiéramos elegido una manera más bella, más original, de casarnos, y eso era todo.

Nos separamos pronto esa mañana. Gracia temía que su padre me viera, o que le extrañara su ausencia.

–Seamos pacientes ahora, amor.

–Sí.

–Son unos días. Después...

Nos abrazamos. Sentí latir su corazón en mi pecho. Pero ella quería terminar la frase:

–Después viviremos juntos. No habrá nada que nos separe. Ni tu garganta.

–Sí, amor.

–Por eso, hoy...

–Sí, amor.

La besé.

–...tenemos que...

–Sí, amor.

Rió, dándose por vencida.

Quedamos en que nos juntaríamos a la mañana siguiente para pensar los detalles, y para que yo pudiera cuidarme entre tanto, y estar bien. Era martes. Fijamos el jueves como día de nuestro matrimonio.

–¿Piensas decirle algo a tu padre? –me preguntó Gracia al momento de separarnos.

–No.

–Crees que no estaría de acuerdo.

–No. No es eso.

–¿Qué es?

–No sé bien. Por una parte, no quisiera comprometerlo. Ni quisiera discutir con él, si es de otra opinión. O si sugiere que esperemos. Pero quizá lo más importante es que me gusta mantener esto como un secreto nuestro.

–Sí –dijo.

Y al cabo de una pausa:

–Ahora, adiós.

Nos besamos.

–Hasta mañana.

En realidad, a pesar de ser efectivas las razones que diera a Gracia para no hablar a mi padre del asunto, había más. En el fondo, temía que fuera un poco sacrílego lo que íbamos a hacer. No era que tuviese la conciencia intranquila, ni que me asistiese siquiera la sombra de una duda sobre la legitimidad de nuestra decisión como tal. Mi vacilación no iba a la esencia del problema, a nuestro derecho. Pero –muy vagamente– intuía que papá podría juzgar sin el entusiasmo arrebatador con que juzgábamos Gracia y yo, y podría, incluso, ver otra forma de hacerlo. Ello implicaría tal vez exponerse al fracaso, o resultaría menos poético.

Sí, me preocupaba aun de eso: de la poesía de nuestra boda. ¿Y por qué no? ¿No piensan los novios corrientes en las flores, el coro, los adornos de la iglesia?

Mi padre se alegró al ver que, contra lo anunciado, había vuelto antes del almuerzo y ya a mediodía guardaba cama.

–Veo que te preocupas de tu salud –comentó.

–Quiero estar bien cuanto antes.

Sonrió.

–Y Gracia te ayuda a ser juicioso.

–Sí.

Hubo un momento de silencio.

–¿Va a venir hoy?

–No. Tú sabes ya.

Asintió, grave. Y de pronto, iluminándosele el rostro:
 –¿Te gustaría –sugirió– que me viniera más temprano de la oficina y jugáramos unas buenas partidas de ajedrez?
 –Sería espléndido.
 –Dalo por hecho.
 –¿No se te atrasará el trabajo?
 –No. No importa.
 –¿En qué quedamos: no o no importa?
 –Quedamos en que vengo. Y nos damos una sentada de ajedrez.
 Ah, pero te advierto: si no abres bien los ojos, voy a barrer contigo.
 –Lo veremos.
 –Lo veremos.

15

El miércoles amanecí prácticamente bien. Supuse que, en vista de mi anterior enfermedad, el médico había exagerado los riesgos y las precauciones. Me sentía renovado. A las diez de la mañana estaba en Castuera, mas no conseguí ver a Gracia hasta pasada la hora de almuerzo.

La divisé, primero, en la ventana de su cuarto, diminuta y alba sobre el fondo oscuro del interior, y luego en la escalinata, bajando, viniendo hacia mí.

–¿Me has esperado mucho?

–Siglos –reí.

–Perdóname. Fue imposible salir antes.

Me explicó que su padre había sufrido un acceso de reumatismo y no se había podido levantar.

–Tuve que leerle los diarios de ayer. Una sesión entera del Senado, en la que trataban el proyecto de aumento de sueldos para las Fuerzas Armadas. Y después, una terrible novela policial. A pesar de eso, pasó el pobre en un ay. Ahora se ha quedado dormido.

–¿No despertará con el dolor?

–No. Ha tomado tantos calmantes que, me imagino, tiene para un buen rato.

–Ojalá.

Llevaba todavía los anteojos ahumados, de nuevo sin justificación.

–¿Cómo sigue tu ojo?

–Mejor.

–Déjame verlo.

–Después.

–Ayer me dijiste igual.

Sonrió.

–¿Y qué piensas verle? Es un rasguño, con algo de morado alrededor. Un machucón vulgar y corriente..., que no me sienta mucho, además.

—Déjame verlo.

Se negó aún, y yo insistí.

—Vaya —protestó—, no irás a sospechar que me lo hizo alguien.

No se me había ocurrido la idea, pero ahora pensé que tal vez el general, el día en que ella fue a verme... Se lo insinué.

—Hombre, no seas tonto. Fue una ventana, y punto. Ya te conté.

Y luego de una pausa:

—Mira, don curioso.

Se quitó los anteojos, y vi que en realidad no era nada serio. La espina, no obstante, me quedaba adentro: ¿Por qué se defendía Gracia de una suposición que yo no había enunciado?

—Y después dicen que la curiosidad es defecto de mujer —se burló ella.

Estuvimos poco rato juntos. A pesar del oportuno reumatismo del general, no nos sentíamos tranquilos, ni ella ni yo. Además, el propio hecho de encontrarnos a un paso de lo que ya mirábamos como una solución definitiva, nos daba paciencia y nos disponía mejor a la espera.

Eran apenas pasadas las cuatro cuando nos despedimos. Habíamos resuelto subir a la capilla alrededor de las seis de la tarde del día siguiente, cuando Gracia calculaba que su padre se hallaría cansado, reposando.

—Y en la mañana, ¿no nos veremos?

—No conviene, Gabriel.

Pensó un momento.

—Tal vez —agregó— podríamos ir juntos a misa. Comulgar.

—Sería maravilloso.

—Mi papá suele despertar tarde. En todo caso, no sospechará que tú puedas venir tan temprano. A propósito: ¿puedes?

—Por supuesto.

—Entonces, será hasta mañana.

—Hasta mañana, amor.

Me fui con toda calma hasta San Millán. Desde el camino se divisaba, arriba, la antigua capilla del Alto. Se veían también algunos

de los muros derruidos del fuerte español. Los miré con cariño, con una suerte de vaga tibieza en el alma. Mi padre me había enseñado a conocerlos y amarlos.

El viento iba llevándose la vaga neblina, y agitaba los árboles del Alto, que se me antojaron penachos de conquistadores.

Recordé los estudios de papá sobre la fundación de San Millán, y me imaginé a mí mismo contándosela a Gracia, contándole la historia de nuestro pueblo. (¿Por qué necesitaba, ahora, asociar a ella todo lo grato y lo hermoso, todo lo que era emoción íntima?). Un eco de bronce resonó dentro de mí. Durante unos momentos cabalgué en la imaginación tras don García Soriano y su hueste escueta de quince hombres, rodeados —ellos y yo— por el inescrutable silencio del contorno.

Me salí del camino. Ya en el bosque, pisando el suelo húmedo, cubierto de hojarasca, me parecía encontrarme de lleno en la alborada de la Conquista; luchar en el encuentro inicial, cuando la algazara ensordecedora de los mapuches rompió, como se rompe un tímpano, la paz arrebujaada bajo la sombra del pinar, y comenzó a correr la sangre, y las agujas de los pinos se teñían de rojo, y el ámbito del monte oía por primera vez las palabras castellanas, duras, nítidas, viriles: las órdenes, los gritos de ira o dolor, el ruido épico de los hierros que chocaban, o el ruido siniestro, silbante, de los hierros que se hundían en la carne.

Volví al camino polvoriento.

A poco andar divisé las granjas de la orilla del río, y pensé de nuevo en Soriano y los suyos, en el amor con que depositarían en la tierra sus semillas y levantarían sus casas. Me dije que para ellos debió de ser un símbolo poderoso esta fecundación de un trozo de suelo que acababan de regar con su sangre, y que tomarían a regar, ellos, y sus hijos, y sus nietos, con nueva sangre.

Pero, sí, al pensar me sentía hablando a Gracia, y era como si todas estas imágenes y estas ideas formasen parte de mi permanente comunión con ella. Como si, al tratar de comprender al capitán Soriano, el paisaje, el universo, quisiera en el fondo unirme más, más hondamente, a ella.

Eran las siete pasadas cuando llegué. No me detuve en casa, sino que seguí hasta la bodega de don Roberto, de la que divisé saliendo al padre Rafael. No me vio.

—¿Venía a hablar contigo? —pregunté después a papá.

—No... —replicó.

—¿En qué andaba?

—En nada... Detrás de una plata para los pobres de su parroquia.

Callé. Lo notaba un poco extraño, y me dije que, de seguro, don Rafael no había quedado conforme con nuestra conversación, y venía a prevenirlo. Pero callé. Papá sabría. Si mencionaba el asunto, ya lo discutiríamos. Si no, podría contarle al día siguiente, cuando Gracia y yo hubiéramos dado nuestro paso.

—¿Fuiste a Castuera?

—Sí, un rato.

—¿Sigue difícil Morán?

—No mucho. Tiene bastante que hacer con su reumatismo.

—Ah. ¿Cayó a la cama?

—Sí.

Me hacía las preguntas con cautela, cual si temiese llegar a un terreno incómodo para mí. Al terreno de mi intimidad. ¿O temía, quizá, delatar un temor subyacente, traicionarse?

16

Comulgamos en la iglesia de Castuera. Fue una misa apacible, eglógica: casi solos Gracia y yo, con el sol de la mañana entrando, tenue, por los ventanales. Hasta las beatas del pueblo —había tres o cuatro— poseían cierta belleza plástica, de cuadro goyesco, y el latín cobraba un eco especial y solemne. Sereno, un perro echado en el pasillo semejava una imagen de Belén. El sacerdote, alto, delgado, pálido, era una talla de estatuaria gótica.

—*Domine, non sum dignus...*

¿Y si no fuéramos dignos? La duda estalló en mi cerebro como un fustazo. Y fue miedo y fue un hervir extraño en la sangre. Después recordé. Recordé que nos amábamos, y que habíamos tratado de hacerlo mejor —¿mejor?—: de hacerlo de otra manera, de la manera prescrita, y que ahora estábamos esperando que en nosotros operara la mano de Dios.

—*...sed tantum dic verbum...*

Dios. La mano de Dios. La palabra Dios. Habla tanto de Dios la gente, aun hoy día, cuando se cree tan poco en su presencia o su existencia. Dios. Yo no sé: esa vez sentí que recibía a Dios en la hostia, y que era más puro y más fuerte, y que Dios nos apoyaría. Tenía fe. Sí, tenía fe. Ignoro de dónde salía esa fe, ignoro lo que era. Era un sentimiento vago, una especie de brisa muy fresca que soplabla dentro de mí. Era algo que pertenecía a la época de mi felicidad, y que en este momento me resultaba ajeno.

Fe. Dios. No son palabras que entienda ya. Son palabras que se fueron, o son sólo palabras, sones vacíos, letras incoherentemente amontonadas.

A la salida de misa nos besamos de nuevo. Alguien se rió de nosotros. Aun eso fue bello.

Nos despedimos en la puerta de la hostería.

–Mejor no me esperes –dijo Gracia.

–¿Por qué?

–No estaría tranquila... Mi papá despertó muy odioso, y prefiero acompañarlo en la mañana, almorzar tarde con él y mantenerlo despierto lo más posible a la hora de la siesta. Así no deberemos preocuparnos después.

Se hizo un silencio. De pronto, ambos comprendimos que ese silencio significaba algo que ninguno había hablado. No supe cómo lo dije:

–Cuando bajemos del Alto, iremos a la casa de Gutié.

Gracia se ruborizó, apenas.

–Sí –murmuró.

Nos besamos.

–Hasta la tarde.

–A las seis.

–En cuanto pueda. No te impacientes si me atraso.

–No, amor.

–Adiós.

–Hasta la tarde.

La tarde. Tarde, esa vez, era una fórmula de hechizo. Un sésamo, un abracadabra de maravilloso poder. Tarde, la tarde, hasta la tarde.

Eran apenas las cinco cuando ya estaba yo apostado frente a la hostería. Me sentía tranquilo. O no tranquilo: no era nada positivo: era que no temblaba, como había supuesto; que no me oprimía la garganta ese nudo de angustia que previera. Tampoco experimentaba miedo. El general era un mito, un espectro, una imagen lejana; el teniente ni siquiera existía, y el mundo nos abría las puertas más bellas.

No. Mi inquietud –si había alguna– era de dicha. Era un anticiparse a lo que vendría; a los votos que íbamos a formular; a nuestro sacramento, que me parecía perfecto. Ella y yo solos. Un sacramento perfecto, porque era íntimo y era secreto y estaba bendecido por un inmenso amor.

Gracia tardó apenas unos minutos en reunirse.

–Ya ves –comentó–: tuve suerte. Mi papá se quedó medio aleterado de nuevo con sus calmantes, y ahora duerme como un niño.

–¿No sospecha nada?

–No tiene tiempo: el pobre se siente morir.

Comenzamos a andar hacia el camino. Cuando dejábamos atrás las últimas casas de Castuera, le conté mis reflexiones. Le hablé de la intimidad y la maravilla de nuestro sacramento.

–Sí –dijo–. Va a ser un sacramento para los dos. Para nadie más. Es tan bonito. Y creo que Dios nos perdona.

La miré, serio.

–¿Nos perdona? Yo diría que nos comprende. Que está con nosotros.

Sonrió, asintiendo con la cabeza. Y al cabo de un intervalo:

–Gabriel.

–Dí.

–Que no exista nada más, hoy.

–¿Cómo nada más?

–El sacramento, nosotros. Tú y yo. Sin futuro, ¿me entiendes? Sin responsabilidades ni preocupaciones, ni dudas ni temores. Nada. Tú y yo y la capilla.

–Y la mano de Dios.

–Y la mano de Dios –repetió.

Callamos un momento. Habíamos empezado a ascender por el faldeo. –Nada más –insistió Gracia–. Igual que si fuéramos a morirnos esta noche.

Subíamos lentamente por el camino del Alto. Habíamos abandonado ya el que conduce a San Millán. Ibamos cogidos de la mano, sin prisa. El hombro de Gracia ajustaba a maravillas en el hueco debajo de mi brazo, y nuestro paso era acorde, sereno. No hablábamos. Hacía rato que no hablábamos, contemplando –allá arriba, al fondo– el cielo, que asomaba entre un marco de pinos, o el mar –abajo–, que estaba ya a nuestra espalda, ya a la derecha, ya a la izquierda, a medida que seguíamos las bellas curvas del camino.

Yo no recuerdo si cantaban los pájaros o no. Han de haber cantado. No sé. Sólo sé que había una suerte de silencio vasto, universal, en derredor.

Llegamos a la cima casi sin darnos cuenta.

La capilla quedaba al lado del poniente, y constituía en ese momento un espectáculo indecible. El campanario, herido de muerte por los años y los vendavales y el descuido, se alzaba hacia las nubes en lo que semejava un postrer esfuerzo agonizante. De su estructura, derruida en parte, emergían unos muñones de vigas que apuntaban en direcciones absurdas. No había campana. Los sólidos muros de adobe parecían haber iniciado su regreso a la tierra. Se leían aún unos números romanos, borrosos.

Entramos.

La puerta no tenía hoja, y sólo un resto de techo cobijaba el altar. El altar permanecía allí. Era de piedra: tres bloques enormes, colocados en rectángulo con las gradas. Las murallas se hallaban desnudas, salvo la del ábside, que conservaba trazas de un fresco muy desvaído, con una imagen de Nuestra Señora de la Rosa, de estilo vagamente quiteño. Las ventanas, estrechas, daban la impresión de otros tantos ojos ciegos.

Nos miramos. Era todo demasiado imponente como para romper el silencio. Avanzamos. Uno, dos, tres pasos. Oprimí la mano de Gracia, y ella oprimió la mía en respuesta.

Cuatro, cinco pasos; nos detuvimos.

Volvimos a mirarnos. Sobre una de las ventanas, en una herida del estuco, crecía una planta de flores blancas. Fui hasta ella y cogí un ramo, que tendí a Gracia. Lo tomó, solemne. Teníamos la clara intuición de que ocurría algo sobrenatural. Un sacramento. Pero un sacramento vivo, sin rutina, ni automatismo ni hábito.

Más allá, en el suelo, había otras flores. Las corté también, y se las enredé en el cabello. Mi novia. Quise decírselo, mas no me atreví a romper el silencio que reinaba en torno. Sobre los muros, recortando el cielo, se alzaban los pinos gigantes del Alto, y entre ellos pasaba el viento, majestuoso, suave.

Habíamos alcanzado el altar. En el pelo castaño rojizo de Gracia, las flores eran una nota de perfecta pureza.

Las palabras salieron de mi boca sin que las pensara. Solas. Y mi

voz era ahogada, tan tenue, que dudé de que ella pudiese oírme.

—Gracia, yo te tomo por esposa, delante de Dios.

Alzó la vista. Mirándome, dijo:

—Yo te acepto, Gabriel.

—Para siempre, amor. Delante de Dios.

—Para siempre, delante de Dios.

Nos pusimos de rodillas y nos persignamos. Nos costaba resolernos a salir. Mientras lo hacíamos, pareció que cantaban más alto los pájaros de la tarde.

Bajamos por el camino, también de prisa. Nos detuvimos a contemplar las viejas fortificaciones en ruinas con su inútil majestad y su inútil solidez y su inútil aspecto de epopeya. Con su inútil, sobrecogedora soledad. Seguimos. A ratos corríamos, mas corríamos por el simple gusto de correr. No teníamos prisa.

Nos detuvimos de nuevo, en el claro de un bosque. Gracia me dijo:

—Bailemos un vals.

Lancé una carcajada.

—En serio.

—Amor, no.

—Todos los novios lo hacen.

—Es que yo no sé bailar vals.

—No importa: me sigues a mí. Ven.

Me cogió, me obligó a enlazarla, y empezó a tararear mientras me guiaba. Al principio logré seguirla más o menos, pero luego nos enredamos, y estuvimos a punto de caer. Nos echamos a correr otra vez ladera abajo.

Reíamos. Reíamos. El bosque parecía hacer eco a nuestras carcajadas, envolverlas delicadamente en su sombra vegetal y en su secreto.

No, no teníamos prisa. Al contrario: teníamos, quizá, un poco de miedo, y nos demorábamos deliberadamente, sin decirlo.

Fuimos a las dunas.

—Siempre me han dado ganas de caminar por las dunas, de noche —declaró ella.

—Ahora lo haremos.

Había comenzado a oscurecer. Era esa hora en que las distancias y los objetos se presentaban confusos. Gracia se sentó sobre la arena. La imité. Esta vez sí me temblaban las manos. Estaba seguro de que no podría articular palabra.

No hablamos. El tiempo corrió –¿o se detuvo?– en el misterio quieto de los lomajes. Después de un largo rato, ella dijo:

–Mira.

Me volví: la luna emergía por detrás de los cerros. Gracia sonrió:

–Parece una película romántica –murmuró.

Pero era hermosa la luna. Tan hermosa como cuando la descubrió, virgen, el primer poeta.

Teníamos miedo. Yo, por sobre todas las cosas, tenía miedo de hierirla, de ser rudo. En aquellos momentos pensaba que lo perfecto sería poder tener hijos con sólo deseárselos. Pensaba que lo otro iba a manchar en alguna forma este día feérico. Me repetía: “Debo tomar la iniciativa. Debo llevarla hasta la casa de Gutiérrez. Ella no hará nada. No puede hacer nada”.

Pasó un rato. Mucho rato.

–¿Qué hora es? –preguntó Gracia de pronto, suavemente.

Miré mi reloj.

–Las ocho.

–Las ocho ya. Es tarde.

No respondí.

–Amor, tengo que irme.

Y antes de que yo tratara de imaginar cómo le diría lo que deseaba decirle, añadió, contestándome:

–Vendré después. Es necesario que acompañe a comer a mi padre. Vendré después.

Debo de haber tenido una cara muy tonta y perpleja. Gracia me besó, me acarició el pelo.

–Vamos –dijo–. Acompáñame hasta la hostería.

17

Me quedé solo de nuevo, de nuevo esperando. Gracia me había dejado su chal para que me abrigara, mas no sentí frío. Soplaba, despacio, un extraño viento tibio, como de tierra adentro, o de sequía. No era un viento nocturno tampoco, sino diurno. Recordaba al que, a las horas de siesta, baja desde el interior costino con su recuerdo de costrones, de suelo herido por la sed.

El viento, la noche, la espera, contribuyeron a ponerme nervioso. Imaginaba la casa de Gutiérrez y lo que habría de ocurrir en ella, y por primera vez –unido a todas mis demás sensaciones– experimenté el deseo físico de Gracia. Aunque traté de apartarlo, su punzada persistía dentro de mí. No porque fuera nada violento. Era, más bien, medroso: un deseo que temía al mero hecho de existir.

Existía, no obstante, y era limpio, y esto me sorprendió un poco.

Recuerdo que en un instante me asaltó el impulso de huir de la responsabilidad terrible que me estaba echando encima. Después... No sé. Evoqué a Gracia. Repetí su nombre en la soledad oscura, contra el ruido de cristal que hacían las olas al estrellarse en la arena. Luego recé algo, ignoro por qué causa. Sería para agradecer, para pedir ayuda a Dios. O seguridad. Para desahogarme, como quien canta.

Me paseé unos minutos, hasta entrar en calor, y por fin me senté en la playa.

–Gabriel.

Me di vuelta con cierto sobresalto: no la había sentido venir.

–¿Te asusté?

No era eso. Era... Sí: aunque no me sorprendía que viniera, ni que fuera ella quien venía, no pude dejar de percibir el contraste entre su figura serena, normal –tan de cada día, tan sin dramatismo–, y mi deseo, o el problema de nuestra ida a la casa de Gutiérrez. Era como haber pensado algo absurdo, y enfrentarse a la lógica.

—No —repuse.

Me costaba hablar. A ella no.

—Tal vez te aburríste.

—No —volví a contestar.

Gracia vestía un abrigo ligero, con cinturón sobrepuesto. Se acercó, me besó, me cogió de la mano, y comenzamos a andar. Ibamos a la casa de Gutiérrez. Ni ella ni yo lo dijimos, ni ella ni yo habíamos tomado esa dirección, mas íbamos allá. Y era Gracia quien lo hacía, sutil, sutilmente.

Quise hablarle, quise besarla, quise... No: íbamos a la casa de Gutiérrez. Estábamos enteros en ello.

Noté que llevaba aún las flores silvestres que en la tarde colocara en su pelo. Deseé preguntarle si se las había quitado y vuelto a poner, o había comido con ellas delante de su padre, si su padre... Deseé preguntarle si el general dormía cuando ella salió. ¿Había tomado medicamentos, calmantes?

No dije nada. Ibamos a la casa de Gutiérrez.

Encendí la chimenea, y Gracia se sentó junto a mí, con algo de animalito: callada y tibia y viva y quieta. Yo no sabía qué hacer. Traté de buscar, mientras, un tema de conversación. Cualquier trivialidad. Al mismo tiempo, intuía que si hablaba iba a postergarlo, a hacerlo más difícil todo.

Hablé, no obstante:

—¿Cómo quedó tu padre?

Gracia, que contemplaba inmóvil las llamas, se volvió a mí, me miró a los ojos, y dijo sólo:

—Te quiero.

Y ya no hablamos más.

Con el corazón golpeándome desbocado en el pecho, la besé, larga, largamente. Sentí que el deseo tornaba a mí, unido siempre a un extraño temor y a un vértigo extraño, de amor, no sé; de felicidad, de alegría. No sé. Y era el mismo deseo limpio de ella, tan natural y tan sano y tan simple, y el vértigo fue cogiéndome igual que una nueva, arrebataadora magia.

Tendidos en la alfombra, contemplábamos ahora el fuego, que se

había extinguido casi en la chimenea. A ratos se oía el chisporrotear de alguna brasa, deshaciéndose. Quise reavivar las llamas, pero ella me detuvo con la mano.

—Deja —murmuré.

Y luego de una pausa:

—No hace frío.

Eran las primeras palabras que pronunciaba, después. Sin razón, me extrañó que su voz sonara igual, y no me atreví a hablar por miedo de que la mía hubiera cambiado. Gracia habló de nuevo:

—Podrías abrir las persianas. Hay luna afuera.

—Sí —contesté.

Y me levanté y abrí las persianas. Me volví a ella. La luz blanquecina iluminaba su figura y la hacía más bella. Le confería la belleza de una inusitada obra de arte. Una mezcla de danza, inmóvil; de escultura, viva; de pintura, en relieve.

Me recosté a su lado, la besé.

¿Cómo evocar esos momentos?

¿Cómo revivirlos?

Nos dijimos algo. No recuerdo qué, mas era algo que nos parecía maravilloso, virgen: unas frases que nadie había dicho, en un idioma que antes no existía, que era nuestro sólo. Después callamos, y el silencio era también nuevo y mirífico, y nuestro.

Por fin nos venció el sueño, suavemente.

Desperté muy temprano. Gracia dormía aún, a mi lado. Tranquila, callada: como un animalito. Me incorporé sobre un codo para besarla, pero me arrepentí. Era tan hermoso, tan sereno, su sueño.

La miré.

Su cuerpo, además de hermoso, me pareció misteriosamente virginal. Me pareció que la virginidad era algo más profundo que el mero hecho de no haber conocido varón, y que Gracia era todavía virgen, y seguiría siéndolo. Que poseía una virginidad más completa ahora. Una virginidad que se había cumplido, no sé, que se había perfeccionado con nuestra unión.

Virgen era una palabra tan bella. Siempre me había preocupado que al casarse con la mujer a quien uno ama hubiera que arrebatárselo ese don, y perderlo uno mismo. Aquel día me di cuenta de que no era así. De que, en cierto modo, las virginidades de Gracia y mía se habían fusionado, simplemente, y eran una sola virginidad amplia, que nos abarcaba a ambos.

Su cuerpo era puro, no pecaminoso, como siempre creí, en mi retraimiento, que sería un cuerpo desnudo.

—¿Te gusto?

La voz de ella sonó apenas, quieta: una parte del silencio. Diríase que su pregunta había flotado hacia mí, escrita en el aire. No me sobresalté. Mirándola de frente:

—Sí —repliqué.

Gracia sonrió.

—Tengo frío.

La cubrí con un chal, y luego con el abrigo que ella trajera puesto.

—¿No te da vergüenza que te haya visto?

—No.

Pausa.

—No, Gabriel —insistió—. No, amor. No tendría sentido.

—No.

—¿De veras te gusto?

—De veras.

—Me refiero a mi cuerpo.

—Sí.

—Al principio me avergonzó un poco que estuvieras mirándome. Pero después pensé... Me gustó, en cierto modo, ya que lo hacías. Es...

No terminó la frase. Luego:

—Mi papá dice que soy demasiado flacucha.

—Qué sabe él. Tal vez en sus tiempos se usaran las señoras rosadas y regordetas.

Reímos.

—¿Qué pensabas mientras yo dormía?

La besé.

—No, ¿qué pensabas? —insistió.

Se lo conté. Le conté todo. Me era más fácil hablarle, a mí, el cohibido, el corto de genio. Y ella comprendió.

Nunca dejaba de comprender.

De nuevo había que despedirse. La piel de Gracia era de suavidad tan nueva para mí. Una suavidad viva, que me transmitía cierto flujo extraño al tocarla. Abrazados junto a la chimenea, que yo había vuelto a encender, mudos, unidos, uno, nos despedimos.

El sol ya había salido.

—Le diré a mi papá que fui a misa, si ha despertado cuando llegue.

—¿Vamos a vernos esta tarde?

—En la noche. Seamos cautos.

—¿Aquí?

—Aquí.

Me quedé perplejo un segundo, y Gracia sonrió. Mirándome, con un ligero rubor en las mejillas, apartando la vista, me dijo:

—Tenemos que volver.

Yo no entendía por qué teníamos que volver. No me atreví, sin embargo, a preguntarle.

—Tenemos que volver —repetió Gracia.

—Bueno... —articulé.

Y ella:

—Tonto. No sabes... Una vez puede...

La cogí y la besé, con mucha suavidad y con mucha ternura.

—Sí, amor —murmuré.

Ella sonrió.

—Tonto —volvió a decir—, tonto.

18

Esa tarde, cuando me despedí de mi padre, lo noté preocupado. Habría deseado hablarle, mas no era capaz, no hallaba cómo, y me daba cuenta de que a él le ocurría igual. Me tomó un brazo, vaciló, y por fin, respondiéndome, murmuró:

—Hasta luego.

Había dado unos pasos cuando oí que me gritaba:

—Cuídate.

—Sí —repliqué—. No te preocupes.

Nos miramos. Vi que aún vacilaba.

—Adiós —repetí.

—Adiós.

Comencé a andar. Noté que él se quedaba frente a la puerta de la casa, y me volví.

—¿Qué hay? —preguntó.

Y yo, a mi vez:

—¿Qué hay?

Sonrió. Su cara, sus ojos sobre todo, vibraban con esa inteligencia suya, callada pero terriblemente aguda. Una inteligencia latente, quieta con la inmovilidad de un felino, y presta y ágil como el felino.

—¿Te importa si te acompaño un trecho? —propuso.

—Claro que no. Vamos.

Marchamos callados, un rato. Esperando. De pronto, irresistiblemente, fui yo quien rompió el silencio:

—Tú sabes que el general no quiere nada conmigo.

—Sí.

—Pretende obligar a Gracia a que se case con el teniente. Como en los tiempos de nuestros abuelos.

Mi padre asintió con la cabeza, grave. Mantenía la vista fija hacia adelante, y yo también, aunque de cuando en cuando lo observaba con el rabillo del ojo.

—Para nosotros era una situación terrible.

—¿Era? —saltó el felino.

—Sí... En parte era.

Ahora el silencio fue más tenso.

—¿La han resuelto, entonces?

—En parte.

—¿Qué parte?

Estábamos ya fuera del pueblo. Me detuve y lo enfrenté. Las manos me temblaban, y creo que la voz también me temblaba un poco.

—Papá, vamos a tener un hijo —lancé, de sopetón.

Pausa.

—¿No te sorprende?

Se demoró en contestar.

—No —articuló al fin—. Me lo imaginaba.

—Te habló el padre Rafael —intuí.

—Sí. Él temía, incluso, que ustedes intentaran algo peor.

—Lo creía más ingenuo. ¡Es el colmo que se...!

—No —me interrumpió—, no es el colmo. Él lo ha hecho con la mejor intención. Trataba de salvarles la vida, o... Si te sales de ti mismo, comprenderás que desde fuera, objetivamente, para los extraños, ustedes están cometiendo una locura. Y, además, un pecado.

—¿Y tú...?

—Hijo, yo no soy un extraño.

Sentí que las lágrimas me acudían a los ojos, aunque no asomaron.

—Gracias —musité.

—No sé, no sé —dijo él—. No creas que no estuve tentado de impedir que lo hicieran. Por miedo, si quieres. Por cobardía. Por lo que quieras. Después...

—¿Después?

—Bueno, quizá fue otra forma de cobardía lo que me contuvo. No era fácil oponerse. Me repetí que eras un muchacho juicioso, que siempre he tratado de respetar tu libertad... Eran consejos del miedo, claro. Ojalá no me equivoque.

Habíamos reanudado la marcha.

—No es locura, papá. Si tú...

Rió.

—No temas —dijo—. Yo no entiendo mucho de locuras, ni de cordura. Y aunque fuese locura, no podría... Tú sabes que eres libre. Y yo tengo la mente confusa... Esto es de otro terreno, de otro orden de cosas... No me atrevo a tomar la responsabilidad de ser prosaico, práctico, cruel, torpe...

—Y no es pecado —intervine entusiasta—: fuimos hasta la capilla del Alto, y ahí la tomé por esposa, delante de Dios. ¿No es eso permitido, en ciertos casos?

—Cuando no hay sacerdote...

—Pero aquí no hay sacerdote —argüí, y antes de que él replicara: El sacerdote se niega, se borra. En el fondo, no existe. Y fue tan maravilloso todo. Fue..., yo no sé..., como si Dios nos bendijera.

—Pídele que te ayude. Sólo Dios puede ayudarles ahora. Lo miré.

—¿Y tú?

—Yo... Cuenten conmigo, desde luego. Pero no serviré de gran cosa. Es necesario que también lo sepas. Debes tener todos los antecedentes a la vista.

—Sí.

—Y debes pensar en el futuro, Gabriel. ¿Has pensado?

—Algo. Trabajaré, por supuesto.

—¿Sabes en qué?

—No. No me importa. Al principio bastará con que alcancemos a mantenernos, aunque sea con pobreza. Después, ya veré. No me gustaría que lo tomaras como una promesa, pero creo que más adelante encontraré forma de estudiar mientras trabajo, y me iré abriendo camino.

—¿Estudiar?

—Sí. Leyes, tal vez, o pedagogía. Algo que me deje tiempo libre. Habrá que verlo.

—No te hagas ilusiones.

—No, papá. La única ilusión que me hago es la de casarme con Gracia. Lo demás es secundario. No es sin importancia, ¿me entiendes?, sino que simplemente viene después.

Nos encontrábamos en ese instante al comienzo de la cuesta que

lleva a Castuera. Nos detuvimos. Parecía que lo hubiésemos hablado todo, y parecía, a la vez, que nos restaba tanto por hablar.

—¿Vas a terminar el sexto año? —inquirió mi padre.

—¿No me lo exiges?

—No. también en eso eres libre.

—Trataré. No sé. Te insisto en que no quisiera prometerte. Estoy un poco desorientado.

—Claro.

—En cualquier caso, eso es lo más fácil: hay liceos nocturnos.

Silencio. Había empezado a oscurecer. Papá hizo un movimiento indeciso, cual si fuera a besarme, lo interrumpió, me puso una mano en un hombro, y musitó:

—Anda, anda. Gracia debe de estar esperándote. No te demores más.

—Adiós.

Di media vuelta, comencé a subir. Al llegar a la primera curva del camino miré hacia abajo. Allí permanecía él, en el mismo punto en que nos despediéramos, observándome. Nos hicimos una seña con la mano, y él partió hacia San Millán. No sé si por efecto de la distancia o del gris de la tarde, mas lo vi tan hundido, tan viejo —nunca, hasta ahora, había pensado que tuviera ninguna edad—, que la garganta se me apretó en un nudo estrecho.

Me volví hacia el lado de Castuera, recordé a Gracia, y apresuré la marcha, casi alegre. Casi sin transición alegre.

19

Mañana –anunció Gracia– viene Max.

–¿Por qué viene?

–Tú sabes.

–No. No entiendo. ¿No puedes decirle...?

Puso su mano sobre la mía para que no continuara, pero insistí:

–¿No puedes decirle a tu padre que no quieres verlo?

–Amor, eso sería absurdo.

–¿Cómo va...?

–Es decir: sería inútil.

–Dile, entonces...

–No, todavía no. No estamos seguros.

–Aunque no estemos.

–Gabriel, amor, no te impacientes. Es necesario esperar. Esperar, incluso, a que él mismo lo note. Si no –vaciló... podría ocurrírsele...

–¿Qué, un aborto?

Asintió.

–¿Lo crees capaz?

–No por maldad, Gabriel. Entiéndelo un poco. El mira las cosas desde otro punto de vista.

Yo no quería entender. Estaba irritado. Una suerte de ceguera se había apoderado de mí. Veía, en la penumbra del cuarto, los rasgos suaves de Gracia, iluminados apenas por las llamas del fuego que ardía en la chimenea. Ella, agotadas sus razones, me besó. Sus dedos empezaron a deslizarse fina, finamente, por entre mi pelo. Tornó a besarme. Poco a poco fui ablandándome, comprendiendo –o no, necesitando comprender–, y la magia volvió a descender sobre nosotros.

Le dije que había contado lo nuestro a mi padre.

–¿Y qué opina?

–Está con nosotros, desde luego. Pero tiene miedo. Es más...

–Gabriel, yo también tengo miedo.

–Amor, no, amor. No tengas miedo. Por favor, no tengas miedo.

–¿Tú no tienes?

–No –mentí–. Nada.

Permanecimos un rato en silencio. Son tan bellos, tan irremplazables los silencios, cuando constituyen un puente, y no un abismo o una zanja. El fuego de la chimenea había languidecido un tanto, y un vago, difuso destello amarillento danzaba sobre las piedras del muro y sobre el cuerpo de Gracia.

–Esto es perfecto –murmuré.

–Sí.

–Que sea posible tanta intimidad... Que cada cosa pequeña o trivial pueda tener ese... no sé... Que haya esta comunión entre nosotros. Que la palabra nosotros sea absurda, casi, porque el plural es absurdo. Habría que inventar un nosotros especial para nosotros. Un nosotros en singular...

Gracia sonrió.

–Hablas mucho –dijo–. ¿No te gustaría quedarnos callados, pensando o sintiendo, no más, todo eso?

–Sí.

Pausa. En verdad era hermoso el silencio. Sin embargo, algo de disconformidad se agitaba dentro de mí.

–Hemos tenido tan poco tiempo.

–Es cierto –repetió Gracia–: hemos tenido muy poco tiempo.

Pero no volvimos a hablar, y nos dormimos así, abrazados, uno.

Nos despertó la lluvia, a medianoche. Llovía a cántaros. Gracia se inquietó.

–¿Cómo voy a llegar a la hostería?

–Debe de haber algún paraguas por aquí. yo te acompaño, y después lo traigo.

Eso la calmó. Todo parecía tan fácil. Todos los problemas parecían hechos para resolverse. Nos levantamos, nos cubrimos cada uno con un chal, y reanimamos el fuego. Después nos acercamos al ventanal para mirar hacia fuera, a la lluvia. Durante largo rato permanecimos mudos, apoyados uno en el otro, pensando.

—Un niño —murmuró Gracia.

Al principio no entendí, pero la ternura de su voz me dio la clave. Un niño. Sí: yo no me había detenido en eso: el niño sería una realidad en sí, no un simple medio. Un niño de carne y hueso, hijo nuestro.

—¿Cómo irá a ser?

Llovía a cántaros afuera.

—¿Qué prefieres tú que sea?

Vacilé.

—Hombre —articulé al fin—... o mujer, y que se parezca a ti.

—Será mujer —sentenció ella—. Después podremos tener hombrecitos. Serán divertidos: seriotos y trascendentales, como el papá —rió—. ¿Cómo eras tú, de niño?

—Serio.

—Así serán los nuestros.

Todo parecía fácil. Afuera llovía.

Afuera llovía a cántaros, en la noche.

Acá adentro, el fuego de la chimenea dibujaba con amor el perfil de Gracia, recortándolo en la penumbra.

—Viviremos en Santiago.

—Pero en casa, no en departamento.

—Sí. Aunque sea chica, y aunque sea vieja, que sea casa, y con patio.

—Ojalá con un árbol, o dos.

—Y con un jardín. Plantaremos zinnias, por ejemplo, para que dé siempre la sensación de que hay sol.

—¿Cuáles son las zinnias?

—Son...

Todo parecía fácil. Afuera llovía, en la noche.

Aquella noche tuve una impresión extraña. Desperté, no sé a qué hora, y me sentí tan despejado, tan repentina y claramente despierto, que alcancé a creer que habría amanecido. No era así, sin embargo: seguía

oscuro en torno, salvo un par de brasas que agonizaban en la chimenea, y que se me antojaron los ojos de un gato negro, agazapado.

Continuaba lloviendo. Era, ahora, una lluvia cansada, persistente, estable. Ignoro cuánto duró, porque pasé un largo rato pensando, analizando, sin fijarme en la lluvia. Mi alma oscilaba entre la dicha de tener a Gracia a mi lado, de amarla, de que me amara, y un desbocado temor de lo que vendría.

De pronto volví de mi abstracción, como si el silencio de en torno me hubiera sobresaltado. No llovía más. El gato negro había desaparecido de la chimenea, o dormía. Por la ventana, amplia, se veía un gran cielo nuboso, y en un boquete, la luna, con algunas estrellas alrededor. Pero no alrededor: detrás. Muy atrás. Era curiosa la nitidez con que se percibía la distancia entre nosotros y la luna, entre ésta y las estrellas.

Me sentí tan solo, tan pequeño, tan desvalido, tan débil —tan desesperadamente débil—, con esta novia mía, una pobre muchacha que ahora me inspiraba infinita lástima, lanzados a la ventura. Al vacío. Tuve la clara noción de asomarme a un abismo. Sí, como aquellos sueños en los que miraba al interior de un pozo sin fondo, y luego me veía descender, descender, con plena, trágica conciencia de las tinieblas que me rodeaban, y en forma cada vez más vertiginosa. Más, más vertiginosa, hasta que el sueño se vuelve insoportable, y uno despierta con el corazón jadeante.

Tuve miedo. Habría dado cualquier cosa por estar cerca de mi padre en ese momento.

Mi padre. Después de unos minutos, cerré los ojos a la nada obesionante de la noche, y me lo imaginé.

Recuerdo que lo vi con tanta claridad cual si lo tuviera delante: su figura enteca, algo encorvada; su cabello ya canoso; su rostro casi macilento, con los ojos tan animados —animados, en él, eran llenos de ánima, de alma, no de ánimo—, tan vivaces y tan hondos y penetrantes. Y su cabeza grande, hermosa. El cuerpo no importaba: era un pedestal, como esos pedestales absurdos que sostienen las cabezas de los filósofos o de los músicos en las estatuillas de escritorio.

Lo recordé caminando en la mañana –alguna antigua mañana luminosa de domingo–, conmigo, con su hijo, con su amigo; su único amigo. Paseando junto al río, su pelo noble agitado por la brisa, flameando con no sé qué de épico. Con cierta solemnidad socrática, tal vez. Solemne, sereno, un sol quieto en el rostro y una helénica paz en el andar, en el hablar, en el pensar.

Siguiendo su imagen; yendo, un poco, con él por la orilla del río, me dormí de nuevo. Fue él, en verdad, quien me trajo la calma. Igual que en la niñez.

20

Ese sábado despertamos más temprano, y decidimos ir juntos a misa.

–Nuestra primera misa de casados –comentó Gracia.

Había salido el sol, y la iglesia estaba acogedora, limpia, grata. Al salir, ambos nos sentíamos alegres. Encontré absurdas mis angustias de la noche anterior.

–Si nuestro hijo es hombre, le pondremos Víctor –afirmé.

–¿Víctor?

Había cierta protesta en la interrogación de ella.

–Sí, y si es mujer, Victoria.

–Victoria es bonito, pero Víctor... ¿Por qué se te ocurrió Víctor?

–Para que venza. Para que ya desde el nombre sea un vencedor. Para que no tema, porque de mucho temer parece que uno atrajera la derrota.

–¿Y tú? ¿Tú temes?

–No –mentí de nuevo.

–Y te llamas Gabriel. ¿Y te sientes derrotado?

–No –mentí por tercera vez–. Al contrario.

–¿Ves? No es cuestión de nombres.

En la tarde llegó Max. Vimos venir el taxi que lo traía por el camino enlodado, serpenteando cerro abajo.

–Se acabó, amor.

–¿Y esta noche?

–No me atrevo...

–Ven.

–Es que Max...

–Ven, Gracia.

Pensó un instante.

–Sí. No sé a qué hora, pero iré. Espérame en la casa.

- No, aquí.
- Va a hacerte mal.
- No.
- Sé juicioso, Gabriel.
- No.
- No vengo, entonces.
- Sí, si vienes.
- Testarudo.
- Te quiero.
- Adiós.
- Te quiero.
- Y yo a ti. Adiós.
- Adiós.

Regresé en el mismo taxi a San Millán. Mi padre estaba inquieto.

-Tuve que aferrarme mucho a tu sensatez para tranquilizarme un poco -dijo-. Pero con esa lluvia, no podía dejar de imaginarte hecho una sopa en medio de la noche.

Sí, pensé, y no habría pegado los ojos, pensando.

-Siento que te preocuparas. En realidad, dormí bajo techo, y hasta con chimenea encendida.

Le conté, entonces, cómo había discurrido el recurso de usar la casa de Gutiérrez. Mientras lo hacía, me di cuenta de que ésta era una enorme confianza, y me regocijé el haber podido entregársela con tanta naturalidad. Me alegró, también, que no mostrara indicios de que le chocaba la intrusión.

¿Sería, de nuevo, porque confiaba en mi sensatez, o sería porque no deseaba añadir su reproche a mis problemas?

Cenamos temprano, y él me acompañó hasta las afueras del pueblo. Había una luna amarilla, grande, que fue siguiéndome desde atrás, por entre los pinos.

Gracia apareció muy tarde. La tertulia, con Max, había sido larga, en el cuarto del general. Max se había portado amable, con un aire entre paternal y perdonador que sacaba de sus casillas a Gracia. Llegó a tratarla de Gracita. Esto me hizo reír. Pero ella estaba molesta.

-Volví a decirle que me dejara tranquila. Que no existía ninguna razón para que viniera.

-¿Y qué te contestó?

-Ya te he dicho que llegó comprensivo. Contestó lo mismo que el otro domingo: que ya pasaría; que después, de viejos nos reiríamos juntos de todo, él y yo.

-¿No te...?

-Sí. Estábamos sentados en el comedor cuando hablamos de eso. Me levanté y lo dejé. Quise irme a mi pieza, pero mi papá me oyó subir y me llamó desde la suya. A los diez minutos llegaba Max con eso de Gracita.

El general, cosa rara, se hallaba de buena. Al parecer, su dolencia iba cediendo, y su falta de sutileza hacía que se conformara con la aparición física del teniente y con el exterior aplomo de que éste hacía gala. No se mencionó el matrimonio, ni nada que se relacionara con el asunto. Max, por desgracia, tenía unas largas historias de cuartel que contar, y las fue narrando en detalle, con gran interés de parte del general.

-Vieras. Les dio para un cuarto de hora el que Max sorprendiera a un pobre conscripto de guardia sin cartucheras. Yo los oía y me parecía estar en una pesadilla, presenciando una escena absurda y desesperante. Como en las pesadillas, cuando uno quiere correr y no puede, yo quería salir, discutir... cualquier cosa. Teníamos tanto de importante entre... Y no: ellos seguían con sus menudencias. "Sin cartuchera, civil; sin cartuchera, el paisanote. Bombero. Burrero". Max repetía todos esos terminachos de clisé que se usan en el ejército, y que cada uno emplea como si los hubiera inventado. Y como si valiera la pena inventarlos. Y mi papá se los celebraba como si él mismo no los hubiera oído miles de veces y dicho otros miles...

Habíamos llegado a la casa de Gutiérrez. "La casa", según la llamábamos ahora. Que era, un poco, igual que decir: "nuestra casa". O nuestro hogar.

Le puse un dedo en los labios. Me miró.

-No sigas, amor. Aquí no entran ni tu padre ni el teniente.

-No -sonrió-. Nadie.

-Ni Gutiérrez. Tú y yo.

21

—Y Victoria.

Debe de haberse sonrojado al decirlo, pero en la oscuridad, la luna sólo dejaba ver la blancura suave, humilde, de su sonrisa.

Humilde, sí: en todo esto había una gran humildad de Gracia. Una entrega humilde, una femineidad humilde, que me aceptaba —renovando la aceptación de la capilla del Alto— con la modestia de una doncella medioeval frente a su marido, su hombre, su señor.

El teniente estaba en la puerta de la hostería cuando regresamos de misa. Al principio se mostró turbado, luego furioso —con una furia helada, tensa—, y en seguida recordó que era comprensivo.

—Buenos días, Gracia —saludó.

—Buenos días —respondió ella.

Y volviéndose a mí:

—Entra —me dijo.

Hubo una pausa mientras Max y yo entendíamos.

—Gracia —intervino él.

Su voz, ahora, era seca, teñida de dureza. Ella lo miró con aire de interrogación.

—Tu padre va a bajar de un momento a otro.

Gracia siguió mirándolo, como si esperase algo, como si no entendiera la amenaza un poco infantil —de niño despechado— que insinuaba la frase. Max se puso rojo, aunque no habló. Pasó medio minuto infinito, al cabo del cual ella me cogió del brazo y me condujo, resuelta, al comedor.

—Tomaremos desayuno juntos —anunció.

—¿Y tu padre?

—Esperemos —declaró, con una sonrisa— que no llegue mientras. Pero yo no puedo seguir siendo prudente, amor. Me desespera esa actitud posesiva de Max. Es más de lo que me dan los nervios.

Nos sentamos. Tenía miedo. Con un esfuerzo extraordinario logré mantener la vista apartada de la escalera. Comí sin apetito, no sé qué. Unos buñuelos, creo. Y café. Tal vez pan con mantequilla, pues Gracia me preparó unas tostadas.

El general no bajó.

Mientras salíamos, Max se cruzó con nosotros. Entró en la hostería a paso de carga, con la evidente intención de denunciarnos al padre de

Gracia, y con la furia redoblada por el chasco de que éste no hubiera aparecido para sorprendernos.

Gracia había abandonado toda cautela, en verdad. Era yo, ahora, quien trataba de portarme sensato, luchando entre el deseo de estar con ella y el temor de que sucediera algo que después lamentaríamos. Mis cautas razones se estrellaban con una resistencia invencible, y, por momentos, me daba la impresión de que Gracia se había dejado arrebatar por una suerte de torbellino de inconsciencia. O de fatalismo.

Pero era más que eso. Más que dejarse arrebatar, se negaba a pensar o a medir consecuencias. La suya era una posición activa, no pasiva, y parecía obedecer a cierta fría determinación. Fatalista, sí, y eso era lo que me atemorizaba.

Fuimos a la casa de Gutiérrez.

Gracia insistió en que dejáramos abiertas las persianas, y el sol inundó el cuarto, tibio y dorado, jugando sobre la piel mate de ella, sobre su pelo rojizo; penetrando por instantes en sus ojos pardos, casi negros, que adquirirían la misteriosa transparencia del agua de pozo.

Gracia reía. Reía mucho. Me besaba de una manera nueva, con exuberancia más de juventud que de amor. Cual si la vitalidad la rebasara. De pronto interrumpía, no obstante, su bullir jubiloso y se detenía a acariciarme, ahora sólo con ternura. Con una lenta, deliberada, profunda ternura.

Llegó la una, luego la una y media, y ella no quería irse a almorzar. Casi a las dos partió.

—Así estaré lo menos posible con Max —decía.

—Sí, pero tu padre se pondrá furioso.

—Sí.

Este sí era el mero reconocimiento de un hecho, de una realidad a la que no asignaba mayor trascendencia.

Cuando resolvió marcharse, me dio un beso muy largo, en el que vibraba no ya la juventud, ni esa exuberancia alocada, ni la simple ternura, sino el amor. Hondo. Íntegro. Puso después los labios junto a mi oreja y murmuró:

—Algo me dice que tu hijo viene en camino.

Me conmovió que le llamase “mi hijo”.

—¿Estás segura?

—Claro que no, tonto. Es un presentimiento.

—Alguna base has de tener.

—Base, no... Siento como un soplo, o como la sombra de un soplo, que me recorre por dentro..., no podría explicarte... Dicho, suena ridículo.

—No suena ridículo.

Pausa.

—Ojalá —dije.

—Ojalá. Y adiós, que es tarde.

—Cuidate, amor.

—Sí. Adiós.

Eran cerca de las doce de la noche cuando Gracia vino, al fin, a reunirse.

—Gabriel, por Dios, he sido tan torpe.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Nada, no sé. ¿Estabas inquieto?

—No importa. Por favor, cuéntame qué...

Había sido una escena terrible, durante el almuerzo. O, mejor dicho, a la hora de almuerzo, porque ninguno de los tres almorzó, en realidad.

El general esperaba a Gracia en la puerta de la hostería.

—Suba inmediatamente a su pieza —le ordenó.

Se le reunió allí muy pronto, en compañía de Max, al que obligó a estar presente. Max se veía incómodo, avergonzado de su papel.

—¿Quieres decirme qué significa todo esto? —inquirió el general.

—Significa, papá, que no voy a casarme con Max. Que no puedo casarme con él.

—¿Ah, no? ¿Ah, no?

Pareció que iba a golpearla, mas la voz del teniente lo contuvo:

—Mi general...

Por una vez, Gracia trató de conciliar:

—Papá, no pienses que estoy desafiándote. Es que no podría. No puedo. Date cuenta de que es mi vida entera, y...

—Pero ¿qué te has imaginado? ¿Quién eres tú para echar pie atrás? ¿Una suelta cualquiera? ¿Tu vida? ¿Y tu palabra? ¿Qué dices de la palabra que...? ¿Tu vida? ¿Y quién te crió? ¿Y quién te viste y te alimenta? ¿Te has ganado tú tu vida, para darla vuelta como una veleta, al capricho? ¿Sabes, siquiera, lo que te conviene? ¿Y tu palabra? ¿No tienes decencia...?

La ira lo ahogaba. Gracia, en cambio, era dueña de una extraña mezcla de frialdad y ofuscamiento.

—No me imagino nada, papá. Sé que la ley ni la Iglesia te permitirán casarme a la fuerza, de modo...

—¿Qué ley ni qué nada! ¿A tu padre le vienes a tirar la ley por la cara? Yo te voy a demostrar quién soy. ¡Leyes!

Gracia insistió aún. A pesar de la actitud discreta del teniente —o quizá un poco por eso mismo, porque se portaba gentil—, su presencia la irritaba, y le impedía pensar, siquiera remotamente, lo que sería aconsejable.

—Tú puedes empujarme hasta el lado adentro del Registro Civil, o hasta el pie del altar —dijo—, pero una vez ahí, seré yo quien conteste. Y a Max le contestaré siempre que no.

—Gracia, te...

—Por favor, Max.

—Si es ese joven Romero...

Aquí estalló el general:

—A ese pinganilla lo arreglo yo. Te juro que si lo veo contigo, lo mato.

El teniente sonrió:

—No exagere, mi general. Yo ya le sacudí la ropa una vez, y...

Gracia se hallaba casi fuera de sí, aunque al mismo tiempo seguía dominiéndola una helada serenidad, más exterior, más aparente que real.

—Están como dos malos de opereta, derrochando baladronadas.

Si algo le pasa a Gabriel...

—Usted se calla.

—Papá, no soy una niña.

—Se calla. Y se queda aquí. Y me atiende a Carrasco.

—Si Max tiene una gota de dignidad, no me buscará de nuevo.

El general no podía hablar. Rojo, desencajado, se aproximó a Gracia.

—Déjela, mi general. Déjela que medite, que se tranquilice.

—Estoy tranquila, y he meditado muy bien.

—¡Gracia! —rugió el padre.

—Vamos, mi general. Bajemos un rato a la terraza —intervino Max.

El general vaciló. Luego:

—Sí, por favor.

Tartamudeó algo más, hizo ademán de salir, se detuvo, vaciló. Por fin, con la voz trémula, ordenó a Gracia que hiciera las maletas.

—Nos vamos mañana mismo a Santiago. Usted, Carrasco, que parte antes, resérvenos los pasajes, por favor.

Gracia terminó de contarme esto sollozando. Nos acercábamos ya a la casa de Gutiérrez.

—Fue culpa mía, Gabriel. Pero no podía dominarme.

—Claro, amor.

Tenía un nudo en la garganta. Las lágrimas de ella, y este repentino término de la breve felicidad de que habíamos disfrutado me abrumaban. Dominándome, la enlacé por la cintura y traté de reconfortarla.

—Yo también me iré a Santiago. Mañana temprano arreglaré las cosas.

—Es que allá será imposible vernos.

—¿Por qué?

—Mi casa es un castillo. Y es seguro que van a vigilarme cada segundo.

Entramos. Nos sentamos, como siempre, aunque ahora por última vez —y pensando, sintiendo hasta en la carne que era la última vez—, en la alfombra frente a la chimenea.

—Ya encontraremos un medio. No te desanimes. Por lo demás, será cuestión de un tiempo.

Esto la iluminó.

—Sí —dijo—. Sí, Gabriel. Lo siento dentro. Podría jurar, casi, que es eso.

—¿Mi hijo?

Sonrió.

—Tu hijo.

Aquella noche fue de inquietud y de angustia. Apenas dormimos, sobresaltados por nuestras inquietudes. Nos preocupaba, además, la necesidad de que Gracia llegara a tiempo a la hostería. El tren partía a las ocho y cuarto de San Millán, mas eso significaba que —a pesar de su reumatismo— el general se levantaría a las seis o seis y media, y no antes.

A las cuatro, Gracia insistió en partir.

—¿Has pensado en cómo nos veremos en Santiago?

—Mira: los domingos voy a misa de nueve, en San Francisco. Búscame ahí. Al lado derecho, adelante. Mi padre no va, pero supongo que no me impedirá ir.

—Faltan seis días —protesté.

—En el mejor de los casos —ahora ella se mostraba razonable—. No seamos impacientes, Gabriel. Ayúdame a ser cautelosa. Ya ves lo que pasa, si no. Lo que necesitamos ahora es disimular todo lo posible, y tener paciencia.

Me incliné:

—Sí —convine—. Tengamos paciencia. Es un período de prueba.

—Y después, la vida entera.

—La vida entera.

Arreglamos la casa. La casa. La dejamos tal cual la encontraríamos. Gutíe nunca adivinaría nada. Cerramos las persianas, bajamos, nos fuimos.

No hablamos una palabra en el trayecto. Al llegar a la hostería, nos besamos largamente, una y otra vez, con dolor, con desesperación, hasta que Gracia, de pronto, se desprendió de mí y echó a correr. Como espantada. Como si huyera de mí. Como si me odiara.

22

Parado sobre el puente carretero miré pasar el tren en que iba Gracia. No la vi. Las ventanillas desfilaban con una precipitación confusa, a demasiado corta distancia para permitirme percibir algo más que un torbellino de fulgores y sombras que se alternaban vertiginosamente.

Emprendí el retorno paso a paso. Luego me arrepentí, di media vuelta y comencé a adentrarme por la alameda que conduce a las viñas. En el cruce, al llegar de nuevo al puente, oí que me llamaban: era el padre Rafael.

—Hola, muchacho.

No sé por qué, su saludo lozano de siempre me pareció distinto de siempre. Menos hondo. Menos franco.

—Buenos días —repliqué.

Detuvo su vieja, destartalada bicicleta, y se me acercó.

—¿Cómo te ha ido?

—Bien, gracias.

—No te pregunto en ese sentido.

—Estoy bien, padre.

Curiosamente, el “padre”, aquí, nos separaba. Ponía una barrera fría entre ambos.

—Me guardas rencor.

—No.

En verdad, no se lo guardaba. Era algo más complejo. Don Rafael había desaparecido, en parte, para mí. No era ya el sacerdote amigo, sino un sacerdote conocido.

Anduvimos un rato en silencio —él siguiéndome—, hasta llegar al extremo opuesto del puente. Allí, don Rafael apoyó su bicicleta en la baranda y me detuvo.

—Espérate. Conversemos un momento. Ni tú ni yo tenemos apuro.

No respondí.

—¿Qué has pensado de lo que me consultaste el otro día?

–Nada.

–Gabriel.

–Usted fue muy claro, padre. No había más que pensar.

Me portaba hosco sin premeditación. Era que no me salía, que no sabía de qué modo hablar a este nuevo personaje. A este desconocido que oyera tantas confidencias mías. Cuando las personas se vuelven distantes, es igual que si estuvieran físicamente lejos, y lo que uno les habla no es más de lo que podría decirles a gritos de un lado al otro de un río. El murmullo de la confidencia desaparece.

–Gabriel, tú me guardas rencor, y no sabes que tienes más motivos de los que crees. Y, al mismo tiempo, ni lo uno ni lo otro es motivo. Le conté a tu padre nuestra conversación.

–Ya sabía.

–Bueno, eso es un alivio.

–¿Alivio?

–Sí: me gustan las cartas sobre la mesa..., aunque la expresión no resulte muy evangélica.

Pausa.

–¿Por qué crees que lo hice? –rompí al fin.

–No sé.

–¿Ni te interesa?

–Sí... –repliqué, sin ganas.

–No te interesa. Sin embargo, yo estoy obligado a decírtelo.

Desde luego, tenía terror de que ustedes cometieran algún disparate irreparable...

Me encogí de hombros.

–Ya estará tranquilo.

El no contestó. Parecía meditar su próxima jugada, como un ajedrecista.

–¿Por qué crees que los sacerdotes nos preocupamos del bien, de que la gente obre bien? ¿Por qué nos pagan o nos mantienen para eso? ¿Por guardar las apariencias? ¿Por hábito? De hábito hay quizá una buena parte, aunque reconocerás que es un hábito noble. Sin embargo, no es eso. Es cómo empezó el hábito. El médico se habitúa a curar, pero el hecho es que cura. Es su oficio, y eso es lo importante.

Nuestro oficio es el bien. Este pensamiento es lo único, casi, que lo consuela a uno cuando la rutina empieza a penetrar. Cuando la misa pierde un poco lo sobrenatural, y la confesión se torna monótona, y uno empieza a ver las caras de las beatas a las que da la comunión... En fin, tú me entiendes. En ese naufragio de la poesía del sacerdocio subsiste siempre una verdad: es posible dar consejos, guiar, iluminar. A veces parecemos intrusos. A veces somos intrusos. Si uno ve a un hombre hundiéndose en un pantano, ¿no debe, acaso, ser lo bastante intruso para cogerlo de un brazo y sacarlo? ¿Aunque el otro no lo pida? ¿Incluso aunque no lo desee?

Emudeció de pronto, y permanecimos así largo rato.

–Gracia y yo vamos a tener un hijo –rompí al fin, sordamente.

–Lo sabía.

–¿Lo sabía?

–No. Me lo imaginaba.

Otra pausa.

–Don Rafael.

–Di.

–¿Usted podría casarnos?

No contestó. Después:

–¿Por qué lo hiciste, Gabriel?

–No veíamos ninguna alternativa. Usted se negó...

–No podía dejar de negarme.

–¿Y ahora?

Pausa.

–No fue así no más, don Rafael. Subimos a la capilla del Alto, y ahí nos ofrecimos mutuamente, delante de Dios. ¿Aca...?

–Yo podría casarlos –interrumpió–, pero eso que han hecho...

–¿Qué? ¿El hijo?

–El hijo es un pecado. Lo otro es un sacrilegio.

–No, don Rafael. Lo hicimos con tanto... respeto. Con unción.

Movió la cabeza. Parecía confundido.

–¿Tú creías realmente que te estabas casando, en forma válida?

–Sí.

–¿Y por qué me pides ahora que los case?

–Le pido que ratifique nuestro matrimonio. ¿No lo hacen así los náufragos?

–¡Los náufragos! –repitió. Luego–: Gabriel, muchacho, ¿estás loco?

–No, padre. No.

–Pero ¿no entiendes? ¿No ves...?

Se detuvo. En seguida cambió de ángulo:

–¿Quieres que te reciba esto en confesión?

–Confesarme sería tal vez un sacrilegio. Yo no me siento en pecado. ¿De qué podría confesarme? Y, además, si llegara a creer que era pecado (un pecado objetivo, concreto, no sé), jamás conseguiría arrepentirme de haberlo hecho. Y una confesión sin arrepentimiento no vale de nada, ¿no?

–Escucha, Gabriel: puede que no te arrepientas nunca de haberlo hecho. Es decir, de haberla querido, de esa falsa boda, del hijo que has engendrado en ella. Pero debes entender que has quebrantado la voluntad de Dios, y comprendiéndolo, de eso, de quebrantar la voluntad de Dios, debes arrepentirte.

–Es que si Dios...

–No lo digas. Te prohíbo que lo digas.

–No he buscado yo esta conversación, padre.

Movió la cabeza, como negando. Como abrumado.

–No lo digas –repitió, y ahora su tono era humilde.

–¿Qué diferencia hay entre pensarlo y decirlo? Y lo pienso de veras: si Dios no acepta esto..., esto tan puro, tan genuino..., entonces, Dios... ¿Usted entiende a un Dios infinito en quien no quepa concebir una desviación de la letra, no del espíritu de sus mandamientos?

–Sí, lo entiendo –afirmó, con un vigor nuevo–. Entiendo a un Dios que nos da su Ley y que va a pedirnos cuentas. Entiendo a un Dios que nos ha puesto en el mundo para hacer nuestro caprichoso arbitrio, para satisfacer nuestros apetitos, para dar vueltas sinuosas y oscuras. entiendo a un Dios, que es el Camino, que es la Verdad. Pero no entiendo que podamos, como tú pretendes, salirnos del camino y pedir luego a ese camino que pase por donde están nuestros pies.

Me cogió de un brazo, y siguió, vehemente:

–No podemos forjar una mentira y pedir a Dios que la reconozca por verdad. Eso no existe, eso es vano, Gabriel. Es retórico. Y no hay derecho a dar origen a un ser, a una persona, tu hijo, para obtener un fin indirecto. Y yo sería malo y sería duro y sería todo lo que piensas que soy, si te hablara de otra manera. La verdad no es de algodón. Se asemeja más a la roca eterna, en la que encontramos sólida base y refugio bueno. O contra la que nos estrellamos, tarde o temprano. Y aunque ahora, en la vida, lograses salir con la tuya, después... No. No es posible, Gabriel... Ni siquiera...

Lo dejé. Salí corriendo. Me lancé a campo traviesa, para que no me siguiera. Cuando me detuve, al cabo de un rato, en el fondo de la pequeña quebrada, lo vi, de pie todavía en el camino, mirándome. Me llamó. Sentí que los odiaba, a él y su camino y su lógica, y quise decirle: “¿Ve? Usted está en su recto camino. Yo estoy junto al río, y esto es grande y es bello, y aquí está la vida”.

23

Ahora. Las fechas se tornan confusas en mi memoria. Partí un jueves o un viernes a Santiago. Habría preferido hacerlo antes, pero me retuvo el hecho de haber pasado tan escasa parte de mis vacaciones con mi padre. Le dí estos cuatro o cinco días, lo que se me antojaba una injusta limosna. Una befa. Esa impresión, cruel, agravaba mi angustia. Deseaba ser generoso con él, y no sabía cómo. Lo fui, en parte, disminuyendo ante sus ojos la gravedad de nuestra situación.

Aun así, al despedirme, lo noté preocupado.

—Cuidate, Gabriel, y sé prudente —me pidió.

—Sí, papá.

—Si me necesitas para algo...

—Sí.

De nuevo era él el generoso. La generosidad, se diría, es un río que corre hacia abajo, de padres a hijos, y parece que éstos nunca pueden remontarlo, ni invertir su curso, por mucho que se empeñen.

Sí, era viernes. Salí en el tren de las ocho y cuarto, el mismo en que partiera Gracia. Amaneció nublado. El martes y el miércoles había vuelto a llover intensamente, y los caminos vecinales se veían todavía llenos de lodo y charcos, hundiéndose en la masa gris de la niebla a un tiro de piedra de la vía férrea. Las hileras de álamos que dividían el campo se esfumaban también poco a poco, a medida que se alejaban de la vista.

El vagón estaba casi vacío. A mi lado, sin abrir, un libro se bamboleaba al compás de la marcha.

Santiago resulta sombrío cuando se vuelve del campo. Además, uno lo ha limpiado, en la memoria, de papeles amarillos y polvo, de gente desaseada, de malas caras. Todo eso, y el aire encerrado, el horizonte circunscrito, la horrible Estación Alameda, deprimen a quien regresa. Puede traer esperanzas, como yo traía esperanzas, pero la llegada a

Santiago no es buen escenario para sueños. Contrasta con ellos.

Bajo esta impresión, a mediodía de ese viernes, me puse a vagar a pie. Había dejado mi equipaje en custodia, para no presentarme todavía en casa de mi tío Ramón. Se me hacía cuesta arriba conversar con él, con la tía Marta, con mis primas.

Ellos, claro, no sabían nada. No sabían nada de nada, en verdad. Eran gente que iba rigurosamente al cine, jugaba sus juegos de naipes con amistades muy de su tipo, desarrollaban las actividades necesarias para mantener las ideas a saludable distancia de sus cabezas. El tío Ramón asistía a su Centro, donde practicaba la amistad industrializada, esa que funciona con alcohol como combustible —con poco alcohol— y que se alimenta de comentarios breves y chistes, que jamás va más hondo que una discusión política o un comentario de negocios, porque ahondar es peligroso. El tío Ramón “no creía”. Según mi padre, le faltaba imaginación para eso: el caso de Max.

La tía Marta no. Como era mujer, creía. Ella y las niñas se dedicaban, incluso, a unas caridades también industriales, por ahí, y los domingos iban a la última misa posible. Detestaban las “exageraciones”. Mis primas me habían enseñado a bailar, que es lo más interesante que saqué en limpio de ellas.

No sé por qué hablo en pretérito: eran, iban, hacían. Ninguno de ellos ha muerto. Tal vez sea yo el que, en cierto modo, no existe. Porque no podría ya bailar con Ester o con Marta, ni acompañar al fútbol al tío Ramón.

—Vagué, solo, por las calles que nunca había recorrido. Pasé por la iglesia de San Francisco, mas eran las tres de la tarde, y estaba cerrada. Antes de eso, almorcé en un boliche maloliente, barato. Me metí en un cine. Daban una película inglesa, con almirantes y flemma y esa rebuscada sobriedad británica.

Todo esto me irritaba. Sentía una impaciencia extraña, un descontento, una desazón. Cada hora que faltaba para el domingo era una hora absurda.

Salí del teatro. Caminé un rato a la deriva. Recuerdo que entré en una sala de exposiciones, donde había unos dibujos muy modernos y un señor colorín, con barba, solitario. Me miraba. Por eso, y porque

deseaba hacer tiempo, me detuve en cada obra largamente. Pensaba en otras cosas, sin ninguna relación con los cuadros que tenía delante y que apenas vi. Pensaba, por supuesto, en Gracia, y pensaba con amargura en los días de espera que se nos interponían.

Noté, de reojo, que el pintor hacía ademán de acercárseme, y salí precipitadamente.

A la hora del nocturno fui a la estación a buscar mi equipaje, y luego me encaminé a casa del tío Ramón.

Me recibieron tal cual había imaginado: con preguntas que no me interesaban ni a ellos tampoco, pero para las que aguardaban respuesta con inflexible rigor. Sobre lo que había hecho. Sobre mi padre. Sobre la salud de mi padre. Sobre su situación. Lo miraban, un poco, como a una oveja descarriada, y al decir “su situación” era evidente que daban a entender “su mala situación”. Decían que era tan aficionado a leer, en el tono en que se dice de otras personas que son aficionadas a beber, o a las carreras de caballos.

Yo no me hallaba en ánimo de discutirles, sin embargo, y me limité a contestar con el mínimo de palabras.

El sábado fue infernal. Mis primas habían invitado a bailar a un grupo de amistades, y no encontré ningún pretexto para zafarme, primero de los preparativos, y luego de la velada misma. Era en parte dueño de casa, lo que me ponía en obligación de atender a los de fuera. Esto me impidió buscar un rincón para estar tranquilo.

Nos acostamos después de las dos de la mañana. Nadie entendió que necesitara despertador para levantarme el domingo a las siete. Cuando expliqué, mintiendo, que deseaba comulgar, la tía Marta comentó con vago reproche:

—¡Qué niño tan exagerado! ¿Por qué no lo dejas para otro día?

24

Fue un domingo lluvioso, mas no con la lluvia violenta, algo épica, de San Millán, sino con una cortina de agua leve pero penetrante.

Busqué a Gracia al entrar en la iglesia: no había llegado. Casi al empezar el Evangelio, cuando comenzaba a temer que no sería el lado derecho, o no sería ésta la misa, o —peor— que ella no había conseguido arreglárselas para venir, la vi de reojo arrodillarse junto a mí.

—No me mires —murmuró, apresurada, antes de que me diera cuenta de quién era.

—¿Por qué?

—Ahí detrás está el asistente.

—¡Qué ridiculez!

—Sí.

Pausa.

—Te traje una carta.

Me la pasó. Iba a rasgar el sobre cuando ella me detuvo:

—No la abras ahora.

—¿Por qué?

—Después.

Un sacerdote de voz muy potente comenzó a predicar, casi encima de nosotros. Lo hacía con gran entusiasmo, indignado, parece, con los males del mundo. No pudimos hablar mientras él lo hacía. Entretanto, el padre que oficiaba la misa siguió adelante, como si ambos se hubieran puesto de acuerdo para abreviar nuestro encuentro.

—Gabriel...

—¿Sí?

—Es sólo cuestión de esperar.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Te quiero.

Nuestras miradas se cruzaron fugazmente.

–Te quiero –murmuró, también ella.

–¿Qué ha pasado en estos días?

–Lo verás en la carta.

–¿Malo?

–Sí... No. Ya no importa.

Apenas pudimos cambiar unas pocas palabras más, antes del final de la misa. Gracia se despidió durante las últimas oraciones:

–Adiós, amor.

–Hasta pronto.

–Sí.

–¿El domingo?

–Sí. Ten paciencia.

–Te quiero.

–Sí –dijo.

Y se marchó. Alcancé a divisar, brevemente, su abrigo azul, mientras salía.

Gabriel:

Antes que nada, te quiero, te quiero con toda el alma. Léelo bien, porque no alcanzo a escribirte más. Estoy apurada. A punto de salir a misa, mi papá me ha dicho que tengo que ir con el asistente y no podremos hablar casi nada.

Tu hijo está muy bien, puedes sentirte orgulloso. La vida ha sido un poco imposible, pero la esperanza ayuda mucho. Mi papá está furibundo, tanto que a veces temo que pueda enfermarse. Por momentos me siento flaquear, aunque después pienso que debemos ser firmes, pues nos falta lo menos. Trataré de escribirte en la semana y de mandarte la carta por correo o con la sirvienta; si te la mando con ella, escíbeme tú cuatro letras. Si no, el domingo nos veremos con el favor de Dios.

Te quiero,

GRACIA.

Esperé en vano esa semana. Al domingo siguiente, le llevé una larga carta. Ella me entregó otra, muy breve.

–¿Por qué me escribiste tan poco?

–Estaba apurada, no pude.

–Pero toda la semana sabías...

–Sí, amor.

–¿Entonces?

–No pude.

–No entiendo.

–Es que... te había escrito una y la rompí.

–¿Por qué?

Vaciló.

–Eran cosas absurdas. Estaba deprimida.

–¿Qué ha pasado?

–Nada. No te des vuelta.

–Explicame, por favor.

–No puedo, Gabriel.

–¿Me escribirás de nuevo, mañana, más largo?

–Sí, si encuentro cómo.

–¿Mañana?

–¿Por qué tiene que ser mañana?

–Para que me cuentes lo que me decías en la otra carta.

–No vale la pena.

–Sí vale.

–Amor, eran tonterías.

–No importa.

–Estaba des..., deprimida.

–Lo que sea. Quiero saber. Tenemos que saber, los dos. Todo.

Vaciló.

–Toma –murmuró, al cabo–: aquí está esa carta. No la rompí, pero debí romperla. Recuerda que ya no pienso lo mismo. Que ya no importa. No...

Se le quebró la voz.

–¡Gabriel –exclamó–, te quiero!

–Sí, amor.

–Ten paciencia. No te desesperes.

–No. No hay razón para desesperarse.

- Y rompe esta carta.
 —¿Por qué?
 —Porque yo quiero. Te la entrego con esa condición. Que la rompas. Y que trates de olvidarte de ella, de pensar que eso ya pasó.
 ¿Me prometes?
 —Bueno.
 —No “bueno”. Sí.
 —Sí.
 —Adiós.
 —Hasta el domingo.
 —Sí, amor.
 —Escribeme, antes.
 —Esta vez, sí. Adiós.

La carta de Gracia era, en realidad, desesperada. No le cabía ya duda de que en ella se estaba gestando nuestro hijo. Me anunciaba casi con júbilo que ese día —sábado— había sentido mareo y náuseas. Otras, decía, necesitan esperar mucho más, pero para ella el anuncio del ángel había venido pronto, aunque en esta forma algo prosaica.

Me daba la impresión de que al principio trató de hacer alegre la carta, y luego no pudo.

En el segundo párrafo, la desesperación estallaba en forma incontenible. El general sometía a Gracia a una presión permanente, cotidiana. Se paseaba de largo a largo de la sala, obligándola a escuchar sus reproches y sus advertencias y sus baladronadas. “Ya verás quién es tu padre”, y todo eso. Gracia se sentía como un conscripto que le hubiera faltado el respeto, o peor: que hubiera cometido algún inconcebible acto de traición.

El general tenía una mentalidad tan rígida, se quejaba ella, que era iluso soñar siquiera en que pudiese comprender. Le había dado razones, con toda paciencia, y con tanta suavidad y tanta humildad como le fue posible. Había ensayado todos los medios. “Y ahora tengo miedo, Gabriel”.

Sí, yo lo veía. Era tan claro. Era ese miedo de entrañas, tremendo y ciego, que me roía también a mí.

Gracia temía por ella misma y por su padre. Había ocasiones en que él se ponía rojo, y no le salía palabra, y entonces, cualquier cosa podía ocurrir. Que se muriera, o que la matara. “Tengo miedo, Gabriel”. Hasta que recibí la carta siguiente, esta frase me quemaba por dentro. Me quitó el sueño esas dos o tres noches. Me sentía cruel, ruin, permitiendo que ella sufriese en esa forma, sin ser yo capaz de hacer nada para liberarla.

Porque no era capaz. Apenas si lo era —de nuevo— de idear planes absurdos, escapadas o escenas que sabía que nunca tendrían lugar.

Gabriel, amor:

Yo no debí entregarte esa carta; fue tan injusto de mi parte, amor, perdóname. No volveré a flaquear. Y no me costará no flaquear porque ahora he visto que fui una niña y que tal vez me dejé sugerir por el aspecto de melodrama de todo esto y quise ser la damisela lánguida y débil que cuadrara con el dramón.

Me muero de ganas de tejer algo para Victoria. Perdóname, amor, pero estoy segura de que será Victoria, no Víctor. Después tendremos un hombre para que se llame Víctor si quieres, y para que sea igual a ti. Sobre todo, para que sea igual a ti.

Mi papá me deja más tranquila ahora. Sigue sin comprender y sin imaginarse nada, pero parece que él también se ha cansado de tanta palabra de más. De vez en cuando viene Max y es igual que si fuera un conocido cualquiera (él se porta así, muy discreto y cortés además) y sin embargo, no lo puedo soportar. Pobre. Los dos hablan de sus cosas de cuartel y eso le ayuda a mi papá a pasar las horas y olvidarse en parte de este dramón en el que ha elegido hacer el papel de villano.

Estoy leyendo Platero y yo, por quinta o sexta vez. Me lleva tan lejos, que me parece estar contigo en Castuera o en San Millán o incluso en la capilla del Alto. Volveremos allá apenas podamos, ¿no es cierto? Y aunque sea por unos días nos sentiremos libres y con los pies bien en el aire, sin amarras ni problemas.

Hasta el domingo, amor. Sé muy prudente, yo creo que Iturra (Iturra es el asistente) no sospecha nada, pero no está de más precaver.

Te quiero, amor, Gabriel.

GRACIA.

Pasaron, así, tres meses. Gracia, en verdad, no volvió a flaquear. Yo la veía en misa todos los domingos, y el 15 de agosto, que ese año fue martes. Los miércoles me encontraba con Nieves, la sirvienta de Gracia. Nos veíamos en la feria, para no despertar sospechas con una salida injustificada de ella. Nieves era una excelente mujer.

Seguí yendo a clases, aunque el colegio me resultaba demasiado infantil, teniendo en la cabeza todo lo que tenía. Hasta me daba la impresión de que los profesores eran un poquito niños, como contagiados con el ambiente.

Y yo no podía participar con seriedad en sus juegos.

25

Hace un momento, con la mano cansada de escribir y la espalda adolorida, me levanté de la mesita donde escribo. Descubrí que era de noche. A través de la casa de ejercicios, un gran silencio parecía unir las cosas, organizándolas en un todo de paz y de quietud.

Me escurri —sí: un poco prófugo— por los pasillos, hasta el rústico parque interior. Sentí un gruñido de perro. Dos mastines se me acercaron, amenazadores. Hice chasquear los dedos, y no tardaron en venir junto a mí, moviendo los rabos, cordiales. Después de restregarse contra mis piernas durante unos instantes, partieron, ágiles, en busca de un enemigo más real.

Caminé bajo los árboles. Soplaba viento: ese viento estimulante, incitador, cuya grata humedad es anuncio de lluvia.

La lluvia y el viento me han producido siempre un sano placer animal. Una especie de plenitud indefinible, que ahora no experimenté. Sobre el recuerdo de otras lluvias y otros vientos —paseos hermosos por la orilla del mar; paseos disparatados de estudiante, sin paraguas, por las calles mojadas de Santiago, empapándome y disfrutando de la libertad que me permitía hacerlo porque sí— había un nuevo recuerdo, más próximo e intenso.

La estampa resurgió en mi memoria en tanto que caían sobre mí las primeras gotas, y mientras, su golpe resonaba entre las hojas secas, en el suelo, sobre el follaje.

Fue un día de lluvia en San Millán.

Un día después de muchos días largos. Cada uno había sido interminable; cada uno hecho de cada una de sus horas, y cada hora de cada minuto, y cada minuto de cada segundo.

Y los segundos demoraban en pasar, arrastrándose, parejos, implacablemente iguales.

Mientras mi padre iba al trabajo, yo me botaba, silencioso, en mi lecho. Sin hacer nada. Sin abrir los ojos siquiera. Desde que me viniera de Santiago, no había pensado en el colegio, en el futuro, en nada. Cuando Clara salía de compras, me escurría a veces hasta el pequeño patio a tomar el sol en medio de los naranjos. Mas eso era cruel, porque me producía una extraña angustia ver un pájaro, o una hoja movida por la brisa, o una nube muy blanca.

Al regresar de la bodega, mi padre entraba sin hacer ruido y se quedaba por ahí, esperando a que yo fuera hasta él. O se iba a instalar a mi lado, inmóvil, sin hablar. Luego hablaba. Hablamos y callamos mucho en ese período, los dos, y nos dijimos muchas cosas. Él, por cierto, trataba de animarme.

–Tienes que interesarte en algo –me decía–, aunque te resulte duro. Yo no quería mentirle.
–No sé, no sé –respondía.

Esa tarde, y mientras mirábamos caer la lluvia, afuera, él observó que ya era tiempo de que volviera al colegio.

–Comprendo que hayas tenido que venirte, pero...
–No puedo –repliqué.
–Sí, Gabriel. Sí puedes, y es necesario.

Hacia meses, años quizá, que no lo escuchaba hablarme con esa firmeza.

–Es que...

No me expliques. No me expliques –su tono, ahora, era extremadamente bondadoso–. ¿Crees que no entiendo? Hay cosas que son superiores a uno, sí, y sin embargo es preciso afrontarlas. Si uno piensa, incluso, en vivir, en lo hondo y lo grande y lo terrible que es vivir, parece algo que está más allá de las fuerzas humanas. Cualquier vida. Hasta la más fácil. La posibilidad tremenda del infierno y la posibilidad magnífica del paraíso: los dos extremos son sobrecogedores. No obstante, todos vivimos...

Titubeó. En seguida:

–Cuando... tu madre... murió...

Poco a poco fue contándome. Lo que yo sabía, lo que había visto

en él: el acabamiento interior, la angustia de seguir adelante, de tener que seguir, porque estaba yo. Ir a trabajar, ver gente, hablar de facturas y pesos. Hablar de cualquier cosa que no fuera ella, para esconderla detrás de una cortina de palabras triviales. No poder callar para ella, o hacerlo hurtando soledades, hurtando rincones. Guardarla secreta, suya; añorar el silencio. Sí, yo sabía...

–Es algo que he hecho, Gabriel. No te pido un heroísmo imposible. Es heroísmo, si quieres, pero es también posible.

–Para ti existía yo –murmuró.

Y él:

–Para mí existías tú...

Quise interrumpirlo, explicarle que para mí existía él, que no era eso. Alzó la mano.

–Ya sé –dijo con una sonrisa–. Para mí existías tú, y ése fue otro factor de angustia. Porque sin ti habría podido...

Dudó unos instantes, cual si buscara el matiz exacto.

–Perdóname... Sin ti habría sido libre de huir, de irme a alguna parte, lejos... Uno siempre desea estar lejos. Correr aventuras, quizá... Habría ganado tiempo... Y no: teniéndote a ti, no podía haber paréntesis. Era preciso ser fuerte a la fuerza. Dar la cara, donde mismo, y sin estímulo ninguno.

Yo sabía: donde mismo, con los mismos rostros, con la compasión de éstos, con la suavidad piadosa de aquéllos, que duelen más que la indiferencia o la torpeza.

Yo sabía, yo sabía.

–Entonces –musité–, ¿cómo quieres que yo...?

–Es distinto. En el colegio, nadie te hablará de lo tuyo. Podrás callarlo.

Qué bien me entendía, en realidad. Pero no bastaba con eso. No se trataba de eso solamente.

–En tu última carta me hablabas de un retiro que iba a empezar el día 15 –prosiguió mi padre–. Si partes el lunes, llegarás justo a tiempo para asistir. Te hará bien. Será una incorporación indirecta al curso.

–Al retiro no iré.

No pareció sorprenderle mi brusquedad.

–No veo el motivo –replicó con calma.
 –Ya no creo.
 –Sí, lo sé.
 Alcé la cabeza.
 –¿Cómo?
 Luego, entendiendo:
 –Ah, el padre Rafael, de nuevo.
 Asintió.
 –Tenía que ser.
 –Sí –dijo–, tenía que ser. Me contó su última conversación contigo.
 Pausa.
 –¿Y me sugieres, todavía, que vaya al retiro?
 –Sí.
 –¿Esperas que me convierta?
 –Eso vendrá después. Mucho después, seguramente. Pero en la casa de retiro tendrás paz y silencio... Y además... Gabriel, créeme: nadie puede ayudarte, sino... Dios.
 Pronunció Dios con esa subvoz con que modulaba las palabras solemnes.
 –Papá –contesté–, ya no creo en Dios. Se fue de mí. Se acabó, no existe.
 Como un médico que confirma un síntoma, comentó:
 –Te duele.
 –¿Qué?
 –Dios.
 Calló. Luego:
 –Si duele, es porque está ahí. Aunque uno se siente furioso contra él, aunque le guarde rencor, o lo odie, no puede impedir que exista. No se odia la nada. El rencor y la ira son pruebas de que es real. Y el dolor es bueno, porque sólo nos duele la mujer que no está cuando somos capaces de quererla –vaciló otra vez ante la palabra solemne, y por fin la articuló: de amarla.
 Moví la cabeza.
 –Es inútil, papá.
 –Sí –convino–. Si sé que es inútil ahora.

Lo miré.
 –Yo también perdí la fe en una época, Gabriel. Yo también, como tú, me sentí forastero en el mundo. Pero ningún forastero lo es siempre. A la larga, se es de allí donde se vive, aunque suene vulgar. Y no es vulgar. Es una verdad muy honda...

Siguió hablando. De cómo había vuelto a la fe, de cómo a su padre le había ocurrido algo semejante en su juventud, y parecía que esto de llamarnos Romero no fuese un simple nombre sin mayor trascendencia, sino una misión. Romeros, peregrinos, buscadores de una fe más auténtica, siempre nueva.

Dijo tantas cosas. Fue elocuente: con una elocuencia tan poderosa y sincera como inútil. Rota la compuerta, las frases –solemnes o no, ya le daba igual– fluían ahora de sus labios con ese fuego y esa inteligente nitidez que desde niño me han atraído en él, y en los que hay algo de hechizo. Ahora, el hechizo era independiente de las ideas: era casi un espectáculo. Un placer estético. El que se siente, quizá, presenciando los ritos de una religión ajena.

Pero eran eso: ajenas, de otro idioma, estas bellas palabras suyas. Y yo no podía unir lo conmovedor de su elocuencia con la lógica de sus razonamientos. La lógica, fría, quedaba por su lado. Objetiva. Muerta. Y la emoción, vacía de contenido, venía a ser como un curioso juego de pirotecnia.

Insistió en que iba a volver a la fe.

–De pronto, cuando te sientas más lejos de Dios, se te abrirá la puerta. Sin que lo esperes, o sin que lo temas. Casi sin que te des cuenta. Es así. Va a ser así, aunque para eso hagan falta cinco, seis, diez años. Gabriel, yo nunca me he equivocado contigo, y ahora te aseguro esto: encontrarás a Dios de nuevo. Y sí: será un Dios nuevo para ti, más fuerte y tangible y... más tuyo.

Terminó rogándome que viniese.

–Hazlo como un favor, para mí. Impóntelo. Aunque te duela.

Por eso he venido. Sin iniciativa. Sin entusiasmo. Sin esperanza. Y si algo he buscado realmente aquí, ha sido el silencio, la soledad en compañía de la casa de ejercicios. Si algo he encontrado, fue a mí mismo, vacío.

26

Una mañana de principios de septiembre, Marta, mi prima, fue a mi cuarto para avisarme que me buscaban, abajo.

—¿Quién —pregunté—, a esta hora?

Recién terminaba de vestirme, y me disponía a partir al colegio.

—No la conozco —replicó Marta—. Tiene aspecto de empleada.

Bajita, pecosa, de...

—¡Nieves! —exclamé.

—¿Sab...?

—Sí —murmuré apresuradamente.

No quería explicar a mi prima de quién se trataba, pero ella no demostró mayor curiosidad. Al salir, de paso, agregó:

—Daba la impresión de tener mucha urgencia en verte.

Me puse la chaqueta y eché a correr escaleras abajo.

Nieves me esperaba en la puerta. Tenía los ojos enrojecidos, y se estremecía entera. Era evidente que había estado llorando.

—¿Qué pasa? —inquirí, alarmado.

Su relato fue confuso. Intentaba, supongo, ir imponiéndome de la noticia poco a poco, mas con esto no conseguía sino aumentar mi inquietud, y a medida que ella daba sus piadosos rodeos, el miedo me cogía más, más fuerte.

Me habló primero —¡para qué, para qué!, ¡cómo habría deseado obligarla a concretar! —de las discusiones que a diario sostenían Gracia y el general. Se iniciaban, dijo, desde temprano, se interrumpían a ratos y luego se reanudaban, en cualquier momento y con cualquier pretexto, o sin ninguno. Almuerzos y comidas transcurrían en un continuo intercambio de argumentos, cuando no en un silencio cargado de tensión. El general se dejaba llevar a menudo por la ira, aunque a veces también deponía su actitud violenta y autoritaria, para emplear un tono paternal.

—La señorita me tenía prohibido contarle todo esto, don Gabriel, así es...

—Sí, sí. Por favor, Nieves, dígame qué ha pasado.

—La discusión de anoche fue la peor. Empezaron como a las dos de la mañana, o más tarde. Habían tenido visitas a comer. Don Max, también.

El había sido el último en marcharse. El general, con esa curiosa tendencia suya a satisfacerse con la sola proximidad física del teniente y Gracia, se mostraba de buen humor. Cuando cayeron en el tema inevitable, se mostró en un principio afectuoso con ella. Suave. Trataba de persuadirla de que lo mejor que podría hacer sería “dejarse de niñerías” y “volver con Carrasco”.

—No es que yo quisiera escuchar, don Gabriel.

—No, no. Claro.

—Es que ellos seguían hablando como si no hubiera nadie cuando yo entraba.

Hizo una pausa.

—Después sí que escuché —dijo.

—¿Cuándo?

La discusión se había desatado de nuevo, poco a poco. Se habían repetido las mismas razones, él haciendo hincapié, primero, en el futuro de Gracia, en su bienestar, y ella protestando con suavidad. Luego él habló de la palabra empeñada, del compromiso, de que había que ser recto para todo en la vida, porque una persona sin honor... Y ella, en otro plano, lejos, replicando que casarse sin amor era un falso cumplimento de la promesa, y que no podía formar su hogar con un hombre como Max, a quien no la ligaba nada... Y él, a su turno, violento ya, impacientándose, gritando que una hija suya, que la decencia...

Yo los veía, tras el relato de Nieves. Imaginaba a Gracia luchando por milésima vez contra la corriente y contra sus nervios deshechos. El padre cada vez más inflexible, duro.

Al fin, Gracia no pudo más, y lo dijo:

—Estoy embarazada, papá.

Así, escuetamente.

Y el general:

—¿Qué?

Gritó varias veces “qué”. Me era fácil imaginar estos “qué”, cada cual en un tono diverso: de perplejidad al comienzo, de incredulidad; y luego, por etapas, entendiendo, creyendo, convenciéndose, hasta llegar a la indignación; todo a través del mismo “qué”, repetido, farfullado, gemido, y luego la reacción final del hombre de honor:

—¡Putá! ¡Putá cochina!

Estaban arriba ya, en el segundo piso, en el cuarto de ella, al que habían llegado sin interrumpir el diálogo. Nieves escuchaba desde el vestíbulo las imprecaciones del general. Su voz ahogada, silbante. El silencio de Gracia. El rumor de los pasos, en seguida, y en seguida, un tumulto, un como rodar de muebles, y Gracia había aparecido en lo alto de la escalera. Huía.

—Yo no sé cómo tropezó o se enredó, don Gabriel, y se vino rodando hasta el suelo...

Y antes de que Nieves pudiera intervenir, el general asomó arriba.

—Vete adentro —ordenó a la mujer.

Ella obedeció, pero permaneció detrás de la puerta. Para espiar. Para espiar, porque esto escapaba a toda norma de sumisión, y no había patronos y sirvienta, sino tres seres humanos, uno de los cuales necesitaba ayuda y otro podía prestársela, aunque el tercero...

El tercero, el general, descendió peldaño a peldaño hasta quedar parado junto a su hija, que permanecía inmóvil. No inconsciente, explicó Nieves, sino “desalentada”. Sin fuerzas, o sin ánimo, para arguirse.

—En eso la vi que sangraba.

—¿Sangraba?

—Sí. Estaba en un charco de sangre, la pobre.

—Por Dios. ¿Entonces...?

Entonces, Nieves había desobedecido francamente, y abriendo la puerta había ofrecido al general ir en busca de un médico.

—No —gruñó él.

—Pero, señor, la...

—Vete adentro.

Nieves no había entendido. Un padre, haciendo eso. Yo sí entendía.

Para él, ésta era una oportunidad única: un hecho consumado, que pondría fin a ese otro hecho consumado frente al cual lo colocáramos su hija y yo. Al bastardo. Sería suficiente con dejar que la naturaleza siguiera su curso. Un aborto espontáneo —nadie tendría por qué enterarse—, lo libraría de la deshonra y de la humillación. Y Gracia podría cumplir la palabra empeñada con Max.

—Adentro, Nieves —repetió.

—Señor...

—Adentro.

Así, con voz plana, igual, como si toda capacidad de ira o emoción o desesperación lo hubiera abandonado.

—Después —agregó.

Estaba pálido. Nieves, fascinada, no pudo ir más allá de la puerta, de nuevo, y desde allí los observó aún, inmóviles ambos, al parecer insensibles, en una trágica escena sin término.

Al cabo de un rato largo, inmedible, Gracia se movió.

Primero fue una mano, tanteando. Después alzó un hombro: trataba de incorporarse. Se arrastró dos o tres pasos hacia el pie de la escalera y ya no pudo más. No se quejó. No dijo una palabra. Su padre tampoco. Ni un gesto.

Nieves no se contuvo. Saliendo por segunda vez de su escondite, cogió a Gracia y la alzó. Mientras la conducía hasta su cuarto, oyó que el general marcaba un número en el teléfono y preguntaba por el doctor Ramos. Deben de haberle contestado que no estaba ahí, pues luego de escuchar la respuesta pidió:

—Por favor, apenas llegue, que venga a casa del general Morán. Morán. Es un caso de urgencia.

Nieves sugirió llamar a la Asistencia Pública. El se negó.

—¿Y otro médico, señor?

No: Ramos era el único de confianza.

—Tú no... Tú no... —trató de explicar.

—Entonces...

—Pero, Nieves, por favor —la interrumpió—, ¿cómo está Gracia? ¿La vio el doctor?

—Cuando me vine, no había llegado todavía, don Gabriel.

El general lo había llamado cinco o seis veces, más y más inquieto. Al final —me explicó la mujer—, la voz le salía llorosa de angustia. Iba a recurrir a la Asistencia Pública, cuando recibió un llamado del doctor Ramos, para anunciarle que iba en camino.

—La señorita está mal, don Gabriel.

Tomamos un taxi. Yo no tenía suficiente dinero, pero Nieves pagó.

La casa era, en verdad, un castillo. Sombria. Me abrió el asistente, que me preguntó algo, mas no le contesté. No le oí siquiera. Subí hasta el segundo piso. El general continuaba allí, sentado en una silla a los pies de la cama, con una expresión espantosa en el rostro.

No me vio en un comienzo. Cuando me acercaba a Gracia, sin embargo, le escuché murmurar maquinalmente. Una mezcla de sollozos y de quizá qué ininteligibles palabras. No le presté atención, ni le hablé.

Comprendía que Gracia estaba muriéndose.

La encontré sobre el lecho, muy pálida. Y muy bella. Ignoro si me vio. Noté que movía los ojos como al azar, y su vista pasó por mí, para perderse más atrás, mucho más atrás. Creo que sonrió, apenas. Después, la vida se le fue, igual que se desprende el último trozo de neblina de una cumbre.

27

S alí a la calle. No sabía qué hora era, ni qué hacer; nada. Sólo pensaba, en forma automática, que no debía llorar. “No debo llorar, no debo llorar”, me repetía, cual si eso fuera lo más importante. Más... En verdad no sentía la muerte de Gracia como algo real. Aún no la siento.

Quizá si la diferencia está en que hoy —¡a tan escasa distancia!— su recuerdo va perdiendo para mí los contornos de lo que ha sido, mientras su muerte va cobrándolos lentamente, y ambos —la imagen viva y su término— se han encontrado en mi interior a medio camino, envueltos en la misma, pálida bruma.

Al principio, ella no había muerto. No podía haber muerto, porque su existencia era demasiado importante y demasiado bella y demasiado esencial. Después, a medida que me fui haciendo a la idea —con la razón, como se sabe, sin sentirlo en la carne, que hay moléculas o amibas, o que no existen los Reyes Magos—, lo que habíamos vivido ella y yo comenzó a parecerme, precisamente, demasiado bello y demasiado esencial y demasiado importante para ser cierto.

Así, a pesar de que no lo deseo, de que deseo con angustia evitarlo; a pesar de lo mucho que ella fue, y del enorme vacío y de la magia —¿o, quizá, debido en parte a la magia?—, Gracia adquiere día a día en mi interior una mayor tonalidad de sueño. Más de lo que se anheló que de lo que se tuvo. No es olvido. Ni me duele menos ahora. La herida late dentro de mí sin ceder.

Es ... Es que los muertos no mueren de una vez, en un momento preciso, sino muchas veces, y a pausa. Ahogados. Cuando el cadáver lleva días en el cementerio, o meses, todavía vive dentro de nosotros la persona que fue, y nos habla mientras dormimos, si bien ya ahí, en los sueños, comienza a morírse nos. Y en la memoria.

Primero se muere un gesto suyo. Luego un rasgo cualquiera, sutil. ¿Cómo era la barbilla? ¿Cómo sonreía? ¿Cómo entrecerraba los ojos con el sol? Así, a pausa, a pausa, se nos va muriendo en el difuminarse incontinente del recuerdo. En la traición nuestra, que significa seguir viviendo.

Anduve, creo, varias horas, repitiéndome sin cesar la consigna: “No llorar”. Había recibido un golpe terrible –allá, afuera, o allá, demasiado adentro, porque todavía no lograba sentirlo–, mas era un golpe mío, íntimo. Algo que formaba parte de mi secreto y que debía ocultar a los demás.

Solo. Caminé solo. Estaba solo, ahora. No debía llorar. No sabía qué hacer. Gracia no podía haber muerto.

Poco a poco, una idea fue cobrando nitidez en mi mente: tenía que partir ese día mismo a San Millán. No podía quedarme en Santiago, ir a casa del tío Ramon, explicar –¿explicar qué?–, hablar, estar con gente. Debía irme. No debía llorar.

Mi padre se asustó al verme. Aunque estaba muy entrada la noche cuando llegué a casa, lo sorprendí sin acostarse, sentado a la mesa del comedor, con unas planillas y unas facturas de la bodega. Lo sorprendí. A pesar de mi dolor y de mi confusión mental, vi que lo había cogido desprevenido, sin la máscara que solía ponerse frente a mí. Lo vi cansado, viejo, derrotado.

Me dije que si ahora no había llorado, era porque era incapaz de hacerlo.

–¿Qué pasa? –me preguntó.

–Nada –murmuré.

No lo podía expresar, y él comprendió.

–¿Comiste?

Negué con la cabeza.

–¿Te doy algo?

Negué de nuevo.

Hubo una pausa, larga.

–Gracia murió –articulé de pronto, bruscamente, con una voz ajena, de extraña frialdad.

Se recogió, anonadado. Quiso hablar –preguntar cómo, tal vez, o qué, o cuándo–. Vaciló, se acercó a mí, me abrazó.

Al cabo de un rato lo sentí estremecerse, y sentí que una lágrima suya me caía en la mano.

Entonces pude llorar.

CARTA A UN MILLÓN DE AMIGOS (Por si alguno quiere leerla)

La historia de *Gracia y el forastero* es de encuentros y reencuentros, paradojas y nostalgias. Se imprimió por primera vez hace cuarenta años y lleva sesenta ediciones. Desde esa distancia miro hacia atrás. Me asombra que esta obra tan íntima y tan mía lleve más de un millón de ejemplares publicados en Chile, que en la década de los 60 se haya agotado en España una edición de cincuenta mil, que saliera otra de diez mil en Colombia... ¡Y que aún haya quien la lea!

A pesar de las cifras sigo sintiendo como secretos personales a Gabriel y a Gracia, y su amor. Mis palabras sobre ellos forman parte de una especie de confesión hecha a mí mismo, y compartirla todavía me cohíbe igual que una desnudez. No puedo no preguntarme qué verán en ella, qué les dirán las cosas que yo digo, qué se imaginarán los lectores.

Mis sorpresas empezaron con que llegara a publicarse.

Acababa de aparecer mi novela corta *Misa de réquiem*. Tuvo un premio y algunas críticas favorables. Alberto Ostria Gutiérrez, asesor literario de la Editorial Zig-Zag, me invitó un día a su oficina. Había leído el libro, dijo. Me lo comentó brevemente y al final quiso saber si “tenía algo más”. Con voz casi sin voz, mi timidez contestó que sí, que tenía algo.

—¿Otra novela?

—Sí —repetí, y no sé cómo logró oírme.

—¿Y yo podría leerla?

...Meses después, me veo a mí mismo caminando por la calle Marcoleta al llegar a Vicuña Mackenna. Llevo el libro, ya impreso,

en las manos. Son algo más de las seis de la tarde, a comienzos de invierno. Oscurece. Hojeo, huelo el amable aroma del papel con tinta fresca, queriendo convencerme de que es cierto.

Sin aminorar el paso, a la precaria luz de los faroles comienzo a leer las primeras frases. Luego las primeras páginas; luego uno, dos capítulos. No sé en cuál voy cuando llego a la casa. Escondo la novedad a mis espaldas hasta anunciar:

—¡Salió! —y se la muestro, queriendo hacerla verosímil.

...Al cabo de estos años puede ser bueno compartir recuerdos, si es que a alguien le interesa.

DOS POR QUÉS Y DOS PORQUES

Hay dos preguntas-castigo que suelen caer al autor de una novela.

Una: ¿Por qué la escribió?

La otra: ¿En qué se inspiró para escribirla?

Respecto a la primera, hay un porqué que sale natural: porque sí. Por la razón sin razones que nos lleva a hacer tantas de las cosas gratas en la vida. ¿Quién se enamora en función de un raciocinio? ¿Qué silogismo explica esos impulsos, corazonadas, tincas, que nos entusiasman y nos mueven a dejar atrás la lógica? ¿Dónde encontrar la base conceptual de un ataque de risa o de un nudo en la garganta?

Nada de eso tiene *porque*.

Escribí *Gracia y el forastero* porque no pude dejar de escribirla: es la verdad.

Gracia y Gabriel nacieron en mi fuero interno. No los *nací*, ni los *creé*: nacieron, con plena autonomía. Desde el principio fueron quienes eran, no quienes a mí me dio la gana. Poco a poco, por sí solos, adquirían forma, rostro, inquietudes, carácter. Sin que yo los *fuera*, los dos *empezaron a ser*. Se conocieron recorriendo el interior de mi imaginación. Ahí nació su primer vínculo, ahí estuvo el ficticio San Millán, ahí surgieron sus padres, y el paisaje.

Lo que *ellos* hicieron y yo conté resultó ser mi libro.

Vi suceder lo que les sucedió, con la nitidez imprecisa de quien sueña. En nuestros sueños, por más nuestros que sean, no podemos mandar. Aunque actuemos, somos espectadores de lo que un algo interno nos muestra. Yo no hice que ninguno de mis personajes *hiciera* esto o aquello. Los *vi hacerlo*, en el menos metafórico de los sentidos.

Los sueños no se rigen por la lógica de los soñantes. Solemos soñar hechos absurdos, en que hacemos cosas que nunca haríamos despiertos. La voluntad no entra ahí, como no entra en la creación literaria, cuando es espontánea.

En el sueño que mi imaginación me soñaba, Gabriel y Gracia se fueron perfilando. Traslucían rasgos de carácter a medida que hablaban. Se enamoraron. Vino un momento en que sentí el apremio jubilo, la feliz *necesidad* de poner por escrito lo que llevaba dentro.

Y comencé a escribir.

Ya digo: los *veía* actuar, y fui anotando lo que vi. Ellos y su mundo se me volvían palabras. No podía no haber escrito. Fue una gloria espiar, luego, aquellas letras que construían sílabas, palabras, frases; e iban formando líneas en el pequeño cuaderno que yo mismo me hice con sobras de papel.

Eso, al menos por ahora, sobre la primera pregunta (por qué escribo).

La segunda es más compleja y me causa algo similar a la exasperación (contra nadie): ¿En qué *me inspiré*? Me brota una protesta interna: ¿En qué *se inspira* uno para querer a alguien, por ejemplo? ¿O para preferir una música a otra? ¿Y qué hace falta para celebrar un chiste, buscar estar con otros, disfrutar el ruido del agua en un estero?

En latín, *inspirare*: (“infundir, soplar en o sobre”) implica un venir desde fuera.

En cierta época, *estar inspirado* era un lugar común áridamente común. El escultor esperaba *inspiración* para modelar, tallar, cincelar. El poeta la necesitaba en el momento de tomar su pluma. (De hecho, algunos poemas parten invocando a las musas). La palabra *inspirarse* y sus derivados huelen a Olimpo de cartón piedra. Ya en el siglo XIX sugerían una magia en que tal vez nadie creía.

Por lo que colijo, parece que hoy *inspirarse* significa, más pragmáticamente, tomar un tema de algún sitio. Me suena a acto frío, fabril (¿buscar materia prima para elaborarla?). Los niños que hacen la pregunta no dan la impresión de hablar por sí mismos. Se intuye un ventrílocuo que les ordena buscar algo sin explicar lo que es, algo que a ellos tampoco les preocupa entender.

A la hora del “¿Qué lo inspiró para...?”, yo contra-interrogo a veces (con extremo respeto hacia el alumno):

—¿Qué entiendes tú por *inspirarse*?

Vuelan los puntos suspensivos:

—Es... Eh... Es lo...

¡Inspirarse *para*, además! (No se lo digo).

Si alguien sensible pudiera inspirarse, ¿se inspiraría *para*? ¿Tan poco somos, que ni aun escribir es desinteresado? Inspirarse no puede constituir un acto calculado. ¿Habrá un escritor que se siente ante el computador y resuelva: “Ya, voy a inspirarme”? O: “¿En qué podré inspirarme para producir tal cosa?”. ¿Paso siguiente: buscar en Internet?

Quizá lo más afín a inspirarse sea sentir la urgencia de poner los sueños en palabras. Seguir a la que Pérez Galdós llamó La Loca de la Casa: la imaginación, que, como los sueños, es nuestra y a la vez es libre. No se le puede ordenar: imagineme esto; o: no me imagine lo otro. *Ella* imagina, y si llega a *inspirarse*, ya sabrá dónde y cómo (y ojalá el autor no se entere: su espontaneidad podría correr peligro).

DE VERDAD Y DE MENTIRA

Otra pregunta usual:

—¿La novela es autobiográfica?

La respuesta más seria vendría a ser “Sí y no”. O, mejor: “No y sí”, con el no en primer lugar. No es autobiográfica en cuanto ni narro experiencias mías, ni ningún personaje es yo. Tampoco *hice a* Gabriel a mi imagen y semejanza, ni su padre es retrato del mío, ni Gracia es alguien real a quien yo conociera. Igual vale para el resto del libro.

Contestar *sí* sería en sentido figurado (y a la vez muy real): al narrar la historia, y antes, al soñarla, *fui* Gabriel. Pero igual fui Gracia, y los padres, y el sacerdote, cada vez que me ponía en su lugar para entenderlos. El autor vive la vida de sus criaturas. ¿Habrá otro modo de *entenderlas*, si no es *serlas*? ¿Cómo explicar quiénes son, qué sienten o qué piensan, mirando desde fuera? Claro que fui Gabriel (todavía lo soy, por cierto) y, como Gabriel, me enamoré de Gracia, hablé con ella, la oí hablar, y al mismo tiempo fui ella y siendo ella viví sus encuentros con Gabriel.

Pero ellos no son yo.

Lo único autobiográfico fue ese *vivir lo que escribía*.

Tiene más vueltas el asunto. La imaginación es libre, pero su capacidad de acción no es ilimitada. En la ciencia-ficción aparecen extraterrestres que son “enanos verdes, con antenas en cuyos extremos van los ojos...” No sé de marcianos ni venusinos que se nos cuenten sin usar términos de nuestro planeta al describirlos (enano, verde, antenas, ojos). La fantasía construye con los elementos que conoce.

¿Qué son los seres mitológicos? Pegaso, caballo con alas; el centauro, caballo con torso humano; las sirenas, mujeres con cuerpos de peces... Para plasmar algo nuevo, el creador inventa armando lo nuevo a partir de sus vivencias. El mármol va más allá de ser mármol cuando un escultor le da la forma que su Loca de la Casa le sueña.

Gracia tendrá rasgos de muchachas que conocí, pero no los tiene adrede, ni es copia de ninguna. Nunca intenté que lo fuera. Algunas de sus ideas, como las de Gabriel, podrán ser también mías. Lo esencial es que *no se las puse*. Las descubrí al ponerme en su lugar y *ser* ellos. Pero las descubrí *en ellos*. No fui un ventrílocuo que los usara para decir lo mío. Fui un testigo que les siguió los pasos.

Voy a dar dos ejemplos que lo ilustran.

Un amigo que leyó el libro me dijo: “El padre de Gabriel es idéntico a tu tío Tal”. Me sorprendió escuchar eso. Ni me *inspiré* en mi tío ni intenté encarnarlo. Al releer el libro, mi sorpresa creció. Sin darme yo cuenta ni proponerme que lo fuera, el padre de Gabriel era una especie de otro yo del tío Tal.

Segundo ejemplo: hay un momento clave de la historia. Gracia y Gabriel salen a caminar por la playa, discuten y ella bota su anillo de compromiso al mar. No planeé el capítulo para *hacer suceder* esas cosas. Empecé a escribir literalmente sin saber qué iba a pasar. Me imaginé que iban a caminar por la playa y los seguí. La Loca de la Casa se encargó del resto.

EL TEMA DE LA LIBERTAD

Los seres ficticios se gestan en la imaginación más o menos igual que los de carne y hueso en el vientre materno. Nacen, crecen, y su mundo es tan mundo y tan real como lo que solemos llamar la realidad. Tienen existencia y lógica propias. En un cuento de hadas, es lógico que la princesa esté dormida por obra de un hechizo. Nunca *aceptaríamos*, en cambio, que tuviera que pagar impuestos. Ni que un hada descubriera al asesino en una novela de detectives. Nadie se moja los dedos con el agua de un cuadro. Es que esa agua, el hada, el detective, pertenecen a *otra* realidad.

Cada obra tiene su lógica. Ni el propio creador puede llevarle la contra sin destruir algo esencial. Lo demuestra, por ejemplo, el rechazo instintivo del lector a los finales felices traídos de los cabellos. Los personajes nacen en la imaginación con su propio modo de ser y su propia coherencia. Un autor que *obliga* a alguno a ser o hacer según él pretende, lo mata. Dostoyevski llama “libertad de los personajes” al hecho de que sean quienes son y actúen conforme a su índole.

Hace años tuve una experiencia decidora a propósito de *Gracia y el forastero*.

En un encuentro con estudiantes que acababan de leer la novela, una de ellas me preguntó por qué yo “había matado” a Gracia. Se rieron cuando respondí:

—No la maté: se me murió.

Y era verdad. Lo descubrí en ese momento. Después recordé —siempre recuerdo— una noche en que hojeaba el borrador del

libro. Intuía que me quedaban varios capítulos. Releí el último que tenía escrito y de pronto supe que en unas veinte o treinta páginas más Gracia iba a morir, y adiviné de qué modo. Tomé la pluma y, en vez de seguir donde iba, fui anotando las circunstancias de su muerte, que en ese momento presenciaba.

Fui el primer sorprendido con aquel desenlace, que además me dio pena. Pero por nada del mundo la hubiera “hecho vivir” de modo artificial, sacrificado la espontaneidad en aras de una satisfacción impuesta. Aunque suene a paradoja, “rescatar” a Gracia hubiera atentado contra su libertad. Salvarla desde fuera sería volverla mentira, que es otra forma, mucho más cruel, de quitarle (literalmente) la vida. Uno no crea si no cree.

La “historia” de Gracia es sugestiva respecto a la libertad de los personajes.

Hasta donde consigo recordar, su embrión está en una lectura. A los veintitantos años releí el *Libro de buen amor*, del arcipreste de Hita. Me sedujeron lo fresco del idioma recién nacido, la gracia que rebosaba aquel clérigo medieval tan deliciosamente pagano. Entre sus personajes hay uno que no nos mentaron en el colegio: doña Endrina.

(¡Ay! ¡qué hermosa viene doña Endrina por la plaza!)

Cuando uno lee y se entusiasma, pasa una de dos cosas —quizá las dos—: o queda disfrutando la impresión, o siente bullir por dentro las ganas de hacer algo. Cantar, caminar, comentar, escribir... A mí, esa lectura me dejó una especie de cosquilla en el alma. Me sedujo doña Endrina. Con el andar del tiempo, mi imaginación me pintó una Endrina algo distinta, actual, y mía. Nació el germen de una historia, para que yo también contara.

El amor y el amante de mi Endrina tenían rasgos propios, ajenos a los del arcipreste y su dama. Salieron así porque, ya digo, uno arma involuntariamente sus ficciones con trozos de experiencias propias. Pasaron meses. El personaje aparecía y desaparecía esporádicamente en mi interior. Cada vez se diferenciaba más de la *otra Endrina*. Ella y su amado adquirían personalidades propias. Se enamoraron. Cobraban identidad y fuerza.

La imaginación me los fue poniendo por delante hasta hacerlos ineludibles. Y no di más, y empecé.

Con papel de copia, más barato, hice el cuaderno de que he hablado; era del porte de un libro (lo que soñaba que llegara a ser). Lo corté con navaja, lo corcheteé. Le puse tapas de cartulina. Tracé a máquina, en hoja gruesa, una plantilla cuyas líneas se traslucían y me ayudaban a escribir en renglones parejos. Eran líneas muy juntas, y usé una letra de pulga para hacer caber en la página la máxima cantidad de texto.

A medida que escribía, los personajes comenzaron a moverse. En muchos aspectos no fueron lo que pensé al imaginarlos, ni hicieron algunas de las cosas que les había supuesto. Actuaron como quienes eran, y eran como mi imaginación (¡no mi voluntad!) hacía que fueran. Gabriel, tímido, vuelto hacia dentro, “forastero” en el mundo real. Gracia, más desenvuelta, espontánea, viva de genio.

No los *hice*: los vi ser, mostré cómo eran. Fui testigo de su enamoramiento, y conté su historia. No es que haya querido que sufrieran: sufrieron. Sufrieron porque mi imaginación —autónoma— les hacía vivir situaciones cuyo origen estaba en la lógica interior de la novela. Repito: uno no sueña lo que quiere; los sueños y los personajes de los sueños tienen su propia coherencia. ¿Cómo no ser leal con ellos?

Gracia y Gabriel iban siendo. Igual sus padres, el novio, la época. Imposible que mi voluntad intrusara obligando a los hechos a ocurrir de otro modo. Los seres humanos y los literarios no son objetos en manos del autor o del destino. La predestinación (“si algo pasa es porque tenía que pasar”) me parece supersticiosa y frívola.

DE REPENTE, UNA NOVELA

Trabajé a salto de mata. No “trabajé”. Escribí-gocé siguiendo a mis personajes y contando. Los veía más y más vivos, y reales. Sus identidades se aclaraban al ir de la imaginación al papel. Ya consignados, sus actos y palabras me ayudaban a entender quiénes eran. Nadie comprende mejor que quien explica. Se fueron perfilando, ante mi asombro —

obvia la comparación—, como si presenciara una película. Espectador de mi propio relato, casi nunca sabía con exactitud lo que iba a suceder en unas páginas, o aun en unas líneas, más.

Narrar tenía casi el mismo uso que se siente al leer. Quería avanzar, averiguar qué iba a venir. Me urgía llegar al fin, saber el desenlace. Ya habría tiempo de salirse del texto y corregir. Pero mientras, anotar, anotar.

Fue un período intenso. Yo trabajaba en una oficina, tenía que cumplir horario y, dentro de él, tareas nada estimulantes. Iba y venía con mi secreto dentro. A cada rato libre tomaba el cuaderno y redactaba a hurtadillas. Nadie que me observara desde fuera (mis jefes, por ejemplo) supondría lo que traía a cuestras. No pretendo poetizar, ni insinuar magias falsas. Lo que me sucedió entonces es algo que sucede a muchos. Supongo que cualquier suche enamorado, iluso, vibrador, vive este tipo de experiencia en su inviolable intimidad.

Grandes momentos, en esa época, fueron mis idas a El Tabo, donde mi madre había construido una pequeña casa frente al mar. Ahí, ya no suche, escribía sin descanso. Sin necesidad de descanso. A ratos, por concentrarme mejor, trepaba a una roca y volvía a abrir mi cuaderno y a tomar la pluma. No siempre para escribir: una bandada de pelícanos, un pato solitario podían absorberme largo rato. O el viento que me venía a revolver las hojas. O el oleaje, los insectos...

Quizá algo de eso se coló en el libro. Pero no *me inspiré* en aquello deliberadamente. Si algo me inspiraron las circunstancias, o el entorno, nunca tuve conciencia de que así ocurriera. Jamás tomé con pinzas una gaviota para meterla en el relato. Escribía: la cosa era escribir.

No demoré mucho en llenar páginas y páginas, sin detenerme a revisarlas. No porque no revise. Lo hago, y mucho, cuando logro alcanzar cierta distancia con el texto. Ahora, en cambio, insisto: lo esencial era el flujo espontáneo, la naturalidad. Tenía que ir corriendo detrás de mi Loca de la Casa, para no quedarme atrás ni hacer consciente lo que debía ser obra de mi puro instinto. Me sentía escribiendo a escondidas. Siempre he escrito con la impresión de hacer

algo furtivo, sin comentar con nadie en lo que estoy, ni compartir mis dudas. Una obra literaria es responsabilidad de quien la crea.

Mi gente, por cierto, estaba al tanto de qué iba a hacer a aquella roca, o para qué (aun en El Tabo) me encerraba en una pieza frente a la pared desnuda, para evitar distraerme. Sabían *que escribía*. Jamás supieron *qué escribía*. Hasta el día de hoy conservo la costumbre. Y con ella, el gusto infantil de anunciar la sorpresa:

—Acabo de terminar una novela.

Así dije un día que no recuerdo, en un mes que se me olvida, del año 1957.

—¿De qué se trata? —averiguó alguien.

—No sé.

Nunca he podido contestar a esa pregunta. Los libros son enteros. No hay resumen que ayude a comprenderlos. La trama es apenas una parte. Está el lenguaje, hay un ambiente que se crea, y hay énfasis, detalles...

Ahí quedó el manuscrito. No me atrevía a hacer nada por publicarlo. La inseguridad es cosa viva. Mientras, muy sigiloso, salió mi primer libro de cuentos: *Sólo un hombre y el mar*. Después, *Misa de réquiem*, que por esas cosas de la vida provocó la llamada de Alberto Ostria. Habían pasado siete años desde que por primera vez escribí el nombre de Gracia.

Y ahora van cuarenta, y vuelvo a sentirme el de entonces, con el mismo entusiasmo, las mismas ganas de reescribir o enmendar, y el mismo pudor, la misma impresión de desnudez al pensar que alguien lea esas cosas tan mías.

El Tabo, febrero de 2004.